



Solo tenía que resistirse a  
aquella increíble atracción...

Los Hermanos de Buckhorn

# LORI FOSTER

*Corazón  
sin control*

HARLEQUIN

# *Corazón sin Control*

*Lori Foster*

*2º Cuatro Solteros*

**Corazón sin Control (2005)**

**Título Original:** Morgan (2000)

**Editorial:** Harlequín Ibérica

**Serie:** 2º [Cuatro Solteros](#)

**Sello / Colección:** Tentación 200

**Género:** Contemporáneo

**Protagonistas:** Morgan Hudson y Misty Malone

**Argumento:**

***SÓLO TENÍA QUE RESISTIRSE A AQUELLA INCREÍBLE ATRACCIÓN***

*Morgan Hudson se había ganado el respeto del pueblo por ser el sheriff más duro de Buckhorn. Por eso era tan increíble que una menuda chica de ciudad le hubiera hecho perder el control. Misty Malone resultaba exasperante y Morgan deseaba que se marchase cuanto antes...*

*Pero entonces descubrió el verdadero motivo por el que estaba allí.*

*Misty Malone había pensado buscar refugio junto a su hermana, que acababa de casarse con uno de los atractivos hermanos de Morgan. Todos los hermanos la trataban como una reina... todos menos uno. Morgan la consideraba una especie de mujer fatal dispuesta a seducir a todos los hombres. Pero eso era lo último en lo que Misty pensaría en ese momento. Para ella lo primero era el bebé que esperaba sin que nadie lo supiera...*

## *Prólogo*

Era una de aquellas sofocantes mañanas de sábado en que un hombre no tenía nada mejor que hacer que sentarse fuera a sudar y esperar a que soplara una brisa que nunca llegaría. El cielo era el más azul que había visto en su vida, sin una sola nube. Le encantaban los días como aquél, y se imaginó disfrutándolos desde su propia casa una vez que la terminara. Si todo salía bien, estaría listo para trasladarse a finales del verano.

Morgan Hudson se columpió en la silla y cerró los ojos. Todo el mundo se había marchado y la casa parecía extrañamente silenciosa, no tan serena como vacía, casi desolada. Esperaba no tener que sentir lo mismo cuando se mudara. Vivir con tres hermanos y un sobrino adolescente era como acostumbrarse a un caos permanente.

Sawyer, el mayor, era el único médico en varios kilómetros a la redonda, y los pacientes entraban y salían por la oficina contigua a la casa durante todo el día... a veces incluso a lo largo de la noche. Era un padre excelente, aunque todos los hermanos habían arrimado el codo para criar a Casey mientras Sawyer estudiaba en la facultad y trabajaba más tarde en el pueblo como médico. De hecho, más que un trabajo o una carga, para todos había sido un verdadero placer.

Jordán era veterinario, y eso significaba que la casa y el patio estaban continuamente invadidos por animales abandonados y recogidos de la calle. A Morgan no le importaba, incluso solía encariñarse con la mayoría de aquellos bichos. Sólo que jamás se lo diría a su hermano, por supuesto.

Gabe, el benjamín de los hermanos, era un granuja, sin intención alguna de sentar la cabeza en un futuro cercano. Tampoco lo necesitaba, teniendo como tenía a sus pies a media población femenina del condado Buckhorn, en Kentucky. Le gustaban todas las mujeres. Y ellas correspondían a su interés.

Casey, el hijo de Sawyer, era un inveterado charlatán. A sus dieciséis años era medio niño y medio hombre, con todos los problemas asociados a su edad. Al igual que sus hermanos, había reaccionado con verdadero entusiasmo cuando Sawyer les anunció que pretendía casarse por segunda vez y vivir en casa con su nueva esposa. Honey Malone había acabado integrándose con absoluta facilidad en el ambiente familiar.

Morgan se sonrió. Honey le caía muy bien. Aquella mujer había atrapado a su hermano mayor con una sola mirada. Sawyer se había resistido, eso tenía que concedérselo, pero no había tenido ningún éxito. Se había enamorado de ella casi desde el primer día. Y una vez que Casey también empezó a quererla... bueno, eso fue como la guinda del pastel.

Deseaba tener un hijo como Casey algún día... si acaso encontraba a la mujer que quisiera casarse con él. A sus treinta y cuatro años, consideraba que ya había esperado lo suficiente. Ya casi tenía la casa hecha. Contaba con un trabajo respetable y bastante

dinero ahorrado. Los días de su conflictiva adolescencia y primera juventud habían quedado atrás.

Para Morgan, el control de la propia vida resultaba fundamental. Tenía el futuro planificado, y no tenía la menor duda de que las cosas saldrían siempre tal y como las deseaba. Si podía controlarse a sí mismo, podría controlar el futuro.

Y, siempre que le fuera posible... también a aquellos que lo rodeaban.

El hombre parecía dormido cuando Misty aparcó su coche frente a la enorme e impresionante casa de troncos, la edificación parecía extenderse como una mancha de aceite sobre aquella tierra tan maravillosa. De camino había visto un lago rodeado de vegetación, un inmenso granero y varios cobertizos más pequeños. A lo lejos, en lo alto de un pequeño cerro, se divisaba otra casa.

Honey le había contado muy poco sobre la finca, ya que la mayor parte de sus explicaciones habían versado sobre el matrimonio. Sawyer, su futuro marido, había querido apresurar las cosas y su hermana había fijado la fecha de la boda para dentro de tres semanas. Misty había tardado unos días en reunir todo lo necesario para prestarle su ayuda de última hora. Honey ya le había advertido que el nivel de testosterona de aquella casa era como para intimidar a cualquier mujer. Pero nada la había preparado para la visión que tenía delante: la de aquel hombre moreno, fuerte, sentado en el porche. Desnudo el torso, llevaba unos viejos vaqueros, con el botón desabrochado... y nada debajo. Tragó saliva mientras deslizaba la mirada por sus abdominales planos, perfectamente marcados, ligeramente cubiertos de vello.

Además de ser alto y musculoso, era increíblemente guapo. Lo cual no podía importarle gran cosa a una mujer como ella, se recordó, dos veces escarmentada. Había desterrado a los hombres de su vida. Era una decisión de la que no se arrepentía. Pero eso no significaba que no tuviera ojos... y buen gusto.

Se acercó al durmiente, preguntándose cómo iba a despertarlo y si debería hacerlo. Había llegado con un día de antelación, así que Honey no la estaría esperando. Pero seguro que tenía que haber alguien más en la casa, y quizá si llamaba con suavidad...

Estaba justo a su lado, de puntillas, todavía intentando decidir qué hacer, cuando vio que de repente abría los ojos. La impresión fue tremenda. Se sintió cautivada, deslumbrada como un conejillo por los faros de un coche. Se lo quedó mirando de hito en hito, sin poder evitarlo. Y el hombre parecía tan sorprendido como ella, ya que incluso dio un rápido respingo hacia atrás. Y como se estaba columpiando en la silla, en precario equilibrio... se cayó estrepitosamente de espaldas.

La sarta de maldiciones que soltó, más que escandalizarla, la divirtió. Sonriendo, se inclinó hacia él, espatarrado como estaba sobre el suelo del porche.

—¿Se encuentra bien?

Todavía tendido de espaldas, se pasó una mano por el pelo oscuro y ondulado, los ojos cerrados... y Misty imaginó que estaría contando hasta diez.

Cuando vio que volvía la cabeza hacia ella, se preparó debidamente para el impacto de su mirada. Ni siquiera eso la ayudó. Tenía los ojos azules más bonitos a la vez que

pecaminosos que había visto nunca.

— ¿Tiene alguna razón para que se haya acercado de puntillas a mi porche?

Se le escapó la carcajada. Estaba nerviosa, cuando no debería estarlo. No quería que Honey supiera de sus problemas, no cuando apenas empezaba a disfrutar de una felicidad tan merecida. Misty ya había decidido comportarse como si no hubiera pasado nada, y resolver sola sus dificultades, por utilizar un eufemismo. Los días que había aceptado quedarse allí con Honey serían como un período de gracia, una especie de tregua, que aprovecharía para centrarse un poco y trazar un plan de acción.

— Er... yo no estaba caminando de puntillas — mintió—. Lo que pasa es que usted estaba roncando tan alto que no me oyó.

Su mirada azul se oscureció.

— Yo no ronco.

— ¿Ah, no?

— Hay varias mujeres que se lo podrían decir.

Oh-oh. Obviamente no era el tipo de hombre con el que se podía flirtear con facilidad. Se tomaba las cosas demasiado en serio.

— Claro. Debí de confundirme con algún trueno lejano —levantó significativamente la vista hacia el cielo azul, sin una sola nube—. Por cierto... ¿se ha roto algo?

No pudo evitarlo; su mirada viajó a placer, como si tuviera voluntad propia, por aquel poderoso cuerpo medio desnudo... y el pulso se le aceleró. Vio que se sentaba en el suelo, al lado de la silla volcada. Con los brazos apoyados sobre las rodillas, entornó los párpados con una expresión que Misty interpretó como de desafío.

— ¿Quiere examinarme?

La idea de sus manos tocando aquella piel le provocó un cosquilleo en la punta de los dedos. Estaba demasiado cerca, así que retrocedió un paso. Estaba sudando; la camiseta se le había pegado a los senos. La temperatura debía de rozar los cuarenta grados y el nivel de humedad era asfixiante.

— ¿Cómo diablos es capaz de dormir con este calor? —le preguntó, en un intento por distender el ambiente.

Por fin se levantó del suelo y colocó la silla. Le sacaba por lo menos una cabeza y la doblaba en anchura de hombros. Misty se sintió fascinada e intimidada a partes iguales. Lo cual no le gustaba. No estaba dispuesta a que ningún hombre volviera a afectarle de una manera... especial. Forzando una sonrisa inocente, le hizo un guiño:

— Comprendo. Toda la noche de juerga y ahora es incapaz de mantenerse despierto, ¿verdad?

El hombre dio un paso adelante y ella retrocedió otro, y otro... hasta que sintió en su espalda la barandilla de madera. La estaba avasallando con su presencia, con su expresión torva, con la insistencia de su mirada. Si no hubiera estado tan segura de no haberse equivocado de casa, se habría preocupado todavía un poco más de lo que ya

estaba...

– Er... ¿hay alguien más en casa?

– No.

– ¿No? – ahora sí que estaba empezando a preocuparse de verdad—. ¿Y sus hermanos? Su madre también se suponía que debería estar aquí, ¿no?

Frunció el ceño, pero no retrocedió. Estaba tan cerca que Misty podía oler su aroma masculino... Contuvo el aliento.

– Mi madre ha tenido una pequeña emergencia y no podrá venir. Mis hermanos y mi sobrino están todos en el pueblo, disfrutando del sábado.

¡Estaban solos! Tragando saliva, inquirió:

– ¿Y Honey?

– Está con ellos –volvió a mirarla de pies a cabeza, pero en esa ocasión más lentamente. Como si estuviera saboreando la experiencia—. ¿Se puede saber quién es usted, señorita?

Misty creyó detectar algo extraño en su tono, una mezcla de expectación y... deseo. Mordiéndose el labio, le tendió la mano.

– Me llamo Misty Malone –se le quebró la voz, y tuvo que aclararse la garganta—. Soy la hermana de Honey.

Su primer gesto fue de sorpresa. Luego, bruscamente, su expresión se endureció mientras retrocedía sin estrecharle la mano.

– Ah, diablos –y lanzándole una mirada acusadora, añadió—: Esto sí que es mala suerte...

## Capítulo 1

El solo hecho de mirarla la hacía sudar.

Y con el maldito esmoquin que se había puesto para la boda de su hermano, estar sudado era una sensación bastante incómoda. Ni siquiera el aire acondicionado ayudaba. Sabía que debería apartar la mirada, pero no podía. Era incapaz de dejar de mirarla. La sensualidad con que se movía, su melena negra agitándose al ritmo de la música, como de seda líquida, su risa levemente ronca... todo ello lo estaba volviendo loco. Se aflojó el nudo de la pajarita y se desabrochó el primer botón de la camisa. Pero eso no consiguió aliviar la tensión de sus pantalones.

—Si sigues mirándola así, la vas a incendiar.

Morgan dio un respingo y se volvió para mirar a Sawyer.

—¿No se suponía que tenías que estar con la novia?

—Jordán está bailando con ella.

Estupendo. Sencillamente estupendo. Después de encontrarse con Misty en el porche aquel primer día, Morgan había hecho todo lo posible por evitarla. Diablos, si había intentado seducir a su concuñada... Y lo que era aún peor: ella lo había incitado. ¿Qué clase de mujer podía permitirse hacer algo semejante?

Se enfurecía cada vez que pensaba en ello. Toda su fantástica capacidad de autocontrol parecía haberse reducido dramáticamente durante aquellos últimos días, sobre todo cuando veía la adoración que Jordán y Gabe parecían profesar a Misty. Estaban tan fascinados como el propio Morgan por su sensual belleza y su espontánea sonrisa, sólo que ellos sí que se mostraban abiertamente interesados por ella. Lo cual lo sacaba de quicio.

A Morgan no le caía particularmente bien. Era tan espontánea, descarada y atrevida que resultaba virtualmente imposible no sentirse sexualmente atraído por ella. Pero mientras su hermana era dulce y discreta, Misty era audaz y tremendamente extrovertida. No le extrañaba que no la hubiera reconocido a primera vista. Morgan había esperado a una mujer más parecida a su hermana, y no el tipo exactamente opuesto.

Con su absoluta falta de inhibiciones, Misty era capaz de enloquecer a cualquier hombre, y no era ése el modelo de mujer que estaba buscando en esos días. No, Morgan quería una mujer como Honey, una con la que pudiera sentar la cabeza, que estuviese tan interesada como él en formar una familia. Fingiendo una expresión indiferente, replicó:

—No me extraña. Gabe y él no han hecho otra cosa que rondarla en toda la noche — sacudió la cabeza—. Diablos, si se han pasado toda la semana siguiéndole los pasos como dos cachorros.

– Y eso te molesta, ¿verdad?

– Diablos, no – gruñó –. Sólo que esa chica es completamente diferente de Honey. Y no me gustaría ver a mis hermanos pasándolo mal.

Sawyer soltó una sonora carcajada:

– ¿Jordán y Gabe? Los chicos ya están bastante crecidos y no sería su primera experiencia con mujeres. Diablos, si Gabe empezó antes que tú...

– Mentira.

– ¿Mentira? – volvió a echarse a reír –. Yo mismo lo sorprendí aquella primera vez en el granero, así que sé lo que me digo...

– ¿Estás de broma? – Morgan se volvió hacia él, momentáneamente distraído por su comentario.

– Te juro que no. Creo que fue entonces cuando empezó a transitar por el camino de la disipación y el libertinaje.

Morgan se rió entre dientes. El benjamín de la familia era un auténtico donjuán, el deleite de la población femenina de Buckhorn.

– ¿Algún detalle de lo sucedido?

– Bueno, la chica era cuatro años mayor que él, y a las mujeres les parece irresistible...

– Honey se le resistió.

– En efecto – Sawyer sonrió entre satisfecho y engreído –. Y yo me alegré enormemente. Su ego lo necesitaba.

– Y, por supuesto, no ha aprendido la lección – Morgan se volvió para mirar de nuevo a Misty –. ¿No te resulta asombroso ver a dos hermanas tan diferentes? Quiero decir, Honey es tan buena e inocente...

Sawyer acababa de beber un sorbo de champán y por poco se atragantó. Pero cuando su hermano le lanzó una mirada recelosa, se limitó a arquear las cejas esperando a que continuara.

– Mientras que Misty es...

– ¿Qué? ¿Sexy?

– Sí, claro que es sexy. Pero también lo es Honey.

Sawyer frunció de repente el ceño, molesto.

– No estoy muy seguro de que ese comentario me guste mucho...

– Oh, vamos. No estoy ciego. Y me alegro de que sea tan sexy... por ti.

Después de apurar el resto de su copa de un trago, Sawyer le preguntó:

– ¿Adonde quieres ir a parar?

Morgan seguía sin poder apartar la mirada de Misty. Gabe acababa de sacarla a bailar otro tema. Ella se había quejado de que le dolían los pies, pero el muy granuja había

clavado una rodilla en tierra y le había quitado los zapatos de tacón, para lanzarlos a un lado. A Misty pareció encantarle el gesto y empezaron un baile agarrado, íntimo, caliente...

Los bailarines les hicieron sitio y Misty hizo gala de un comportamiento absolutamente desinhibido. Gabe, por su parte, no le fue a la zaga... Morgan apretó los dientes.

– ¿Es que no la estás viendo?

– Prefiero mirarte a ti mientras la miras. Es más divertido así.

– Honey es todo dulzura y bondad, y Misty fuego y dinamita. ¿Qué diablos le pasará? ¿Se creará acaso en la obligación de seducir a todo hombre que pasa por su lado?

– No está seduciendo a nadie. Está bailando.

– Por la manera que tiene de bailar, yo diría que es lo mismo – rezongó Morgan.

– Para ti, al menos.

Justo en aquel momento Jordán interrumpió el baile de Gabe y se llevó a Misty. Ella se echó a reír, encantada.

– ¿Lo ves? No es normal. Está jugando con los dos.

– ¿Sí? Pues parece un juego con el que están disfrutando los tres. Relájate, ¿quieres? Sólo está bailando, nada más. Mira, aquí viene Honey. Será mejor que no se te escape nada de esto. Está preocupada por tu actitud hacia Misty y la manera en que la has evitado durante todos estos días. Se suponía que esta noche tenías que pedirle un baile.

– ¡Ja! – Morgan se había quedado escandalizado por la idea, pero no por las razones que imaginaba su hermano –. No pienso ni acercarme – tenía miedo de explotar si lo hacía. No podía recordar haber deseado nunca tanto a una mujer.

Se había quedado durante todos aquellos días en la casa, así que la veía en el desayuno, todavía soñolienta pero cargada de sonrisas para sus hermanos. La veía a la hora de acostarse, dando a todo el mundo, menos a él, las buenas noches. La veía incluso por la tarde, aunque hacía todo lo posible por evitarla. A esas horas solía estar pintándose las uñas de los pies en el jardín, o trabajando en la cocina, proyectando una imagen de mujer doméstica cuando no lo era en absoluto.

Sí, le gustaba... demasiado. Y ella lo sabía: por eso lo evitaba con tanto empeño como él. Se sentían sexualmente atraídos. Pero mediante su matrimonio, Sawyer la había convertido en una pariente suya, y eso ponía límites a cualquier cosa que Morgan quisiera hacer con ella. Que eran muchas...

Casi gruñó en voz alta. Las vividas imágenes de Misty y él juntos, desnudos, divertirían a sus hermanos y escandalizarían a Honey. Que por cierto exhibía un comportamiento sobreprotector hacia su hermana, por alguna razón que no acertaba a entender.

– Maldita sea... – estaba teniendo una erección. Y no era fácil intentar dominarse cuando Misty seguía bailando y riendo sin parar. Jordán le hizo dar una amplia vuelta,

y a Morgan le entraron ganas de machacarlo.

– Mucho estás maldiciendo tú....

Morgan se volvió para encontrarse no con Sawyer, sino con Honey. Estaba increíblemente hermosa con su vestido de novia, suelta la melena rubia y el rostro encendido de alegría.

– ¿He besado ya a la novia? – le preguntó, sonriendo.

– Por lo menos una docena de veces...

– Morgan... – le advirtió Sawyer, fingiendo un ataque de celos.

Honey se echó a reír, palmeándole el pecho.

– Oh, Sawyer, relájate. Tu hermano es... completamente inofensivo.

Morgan se sonrió, divertido. Al contrario que su cuñada, no había una sola persona en Buckhorn, hombre o mujer, que lo considerara un hombre inofensivo. Más bien lo contrario. Pero la sonrisa se le cayó de los labios cuando escuchó sus siguientes palabras:

– Quiero que bailes con Misty.

– Ah...

– Morgan, cualquiera diría que has estado evitándola... Esta mañana, en el desayuno, ella me dijo que pensaba que te caía mal.

¿Habían hablado sobre él? Quiso preguntarle exactamente qué era lo que habían dicho, pero tampoco parecía demasiado interesado.

– No me cae mal.

– ¡Pues claro que no! Pero ella cree que sí porque, desde que está con nosotros, tú te has pasado todo el tiempo trabajando y apenas has cruzado dos palabras con ella.

Morgan se rascó una oreja: estaba empezando a sentirse bastante incómodo. Le entraron ganas de pegar a Sawyer, que se mantenía en un segundo plano con una sonrisa picara en los labios.

– Bueno, es verdad que he estado muy ocupado y...

– Pero en este momento no lo estás. Y, mira, ahora mismo ha dejado de bailar con Jordán. Es la ocasión perfecta para que charléis un rato y empecéis a conoceros...

– Sí, la ocasión es perfecta – aprobó Sawyer –. Y con tu... er, encanto, seguro que despejarás todos los temores e inseguridades de mi esposa al respecto – se volvió hacia ella –. Harías eso por Honey, ¿verdad, Morgan?

Honey, como si se hubieran puesto de acuerdo entre sí, le lanzó la más encantadora de sus sonrisas.

– Está bien, maldita sea... – Morgan se dirigió a la pista de baile, resignado a su destino pero, al mismo tiempo y para su desgracia, secretamente contento. Vio que Misty alzaba la mirada desde el otro extremo de la pista de baile, como si lo hubiera sentido acercarse. Y que había mucho sus ojos, de un azul oscuro que quitaba el aliento.

Entreabrió los labios, ruborizándose levemente. Y se volvió como buscando, Morgan estaba seguro de ello, alguna vía de escape. Desafortunadamente estaba rodeada de hombres que no tenían ninguna gana de hacerse a un lado para perderla de vista.

Morgan se detuvo justo detrás de ella. No se volvió para mirarlo, pero se notaba que era perfectamente consciente de su presencia. Tenía los hombros tensos. Y su sensual voz un tono ciertamente nervioso mientras preguntaba a los hombres quién quería bailar con ella.

Morgan los fue mirando uno a uno: su expresión era lo suficientemente elocuente. Varios de los bailarines, al verlo tan cerca, empezaron a apartarse murmurando disculpas. Y él se aprovechó de su vergonzosa retirada:

—Yo por ejemplo, Malone.

Misty detestaba que la llamaran por su apellido. Algo que Morgan se había dedicado a hacer desde el primer día.

—No lo creo, Hudson —extendió una mano y buscó la de Gabe. Era uno de los pocos, quizá el único, que no se había dejado intimidar por la hosca expresión de Morgan. De hecho, incluso parecía ligeramente divertido.

Pero Morgan se adelantó. Rápidamente entrelazó los dedos con los de Misty, obligándola a soltar la mano de Gabe, con la que apenas había hecho contacto. Aspiró su aroma. Era como un bálsamo irresistible, y reaccionó en consecuencia. La caricia de su pelo, rozándole la barbilla, le arrancó un estremecimiento. Ambos se quedaron paralizados.

Gabe rió entre dientes.

—¿Os vais a quedar los dos ahí parados como dos estatuas toda la noche, o tenéis intención de bailar?

—Piérdete, Gabe —le ordenó Morgan, luchando por mantener el control.

—Ni hablar. No todos los días te veo tan nervioso.

—No estoy nervioso —retrocedió un paso, pero sin soltar a Misty—. Tu hermana quiere que bailemos —le dijo, esforzándose por adoptar un tono razonable.

Vio que se humedecía los labios con la punta de la lengua... y le entraron ganas de soltar un gruñido. Miró a Gabe y vio que su hermano permanecía tan alerta y fascinado como él. Maldijo para sus adentros. Ya se dirigía hacia el centro de la pista, tirando de Misty. Todo el mundo podía ver que no tenía ninguna gana de acompañarlo.

—Vamos, Malone. No voy a morderte.

—¿Me lo pones por escrito? —intentó soltarse discretamente—. Mira, Morgan, no creo que sea una buena idea...

—¿Por qué no?

—¡Porque no te caigo bien! Me di cuenta desde el primer día.

Era tan... encantadora, que no pudo evitar quedársele mirando. La nariz recta, los altos pómulos, la barbilla perfectamente redondeada. Sabía que si seguía bajando la

mirada sería incapaz de bailar, así que renunció a la idea.

– Me caíste bastante bien... al principio.

– Es cierto. Pero desde el momento en que me presenté, todo cambió. No sé qué es lo que tienes contra mí, pero si quieres que te sea sincera... tampoco me importa.

– No te importa, ¿eh? – estaba asombrado de la rapidez con que había ido al fondo del asunto. La mayor parte de las mujeres no eran tan directas, ni tan atrevidas.

Se preguntó si sería tan atrevida en la cama.

– No. Y, desde luego, tampoco estoy loca por ti.

Su sonrisa lo tomó por sorpresa. De repente Morgan se dio cuenta de que estaba disfrutando. Aparte de excitado, se sentía desafiado, y eso no era algo que le ocurriera muy a menudo.

– ¿Por qué no?

Antes de que ella pudiera replicar algo, cambió la música y empezó a sonar un tema lento, sensual. Soltó un gemido de desesperación tal que Morgan se rió entre dientes.

– Oh, no... Yo me voy de aquí – otra vez intentó liberarse, pero él se lo impidió. Pasándole un brazo por la cintura, la atrajo hacia sí.

– Deja de forcejear conmigo, Malone – le susurró al oído – . Sólo es un baile.

Un baile que se parecía peligrosamente a un juego amoroso, sexual. El simple hecho de tenerla en sus brazos lo volvía loco. Estaba sudando, acalorada por el largo rato que llevaba bailando, dejando tras de sí su perfume sutil...

De repente lo miró frunciendo el ceño.

– Por cierto, ¿qué diablos te pasa a ti? Estás serio como un nubarrón. Como enfadado.

Se había apartado un poco. Morgan advirtió su leve rubor y comprendió que estaba acusando los efectos de su cercanía... tanto como él.

Al ver que no respondía, sino que continuaba mirándola en silencio, suspiró.

– No finjas que te ha molestado mi sinceridad, Morgan. Porque no me lo creo.

– No me has ofendido en absoluto – le aseguró, antes de pasar a su vez a un ataque directo – : ¿Quieres saber lo que no me gusta de ti, Malone?

– No.

Su voz sensualmente ronca se había elevado una octava por culpa de su irritación. Era esbelta, pero de senos generosos. Sus piernas, largas y torneadas, parecían interminables. Su trasero, aunque pequeño, tenía una forma deliciosa. Demasiadas horas había pasado obsesionándose con él.

Y aquellos senos... Incapaz de contenerse, bajó la mirada a su pronunciado escote y se la imaginó bajándose el vestido hasta la cintura, ofreciéndoselos para que se los acariciara, los tocara, los besara... Gimió para sus adentros.

– Eres la hermana de Honey.

– ¿Y? – parpadeó sorprendida.

– Eso es como si llevaras un letrero de «prohibido». Y no me gusta.

– ¡Cielo santo! Abrió mucho los ojos –. Hablas como si ya hubieras decidido...

– Sí. Todo eso que te estás imaginando y más.

– ¡Y dando por hecho que yo estaría dispuesta! – exclamó, indignada –. Bueno, pues voy a dejártelo claro, Morgan. La respuesta, en cualquier caso... ¿sería no!

– No me lo creo, Malone – replicó, nuevamente irritado –. Flirteas las veinticuatro horas del día. No sólo cuando hablas, sino también cuando te mueves, cuando comes...

– bajó la mirada otra vez hasta sus senos. Su pecho parecía temblar de furia –. Diablos, incluso cuando respiras.

– ¡Eso es absurdo!

– ¿Te das cuenta de que hasta el último tipo de esta habitación te está mirando los senos?

Se lo quedó mirando con la boca abierta, estupefacta.

– Eres asqueroso.

– Sshhh, baja la voz. No me gustaría estropearle este día a tu hermana con una escenita – vio que se estaba ruborizando cada vez más. Le entraron ganas de besarla, pero al menos le quedaba un mínimo de sentido común para contenerse.

– Pues si no quieres montar una escena, quítame amablemente las zarpas de encima y déjame tranquila.

– No puedo. Honey quiere que empecemos a conocernos. Que hagamos amistad.

– Oh, por el amor de Dios... – puso los ojos en blanco – hablaré con ella.

– ¿Para qué molestarse? No te quedarás aquí mucho más tiempo, y luego eso ya no importará – vio que bajaba rápidamente la mirada, mordiéndose el labio –. ¿Misty? – susurró, preocupado. Era la primera vez que la llamaba por su nombre de pila –. Porque te marcharás pronto, ¿verdad?

Tragó saliva, desviando la vista de nuevo.

– Yo... la verdad es que no había pensado en eso.

Frunciendo el ceño, y sin dejar de bailar, fue acercándola discretamente a las puertas del jardín. Misty no pareció darse cuenta de sus intenciones. Parecía concentrada en seguirle el ritmo, callada, entre las demás parejas.

Cuando vio que abría la puerta del jardín, intentó resistirse. Pero sólo durante un instante. Cuadrando los hombros, lo siguió. Evidentemente estaba decidida a llevar aquel enfrentamiento hasta el final.

– Vamos – cerró la puerta a su espalda.

Hacía una noche de un calor sofocante. La luz de la luna se derramaba sobre su piel cremosa, formando un halo en torno a su melena oscura. Ignoró la mano que le tendía.

– ¿Se puede saber adonde me llevas?

– A algún lugar más privado. Conozco a mis hermanos, y en un par de minutos alguno de ellos saldrá a buscarme para ver qué es lo que estoy haciendo.

– Tú no estás haciendo nada. Ni lo harás.

Morgan respondió con un encogimiento de hombros y esperó. Al cabo de unos segundos, aunque a regañadientes, Misty aceptó su mano y lo siguió. Fue entonces cuando se dio cuenta de que seguía descalza.

– Obviamente, tus hermanos no confían en ti más que yo – masculló, irritada.

Sonriéndose, Morgan se dirigió hacia uno de los cenadores que decoraban el jardín trasero del edificio municipal.

– Oh, claro que confían en mí. Lo que pasa es que son unos cotillas y no dejarán pasar la oportunidad de fastidiarme.

Misty se detuvo frente al cenador de madera blanca para aspirar el aroma de las flores que lo engalanaban. El condado entero de Buckhorn parecía rebosar de ellas. Las había de todas clases.

– Me encantan los cenadores. Son tan... pintorescos.

Morgan abrió la puerta y la hizo pasar al oscuro interior.

– Sí, supongo que Gabe piensa lo mismo porque se construyó uno, más grande, en su casa. Abajo, a la orilla del lago.

– Ya lo he visto. ¿Lo levantó él solo?

– Sí. Es muy hábil. Sabe hacer de todo.

La puerta se cerró detrás de ellos. De pronto fue como si el aire empezara a crepitar de tensión sexual. Morgan habría apostado cualquier cosa a que él no era el único en sentirlo. La luz de la luna se filtraba por las rendijas, iluminando los bancos del interior.

– ¿Quieres sentarte?

– Lo que quiero es saber qué es lo que quieres de mí para poder volver a la fiesta.

¿Qué era lo que quería? Una buena pregunta. Desde el primer instante en que la tomó de la mano, había tenido una dolorosa erección. Se sentó frente a ella. Cruzándose de brazos, le espetó:

– Tú eres distinta que Honey.

– Somos como la noche y el día – admitió sin vacilar –. Por eso nos llevamos tan bien.

– ¿Adonde quieres ir a parar?

– No quiero verla sufrir.

Misty se tensó de nuevo.

– El primero que lo intentara tendría que vérselas conmigo.

–Y aun así te presentas aquí y te pones a flirtear con mis hermanos...

–¡Yo no he flirteado con nadie! –siseó, inclinándose hacia él—. He bailado con ellos, sí, ¿y qué pasa? Es lo esperado en una...

Morgan la agarró entonces de los hombros, acercándola hacia sí. Tenía la piel exquisitamente suave...

–Y también te has exhibido durante toda la noche con ese vestido, descalza...

Vio que entrecerraba los ojos. También podía sentirla temblar.

–¡Ahí fuera hace cuarenta grados, Morgan! Y estos escotes son normales en las ocasiones como ésta. Los llevan casi todas las invitadas. En cuanto a lo de ir descalza, ¿qué pasa? ¡No me digas que eres fetichista!

No lo era. O al menos no lo había sido, hasta que la conoció. Nunca antes se había fijado en los pies de una mujer. Pero Misty tenía los pies pequeños y estrechos, y se pintaba las uñas de un rojo cereza.

–Tratas con demasiada familiaridad a mis hermanos.

–¡Ja! No creo que a tus hermanos los preocupe precisamente eso.

No teniendo nada que replicar, Morgan se levantó lentamente. Pero no la soltó.

–¿No lo crees?

Misty vaciló, algo intimidada. Pero finalmente alzó la barbilla con su altanería habitual.

–No. Creo más bien... que se trata de ti.

–Tienes razón –asintió con la cabeza. El corazón le latía a toda velocidad—. Se trata de mí. Pero también de ti.

–No, yo...

La había acorralado contra la pared de madera. Toda la furia, toda la frustración se transmutó en pura tensión sexual. No pudo resistirlo ni un instante más. Con la punta de los dedos le tocó las mejillas, los labios, saboreando la tersura de su piel, su leve temblor.

–Es... completamente imposible... –se inclinó lentamente hacia ella— que solamente yo pueda estar sintiendo esto....

–¿Esto? –la palabra no fue más que un susurro, musitado contra sus labios.

–Dios mío, cómo me excitas, Misty... –y la besó.

Se mantuvo rígida durante un par de segundos hasta que abrió la boca y cerró los dedos sobre las solapas de su esmoquin. Soltó un gemido bajo, ávido, anhelante.

Morgan, que durante toda aquella semana la había estado evitando con éxito... de repente fue hombre muerto.

## Capítulo 2

«Esto es una locura», pensó Misty mientras disfrutaba de la deliciosa caricia de la lengua de Morgan. La estaba abrazando con tanta fuerza que prácticamente sus cuerpos se habían fundido en uno solo. No había esperado aquello, no había imaginado siquiera que existiera... Aquel hombre sí que sabía besar, mover las manos y... las caderas. Todo lo que hacía, cada lugar donde la tocaba, conseguía inflamar aún más su deseo.

Acababa de formular ese pensamiento cuando una de sus grandes manos se cerró sobre un seno. Los pezones se le endurecieron de inmediato y ahogó una exclamación. Impresionada, aturdida por la intensidad de lo que estaba sintiendo, susurró:

—No.

Al escuchar aquella palabra, pronunciada sin mucha convicción, Morgan se quedó paralizado. Abrió lentamente la mano con que había empezado a acariciarla, como si sus dedos tardaran en obedecerlo. Y se apartó.

Se había detenido nada más pedirselo. La relevancia de aquel gesto no le pasó desapercibida. Era un hombre que sabía controlarse. Sabía que debería moverse, marcharse de allí, pero era incapaz.

—No voy a disculparme.

Lo había dicho casi sin aliento, frustrado, casi irritado. Misty se tragó el nudo que le atenazaba la garganta.

—Yo... no te lo he pedido.

—Esto va a ser un problema —murmuró Morgan, sin moverse.

—¿Esto?

Tras unos segundos de silencio, se echó a reír.

—Vamos, Malone. Lo has sentido tanto como yo.

—Si te refieres a...

—Me refiero a que te he tocado y te has puesto tan caliente que casi me has quemado. Te he besado y has sacado la lengua y te has frotado contra mí, y eso ha sido como lanzar un fósforo encendido a un charco de gasolina. Entre los dos hemos generado suficiente calor para organizar un incendio.

Misty se había quedado consternada ante sus palabras y ante la vehemencia con que las había pronunciado... tanto más cuanto era incapaz de negarlas. Pero bien podía aceptarlas como una lección. Debía enfrentar los problemas cara a cara. Precisamente porque no lo había, hecho antes, tenía ahora los problemas que tenía.

—Malone...

–Tienes razón –se apresuró a asegurarle—. Y lo siento. Me has tomado por sorpresa.

–Tonterías –la fulminó con la mirada—. Desde el primer día supe que sería así. ¿Por qué diablos crees que te he estado evitando?

Misty se quedó asombrada. Eso, ciertamente, explicaba muchas cosas...

–Entiendo. Bueno, puede que no yo sea tan lista como tú, porque pensaba que eras un tipo odioso y repelente y me alegraba por tanto de que me ignoraras. No tenía ni idea de que hubiera esta... –hizo un vago gesto con la mano—... química entre nosotros. Ni siquiera era consciente de que algo así pudiera existir.

Morgan soltó una maldición, pero ella no dejó que lo interrumpiera.

–Pero ahora que lo sé, confía en mí: no volverá a suceder.

Morgan pareció calibrar sus palabras. Entrecerrando los ojos, bajó la mirada hasta sus senos, cuyos pezones seguían dolorosamente endurecidos. Sin previo aviso, extendió una mano y le acarició con el dorso una sensible punta, a través de la seda del vestido. Misty volvió a quedarse sin aliento, estremecida.

–Oh, claro que volverá a suceder, corazón, si es que sigues por aquí –susurró—. Es por eso por lo que necesito poner a fin a tu pequeña visita y salir de aquí lo más rápidamente posible. Mi capacidad de autocontrol no llega más allá, y por lo visto la tuya no existe.

Aquellas palabras le sentaron como una bofetada. Un brutal recordatorio de que todos sus problemas actuales se debían a lo muy estúpida e ingenua que había sido. Se apartó bruscamente y le dio la espalda, mordiéndose un labio para no estallar en sollozos. Por mucho que había esperado poder rehacerse en Buckhorn, recuperar las fuerzas... ahora se daba cuenta de que era imposible. Ignoraba qué iba a hacer en lo sucesivo. Pero no permitiría que aquel estúpido la viera llorar. Eso era lo último.

Pese a todo, Morgan tenía razón: marcharse resultaba imperativo. Estaba decidida a no volver a relacionarse con ningún hombre. Y sobre todo con un diablo autoritario y gruñón llamado Morgan Hudson. Un hombre al que ni siquiera le gustaba, y que incluso parecía despreciarla. Todavía de espaldas a él, suspiró profundamente y se dispuso a abrir la puerta.

–Me marcharé mañana a primera hora –a pesar de su resolución, le tembló levemente la voz.

–Misty...

Parecía vacilar, pero ella no tenía ganas de seguir discutiendo. No podía confiar en nadie excepto en Honey, y por nada del mundo pensaba estropear su recién estrenada felicidad. Después de que su hermana hubiera conseguido rehacer su vida y hecho planes para los meses venideros, no podía molestarla con sus tristes confesiones.

De repente sintió la mano de Morgan sobre su hombro. Aquel simple contacto la afectó tanto que se odió a sí misma por ello.

–Espera un momento.

—¿Qué pasa ahora?

Se volvió para mirarlo, intentando parecer irritada cuando en realidad estaba sin aliento. La luz de la luna había ganado en intensidad. Podía distinguir perfectamente sus rasgos. Su fuerte, cuadrada mandíbula. Sus pómulos como cincelados en piedra...

Al principio se la quedó mirando en silencio. Pero justo cuando se disponía a hablar, otra voz lo interrumpió.

—Por fin te encuentro.

—Casey, ¿qué diablos estás haciendo aquí?

Misty se volvió para descubrir al hijo de Sawyer. A sus dieciséis años, Casey ya apuntaba maneras de los hermanos Hudson. Era alto, más de uno setenta, de hombros anchos y piernas largas y musculosas.

—Papá quería localizarte y traerte de vuelta a la fiesta.

—Ya. Y, por supuesto, tú te ofreciste voluntario para el trabajo.

—De hecho —rió entre dientes—, tío Jordán y tío Gabe fueron los que se mostraron más deseosos de hacerlo, pero papá me mandó a mí en su lugar. Según sus propias palabras, porque sabía que a mí no me soltarías un mamporro.

Morgan le pasó un brazo por los hombros, cariñoso.

—No estés tan seguro de ello, chico. En este momento mi afecto por ti deja mucho que desear.

—Oh, no me preocupa —replicó riendo—. Todavía puedo vencerte.

—¿Eso crees?

—Sí, porque soy más rápido... y tú te estás haciendo viejo —Casey se escabulló bajo su brazos y se colocó al lado de Misty. Retrocediendo de espaldas, con una sonrisa de oreja a oreja, añadió—: Papá también me encargó que trajese a Misty de vuelta, contigo detrás, si no querías que Honey saliera a buscaros a los dos.

—¿Todo eso te dijo?

—Sí, y que tuvieras mucho cuidado con Misty, dado que la pobre todavía no sabe cómo eres.

Casey se lo estaba pasando en grande, burlándose de su tío. Misty se sonrió, divertida y asombrada por la relación tan estrecha que mantenían, pero también algo triste. Su propia familia se reducía a Honey y a su padre, desde que su madre falleció siendo las dos muy jóvenes. Su padre era un hombre dominante; frío, nada cariñoso. Sospechaba que, de no haber sido por su hermana, su infancia habría resultado sencillamente insoportable. Casey, en cambio, contaba con una familia maravillosa. No era difícil entender por qué Honey se había enamorado de todo el clan.

Morgan se detuvo justo al borde del jardín en sombras:

—Anda, vete, y dile a tu padre que espero que controle a su mujer. Ahora mismo volvemos.

– Papá dijo también que sabía que responderías eso, y que entonces te contestara que mandaría a tío Gabe y a tío Jordán a por ti en dos minutos.

Morgan hizo un intento por agarrar a Casey, pero el chico saltó hacia atrás, riendo.

– ¡Hey, hey! – alzó las manos –. ¡Que eso lo ha dicho mi padre, no yo! – y corrió hacia la casa.

– Maldito bribón...

Misty seguía sonriendo, aunque la tristeza persistía.

– Estáis muy unidos.

– Es que al chico lo criamos entre todos los hermanos. Sawyer consiguió la custodia cuando todavía era bebé, y entre ocuparse de él y terminar las prácticas de medicina, habría acabado desquiciado si los demás no hubiéramos arrimado el hombro. Y no fue ninguna molestia, te lo aseguro. Diablos, Casey siempre ha sido un gran chico, aunque su sentido de humor deje en ocasiones mucho que desear...

Misty se lo había quedado mirando, asombrada.

– ¿Estás diciendo que tú contribuiste a educarlo?

– Sí, claro. Con mi madre y los demás. ¿Qué te creías, que yo no era persona de fiar para hacerme cargo de un crío?

De hecho, eso era exactamente lo que había pensado, pero se reservó el comentario.

– Simplemente estoy... bueno, sorprendida. La idea de cuatro hombres criando a un bebé...

– Ya, bueno, como te dije, mi madre nos enseñó todo lo que había que saber. Cuando Sawyer se hizo cargo del crío, yo tenía, vamos a ver... diecinueve años. Tengo que admitir que aprender a cambiarle bien los pañales me costó bastante – sonrió –. Aunque lo de ser tío de un bebé también tenía sus ventajas: me proporcionaba mucho éxito con las chicas. Cada vez que entraba en el pueblo con Casey, se me acercaban a puñados.

Misty puso los ojos en blanco.

– Qué imagen más gráfica.

Se echó a reír, pero enseguida se puso serio.

– Mira, en cuanto a lo que acaba de suceder, yo...

– Tú ya me lo has dejado perfectamente claro, Morgan. Te dije que me marcharía mañana por la mañana y eso es lo que haré.

– Malone – suspiró –, yo quiero mucho a tu hermana. No quiero que se lleve un disgusto.

Se lo quedó mirando asombrada:

– ¿Te preocupa que le diga algo a Honey? ¿Es eso? Pensabas que iba a cotillear con ella sobre ti, ¿verdad?

– Bueno, ella quería que nos hiciéramos amigos...

— ¡Es increíble! Para tu información, Honey es mi hermana. Y la adoro.

— Me alegro de saberlo.

— Y jamás haría nada para perjudicarla, lo cual incluye desilusionarla acerca de su nueva familia — le clavó un dedo en el pecho, frustrada. Con tantos problemas como tenía ella... ¡y lo que le preocupaba a Morgan Hudson era su discreción! —. Por lo que a mí respecta, Honey puede pensar que nos hemos convertido en los mejores amigos del mundo. Pero hasta que mañana a primera hora salga de esta casa, procura mantenerte lo más alejado posible de mí.

Se giró en redondo y se marchó. Sin embargo, una vez en la puerta, no pudo resistirse a mirarlo por última vez. Allí estaba, a la luz de la luna, con el rostro levantado hacia el cielo, los ojos cerrados, la mandíbula apretada. Pese al calor reinante, no pudo evitar un estremecimiento.

Al día siguiente se marcharía de Buckhorn. Hasta entonces, ya pensaría en algún lugar adonde ir. Se había gastado todos sus ahorros defendiendo su inocencia... y había perdido. No tenía casa, ni trabajo, ni perspectivas de ningún tipo. Y, con todo, ése era el menor de sus problemas.

Si Morgan no se hubiera quedado despierto, suspirando de frustración, asaltado su cerebro por todo tipo de sensuales imágenes, tal vez no lo habría oído. Pero no había podido pegar ojo en toda la noche mientras evocaba el dulce sabor de Misty, la manera en que se había apretado contra él, en que le había devuelto el beso...

Aunque su sentido común le decía que las cosas habían terminado como deberían, justo antes de empezar, su imaginación se empeñaba en llevarle la contraria. Como resultado, llevaba horas dolorosamente excitado. Aquello era una tortura, como volver a sufrir la maldición de la pubertad, y la culpa era de Misty Malone.

El chirrido se repitió, y esa vez reconoció el sonido: el banco de columpio que colgaba del enorme roble de la parte trasera de la casa. Desnudo, se acercó a la ventana y aguzó los oídos. Su dormitorio se encontraba en un extremo del edificio, al otro lado de los de Sawyer y Casey, con los espacios comunes de por medio.

La habitación de Morgan daba al lago, al igual que la de Sawyer. Y el columpio.

Alguien estaba allí, y su intuición le decía que se trataba de Misty. Se lo decía el acelerado latido de su corazón, o el nudo que sentía en el estómago. La luna no se había ocultado del todo. Miró su reloj, sorprendido al descubrir que apenas eran las cinco y media. ¿Qué estaría haciendo allí tan temprano? ¿Ideando más y mejores formas de atormentarlo?

Tardó un par de segundos en decidirse a ir a verla: una especie de ineludible necesidad se impuso a su prudencia. Ya se disponía a abandonar la habitación, vestido únicamente con unos viejos vaqueros, cuando se volvió para entrar en el cuarto de baño. No se peinó ni afeitó, sino que se limitó a cepillarse los dientes.

Al pasar por delante de la cocina, pensó en preparar un café. Al menos eso le daría fuerzas antes de enfrentarse a ella de nuevo. Porque aquella mujer era capaz de inflamarlo de deseo con una sola mirada... Mientras cargaba la cafetera, cuidando de

hacer el menor ruido posible para no despertar a nadie, se la imaginó levantada a esas horas, despeinada, con la mirada soñolienta, vestida seguramente con algún camisón transparente, provocativo... y por poco se le cayó la jarra de agua al suelo. Aquella expectación que sentía era ridícula, pero real.

Al menos, durante aquellas pocas horas de la madrugada... la tendría para él solo.

Salió de la casa con una humeante taza de café en cada mano. Descalzo como iba, atravesó sigilosamente el jardín. Allí estaba, de espaldas a él, ovillada en el banco de columpio: una imagen casi irreal, fantástica, etérea. Sólo le faltaban dos pasos para llegar cuando escuchó un sollozo.

Se quedó paralizado, consternado, sin saber qué hacer. El sollozo se repitió, y vio que se enjugaba las lágrimas con un pañuelo. Cerró los ojos por un instante, con el corazón desgarrado. El hecho de que aquellas lágrimas lo afectaran tanto era señal segura de que las cosas estaban escapando a su control. Intentó convencerse a sí mismo de que se trataba de una atracción puramente física, y nada más. Haciendo acopio de fuerzas, anunció su presencia con un ligero carraspeo.

Misty se volvió con tanta rapidez que a punto estuvo de caerse del columpio, y se lo quedó mirando de hito en hito. Llevaba puestas unas gafas que Morgan nunca le había visto antes, de montura metálica, y la melena recogida en una coleta. A la débil luz del alba, pudo ver que se había ruborizado.

Lo cierto era que tenía muy mal aspecto: una posibilidad que jamás se le había pasado por la cabeza. Tenía la nariz enrojecida y los ojos medio ocultos por el reflejo de las gafas. El deseo que lo había embargado desde hacía horas murió de pronto, pero no por culpa de su aspecto, sino porque sabía que estaba sufriendo... y tenía el horrible presentimiento de que él era el culpable.

—Oí el columpio... y pensé que a lo mejor te apetecía esto —le tendió la taza.

Misty la miró como si contuviera arsénico. Morgan soltó un profundo suspiro.

—Es café. Con mucha leche y azúcar. Pensé que si Honey lo prefería así, a ti te pasaría lo mismo. Aceptó la taza, bebió un sorbo y le dio las gracias en silencio. Luego, sin pronunciar palabra, se volvió para contemplar el lago, apenas visible por la niebla. Lo estaba ignorando. Su actitud de desdén no podía estar más clara si le hubiera gritado «vete de aquí».

Molesto, Morgan fingió no notarlo y se sentó a su lado, a sabiendas de que casi no había espacio suficiente en el columpio para los dos si ella seguía en aquella postura. Misty se apresuró a bajar los pies al suelo, y fue entonces cuando descubrió que llevaba una vieja y sencilla bata de andar por casa. Sin cinturón, con gruesos botones, todos abrochados menos el último.

—¿Una mala noche?

Sostenía la taza con una mano y con la otra se agarraba el cuello de la bata con el pañuelo estrujado. Vacilando, la lanzó otra mirada por encima de sus gafas.

—Si es lo que piensas... ¿por qué no? Tú te retiraste antes que yo, así que es perfectamente posible que yo me quedara hasta las tantas montándome una orgía en el

cenador.

Morgan bebió un sorbo de café sin dejar de mirarla, con su brazo libre apoyado en el respaldo del columpio, casi tocándola con la punta de los dedos. Casi.

– Creo que tu hermana no lo hubiera tolerado.

Se dispuso a levantarse, pero Morgan la sujetó de un codo:

– No, por favor, no te vayas por mi culpa. No he venido aquí a molestarte.

– No, has venido a comprobar si seguía decidida a marcharme. Bueno, pues no te preocupes. Tan pronto como se haga de día, me vestiré y me iré. Anoche estuve haciendo las maletas, así que no me retrasaré en salir. Sólo quería ver antes el amanecer.

Aquellas palabras le hicieron sentirse todavía peor. Pero aun así murmuró:

– Es lo mejor que puedes hacer, y tú lo sabes.

– No pretendo discutir contigo, Morgan.

– Mejor, porque yo no he venido aquí a discutir.

– ¿Ah, no? ¿Entonces a qué has venido?

¿A qué había ido? Fuera cual fuera el motivo o la excusa que se había inventado para justificarse, ya no lo recordaba. Como no sabía qué responder, intentó cambiar de tema.

– Parecías tan... afectada.

– No, en absoluto – sacudió la cabeza.

Pero seguía teniendo un pañuelo estrujado en la mano, la nariz enrojecida y los ojos llorosos. Verla así le remordía la conciencia.

– Yo no tengo nada en contra tuya, Malone.

Misty resopló de impaciencia. Y escepticismo. Morgan tensó la mandíbula. Estaba decidido a decirle lo que tenía que decirle.

– Pero es mejor para todos que te marches pronto.

Suspirando, se volvió para mirarlo.

– Ya, bueno, sólo que aparentemente tú eres el único que lo piensa. Gabe se pasó la mitad de la fiesta intentando convencerme de que me quedara, y Jordán incluso me ofreció un empleo.

– ¿Les dijiste que yo te había pedido que te marcharas? – le preguntó, entre furioso e incrédulo.

– No. Pero sabían que lo haría tarde o temprano. Aunque lo de que fuera temprano solamente figuraba en tu agenda.

– ¿Qué le dijiste a Jordán?

– Que me lo pensaría.

Tensó los músculos, colérico. Quería que se marchara. No quería verla allí, con sus

hermanos rondándola continuamente... No podía soportar imaginársela con sus hermanos. Además, si se quedaba, terminaría liándose con alguno, de eso no le cabía ninguna duda. Actuando por puro instinto, le espetó:

– Olvídate del trabajo de Jordán. Yo te pagaré para que te vayas.

Se lo quedó mirando con la boca abierta.

– ¿Cuánto quieres?

– No puedes estar hablando en serio.

– ¿Por qué no? – estaba empezando a perder el control, que era precisamente lo que más odiaba en el mundo—. Serías capaz de manipular a Jordán, valiéndote de tu atractivo para sacarle un trabajo. Bueno, ¿por qué no manipularme a mí? Diablos, al menos sería consciente de ello. Di una cifra.

Lo miró entrecerrando los ojos, roja de ira. Pero luego se recuperó, canalizando debidamente su furor.

– Mmmm... veamos, puedo imaginar lo que te estás imaginando que desearía Jordán de mí a cambio de ese trabajo. Pero... exactamente ¿qué es lo que esperas que yo te dé a cambio, Morgan? ¿O no necesito preguntártelo?

Su insinuación excitó aún más su furor, pero sobre todo estimuló su deseo. Rompió a sudar y se le cerró el estómago. Extendió una mano para tocarla, por un puro acto de reflejo. Ni siquiera sabía qué iba a hacer con ella. Pero Misty lo sorprendió con su reacción: se levantó como un resorte del columpio. La taza cayó al suelo, derramando el café, y rodó por el césped. Se cubrió la boca con las manos. Estaba pálida y temblorosa, como si fuera a derrumbarse en cualquier momento.

Morgan también se levantó y se apresuró a sujetarla.

– Maldita sea, ¿estás bien? – la sacudió suavemente—. ¿Qué diablos te pasa? Contéstame, Malone.

Mirándolo con expresión horrorizada, abrió mucho los ojos y le dio un empujón. Luego corrió varios metros hasta una fila de setos y cayó de rodillas. Morgan estaba atónito. La siguió, pero se detuvo en seco al escuchar el inequívoco sonido de una arcada. Nunca en toda su vida se había sentido tan estúpido, tan torpe, tan brutal. Había discutido con ella después de prometerse que no lo haría. Y se había puesto enferma.

Cuando terminó de vomitar se quedó sentada en el césped, agarrándose el estómago con las manos. Sólo entonces se atrevió a acercarse Morgan. Se sentía completamente fuera de su elemento. Pero algo tenía que hacer. Estaba de espaldas a él, sin duda avergonzada. Arrodillándose a su lado, se atrevió a preguntarle:

– ¿Quieres que te traiga algo de beber?

– Ve... vete.

Vaciló una vez más antes de alzar una mano para acariciarle un hombro, y luego la espalda. El hecho de tocarla le hacía sentirse inconmensurablemente mejor, tanto si le reportaba un consuelo a ella como si no.

– Apuesto a que Sawyer podría darte algo para la resaca.

Aquello le arrancó una corta carcajada, peligrosamente parecida a un gemido.

– ¿Resaca dices, Morgan? ¿Cuándo no he bebido una sola gota?

Evidentemente se había equivocado.

– De acuerdo, no es una resaca.

Misty sacudió la cabeza y unos cuantos mechones negros escaparon de la coleta para rozarle las mejillas. Uno le cayó encima de las gafas, y él se lo retiró delicadamente. Sin mirarlo, le dijo:

– Siempre estás dispuesto a pensar lo peor de mí, ¿verdad? Ya debería estar acostumbrada. Dios sabe que los hombres siempre... Oh, vete de una vez –le ordenó con voz débil, demasiado cansada para discutir.

Pero Morgan no podía dejar de preocuparse.

– Misty, si estás enferma...

– Maldita sea, ¿por qué no me dejas en paz de una vez?

– Mira, Malone, mi madre me desollaría vivo si dejara a una mujer sola y enferma, a la intemperie, sin...

– ¡No estoy enferma!

Su terquedad lo irritó, pese a que continuaba acariciándole tiernamente la espalda.

– Oh, ¿entonces es que estoy alucinando? ¿No acabas de vomitar ahora mismo? Porque, Malone, no necesitas hacerte la mártir para suscitar mi compasión y...

– ¡No estoy enferma, estúpido! – gritó, volviéndose hacia él –. ¡Estoy embarazada!

## Capítulo 3

«Oh, Dios», exclamó Misty para sus adentros, horrorizada por lo que acababa de confesarle y a punto de ponerse a vomitar de nuevo. Se llevó una mano a la boca. Había pensado que el aire fresco la ayudaría, y así había sido, pero cuando apareció Morgan...

Frunció el ceño, desaparecida la náusea. Todo era culpa suya.

—Supongo que no te conformarás con olvidar lo que acabas de oír.

Vio que sacudía la cabeza, aturdido, con los ojos muy abiertos... Ni siquiera había cerrado la boca. Al menos no estaba frunciendo el ceño, como tenía por costumbre.

—No. No creo.

—No, claro, por supuesto que no —repuso, irritada—. Eso sería demasiado fácil, ¿verdad? —le entraron ganas de pegarle—. Bueno, pues en cualquier caso no es asunto tuyo. Y si se lo dices a mi hermana, te juro que te arrepentirás.

La expresión de Morgan no había cambiado. Era una cómica mezcla de sorpresa, desilusión e impotencia. Y había algo más también: algo que rozaba la furia pero que Misty no conseguía identificar. Puso los ojos en blanco y empezó a levantarse.

—Mira, siento haber vomitado en los setos... ¿Crees que alguien lo notará? —antes de que pudiera responderle, añadió, como arrepintiéndose de lo que acababa de decir —: De todas formas, la culpa es tuya. Si no me hubieras fastidiado tanto... Pero eso no importa ahora. Ya me siento mucho mejor. Así que ahora mismo voy a vestirme y me marcharé. Por favor, dales las gracias a tus hermanos de mi parte. Y dile a Honey que estaremos en contacto.

Estaba nerviosa, lo que resultaba obvio por su manera de parlotear. Quería morderse la lengua. Quería beber más café. Y quería alejarse de Morgan Hudson.

Él también se había levantado y en aquel instante estaba frente a ella, bloqueándole el paso.

—No lo creo, Malone. No creas que vas a largarte como si nada después de haber hecho una confesión semejante.

Estaba demasiado cansada para ponerse a discutir.

—Mira, tal vez no me he explicado bien —le dijo como si estuviera hablando con un niño—. Me vestiré, recogeré las maletas, saldré por esa puerta y me marcharé de aquí, ¿está claro?

—Estabas llorando. Tienes los ojos enrojecidos.

Lo dijo como si la estuviera acusando de una atrocidad.

—Siempre los tengo así por las mañanas. Suerte que no tendrás que acostumbrarte a verlos todos los días.

Empezó a alejarse de nuevo, pero esa vez Morgan la levantó en volandas. Misty se

habría puesto a chillar si no se hubiera acordado inmediatamente de sus hermanos y de Honey. Por nada del mundo habría querido que la vieran así. De modo que, en lugar de gritar, se mantuvo en silencio, rígida, intentando ignorar las sensaciones que estaba experimentando. La facilidad con que la transportaba Morgan, como si no pesara más que una pluma, su increíble fuerza, su masculino aroma...

Volvió a sentarla en el banco de columpio. Había transcurrido tanto tiempo desde la última vez que alguien la había levantado en brazos, o demostrado un mínimo de ternura o de interés por ella... que casi agradecía aquel agresivo y autoritario gesto. Pero ahora era más sabia, más experimentada, y estaba segura de que Morgan Hudson no era hombre del que pudiera esperar consuelo alguno.

– Er... Morgan...

Con las manos apoyadas en sus muslos, se inclinó hacia ella hasta que sus narices casi se tocaron.

– Voy a traerte un vaso de zumo. Si se te ocurre mover un solo dedo antes de que vuelva, te aseguro que no te gustará nada mi reacción. Y hablo en serio, Malone.

– Eres un mandón.

– Y que lo digas.

Se marchó para regresar en menos de un minuto. Misty no se había movido de su sitio, principalmente debido al cansancio. Llevaba semanas intentando encontrar alguna solución, pero los problemas se le habían ido acumulando y, a esas alturas, no tenía la menor idea de qué hacer. Encontrar un trabajo era, obviamente, el primer objetivo de la lista. Una vez que consiguiera un alojamiento barato, podría vender el coche para pagar el primer mes de alquiler.

Mendigarle dinero a su padre estaba descartado: no le pediría ni un céntimo. Nunca se habían llevado bien y sabía perfectamente cuál sería su reacción en el caso de que decidiera contarle sus problemas más recientes. Probablemente sería aún peor que cuando le contó lo de su embarazo: en aquel entonces no había vacilado en transmitirle su inmensa decepción. Sabía que le daría el dinero, sí, pero negándole su apoyo y su comprensión. Y ya tenía suficientes problemas como para encima tener que cargar con su abrumadora repulsa. No. Antes se quedaría sola que acudir a su padre.

Aceptó el gran vaso de zumo de naranja que le ofrecía Morgan.

– Gracias – dijo después de beber un sorbo –. Por el zumo, al menos.

Morgan se sentó a su lado y cruzó los brazos sobre su amplio pecho. Con aquel ceño tan brutal y la mandíbula apretada, tenía un aspecto verdaderamente terrible. Aquella actitud no le gustaba en absoluto. Y él todavía menos. Sabiendo que detestaba su descarado comportamiento y confiando en ahuyentarlo para que la dejara sola de una vez, le espetó:

– ¿Sabes? Realmente deberías mostrar un poquito más de decoro. Ir por ahí medio desnudo es de bárbaros. Sobre todo en un hombre de tu constitución.

– ¿Un hombre de mi constitución, dices? – parpadeó sorprendido.

—Sí, claro —no pudo evitar una punzada de calor mientras deslizaba la mirada por su poderoso torso—. Tan corpulento... músculos por todas partes. ¿Crees acaso que eso atrae a las mujeres? A mí no, desde luego.

Morgan entrecerró los ojos:

—¿Estás intentando distraerme, Malone?

—Oh, no, sólo estoy siendo sincera...

—¿Sincera? ¿Y dices que no te atraigo? Lo ocurrido esta noche lo desmiente.

—Lo de esta noche ha sido una aberración. Tenía un montón de cosas en la cabeza y tú me tomaste por sorpresa, desprevenida.

—Ya —repuso con tono escéptico, y su expresión se endureció—. Por cierto, ¿cuándo te casas?

Aquellas palabras le produjeron un efecto letal. Y su mirada era tan fija, tan intensa, que Misty no tuvo más remedio que bajar los ojos.

—Eso no es asunto tuyo.

—Lo estoy convirtiendo en el mío.

El zumo le había sentado bien y había dejado de tener náuseas. Se sentía mejor, más segura.

—Ésa es otra mala costumbre que tienes: meterte en lo que no te importa. Apuesto a que fue por eso por lo que te hiciste sheriff. Eso te proporciona una licencia legal para husmear en los asuntos de los demás.

Estaba mirando a lo lejos. Misty siguió la dirección de su mirada y vio que el sol había empezado a asomar en el horizonte. Era una vista preciosa, con una pincelada carmesí tiñendo la lisa superficie del lago. Suspiró, sabiendo que nunca olvidaría aquel lugar tan perfecto, tan ideal.

Hasta que de repente Morgan volvió a hablar, recordándole el único defecto de aquel paisaje idílico. Él.

—Podemos quedarnos sentados aquí hasta que venga todo el mundo, pero tengo la impresión de que quieres mantener tu marcha en secreto.

Misty suspiró de nuevo.

—No tienes derecho a darme tanto la lata por algo que no es asunto tuyo, Morgan.

—Tú ya eres un familiar mío —explicó, severo—. Eso me da todo el derecho que necesito.

—¿Familiar, dices?

—Desde luego, porque si no lo fueras, nunca habríamos abandonado aquel maldito cenador. Al menos sin que los dos lo hubiéramos disfrutado. Y mucho.

El tono de su voz, entre persuasivo y agresivo, la conmovió profundamente. Maldijo para sus adentros. ¿Cómo podía hacerle eso ahora, cuando ni siquiera le gustaba y no se preocupaba lo más mínimo por ella? Era injusto que, de todos los hombres que había

en el mundo, tuviera que ser precisamente Morgan Hudson quien le suscitara ese efecto. Aunque, bien mirado, últimamente era muy poco en su vida lo que podía ser calificado de justo...

– Estás complicando las cosas.

– Estoy constatando un hecho.

– ¡El hecho es que tú me quieres lo más lejos posible de tu familia!

– Como tú misma dijiste antes, los demás no piensan lo mismo. Jordán incluso te ofreció un empleo.

– Que yo rechacé.

– ¿De veras? – parecía sorprendido.

– Por supuesto que sí – afirmó, suspirando.

– ¿Por qué?

– Seguro que esto te sorprenderá, pero no soy la chica de compañía que tú parece pensar que soy, Morgan. Me doy cuenta de que tus dos hermanos han estado detrás de mí todo el tiempo, pero yo no pretendo hacer nada con ellos. No me gustan las aventuras pasajeras, y todavía me interesan menos las relaciones serias. No quiero dar alas a ninguno, ni siquiera de manera involuntaria. Así que le agradecí la oferta a Jordán pero la rechacé, y a Gabe le dije que no podía quedarme aquí por más tiempo porque tenía otras responsabilidades. Así que relájate. Tanto tus hermanos como tú estáis a salvo de mi pérfida influencia.

Esa vez Morgan no reaccionó a su provocación. En vez de ello, volvió a su anterior pregunta:

– ¿Cuándo te vas a casar?

Estaba claro que no estaba dispuesto a ceder. Y Misty estaba demasiado cansada de tener que bregar con hombres: su ex-prometido, su ex-jefe, incluso los malditos abogados y el juez. Quizá una vez que se lo contara todo, la dejaría en paz.

– Me rindo. Tú ganas.

No se regocijó con su triunfo. De hecho, ni siquiera parecía muy complacido. Simplemente declaró con tono práctico:

– Al final siempre termino ganando yo. ¿Cuándo te vas a casar?

– La respuesta es ésta: no me voy a casar. No habrá novio, ni boda, ni final feliz. ¿Satisfecho?

De repente Morgan se relajó, evaporada toda la tensión anterior. Su expresión perdió severidad. Descruzó los brazos para volver a apoyar uno sobre el respaldo del banco del columpio, tocándole casi un hombro.

– ¿No te vas a casar? – preguntó como para cerciorarse.

– ¿Quieres que te lo escriba con sangre? No voy a casarme. La sola idea me da asco. No tengo el menor interés por el matrimonio.

—Entiendo —un brillo no ya agresivo, sino peligrosamente cercano a la compasión asomó a sus ojos. Lo que para Misty resultaba aún peor—. ¿Qué le pasó al padre del bebé?

—Cuando se enteró de que iba a serlo, me dio dinero para que abortara —no lo miró. La humillación y el dolor que había experimentado aquel día seguían muy presentes. Había sido la peor traición que le habían hecho nunca. Al menos hasta que perdió su trabajo—. Me negué, él se enfadó y al final llegamos a un acuerdo.

—¿Qué tipo de acuerdo?

—Yo no lo molestaría con el bebé y él no me molestaría a mí.

El columpio seguía balanceándose suavemente, con un ritmo sereno, relajante. Morgan permanecía en silencio. Era un silencio reflexivo, más que condenatorio. Hasta que al final le preguntó:

—¿Desde cuándo llevas con las náuseas?

—Sólo unas pocas semanas. Y antes de que me lo preguntes, sí, se lo diré a Honey. Pero no ahora. Tiene tendencia a preocuparse por mí, a jugar el papel de hermana mayor aunque sólo me lleva un año. Es tan feliz con Sawyer que no quiero amargarla con mis problemas, al menos por el momento.

Empezó a acariciarle el pelo con la mano que tenía apoyada en el respaldo del columpio, alisándoselo con ternura. Era un gesto distraído, casi negligente, como si lo estuviera haciendo sin pensar. Cuando Misty volvió la cabeza, descubrió que la estaba mirando con una extraña intensidad.

—¿El bebé será un problema?

—¡No! Yo quiero tenerlo.

Su mirada se suavizó:

—No era eso lo que quería decir.

Alzando la barbilla, Misty replicó:

—Si me estás preguntando si voy a ser una buena madre, espero que sí. No tengo mucha experiencia, pero pretendo dar lo mejor de mí misma.

—Yo no estaba cuestionando eso, ni mucho menos —sonrió—. Simplemente me preguntaba si eres consciente de lo que te viene encima. Los bebés dan mucho trabajo. Hay que estar pendiente todo el día. ¿Cómo piensas trabajar y cuidarlo al mismo tiempo sin ayuda?

Sacudió la cabeza. Dado que por el momento ni siquiera contaba con un trabajo, no tenía ninguna respuesta que darle.

—¿Malone?

—¿No ha terminado todavía el interrogatorio?

—No, así que... ¿por qué te lo pones fácil a ti misma y sigues respondiendo a mis preguntas?

– Esta conversación no me está resultando nada fácil.

Aquella respuesta pareció afectarlo.

– Yo no quiero ponerte las cosas difíciles...

– ¿Ah, no? Cualquiera lo diría.

– Yo no he creado esta situación, Malone, y la atracción no es unilateral, sólo por parte mía. ¿Estarás dispuesta a admitir al menos eso?

Misty no quería, desde luego. Pero negarlo carecía de sentido.

– Sí, ¿y qué? El hecho de que esté embarazada y sin novio puede que me haya trastornado un poco. Te lo digo para que no se te suba demasiado a la cabeza esa atracción de la que hablas.

De repente, Morgan comenzó a acariciarle suavemente la nuca, abarcándola con su ancha mano. La ternura de aquel gesto no pudo conmovérsela más.

– Todo el mundo comete un error de vez en cuando. Tú no serías la primera.

– ¿A qué error te estás refiriendo? ¿Al hecho de haberme quedado embarazada o a mi reacción hacia ti?

Se quedó callado. Misty decidió dar por terminada su confesión antes de que volviera a quedarse taciturna y deprimida. Palmeándose los muslos, se volvió hacia él con expresión animada:

– Muy bien. Has conseguido agotarme por completo. Además, el sol ya casi ha salido del todo. Todo el mundo se despertará pronto y tengo intención de marcharme antes de que eso suceda. No me gustan las despedidas. Así que... dígame, sheriff... ¿qué otras preguntas tiene que hacerme antes de que yo desaparezca de aquí?

Nuevamente Morgan ignoró su sarcasmo.

– ¿De cuánto tiempo estás? No se te nota el embarazo.

– Lógico. ¡Si se me notara, ahora mismo no estaríamos teniendo esta conversación!

– Malone...

– Tres meses – esbozó una maliciosa sonrisa –. Por lo que sé, puede que no se me empiece a notar hasta el quinto, quizá hasta el sexto. Para entonces ya no seré para ti más que un lejano recuerdo...

– ¿Pero estás segura de que...?

– Sí, me hice la prueba, estoy segura.

– ¿Y tu trabajo?

– ¿Qué pasa con él? – inquirió a su vez, esquivando la pregunta.

– Bueno, la verdad es que no sé casi nada sobre ti... – parecía sorprendido.

Misty no pudo menos que echarse a reír.

– ¡Vaya, y ahora te das cuenta! No te preocupes, lo que no sepas podrás rellenarlo con lo que te inventes.

Aparentemente arrepentido, Morgan le acarició la mejilla con la punta de un dedo.

–Admito haberme apresurado a sacar algunas conclusiones. Pero con tu comportamiento tú no me has ayudado nada, Misty... –era la primera vez que llamaba por su nombre de pila.

–Yo no...

–Sí, tú sí –sonrió, provocándole un delicioso estremecimiento–. Flirteas con todo el mundo.

Misty suspiró.

–En cierto modo, quizá tengas razón. Estaba intentando parecer tan alegre y despreocupada para que Honey no sospechara nada... Quizá me excedí un poco.

–O quizá yo te desee tanto que el simple hecho de que respires me parezca un deliberado acto de seducción. A mí por lo menos.

Se volvió hacia él, sin saber qué decir.

–Es verdad –añadió Morgan–. Creo que jamás había deseado tanto a una mujer –abrió la mano, acunándole tiernamente la mejilla–. Incluso en este momento, con esa bata que llevas puesta, y sabiendo que estás embarazada de otro hombre... te deseo con locura.

Sacudió la cabeza, incrédula.

–Ya, ya lo sé. Una situación deplorable, ¿verdad?

–No, no lo es –declaró Misty, recuperándose–. Me marcho esta mañana. Y me marcharía ahora mismo si dejaras de una vez de interrogarme y de ponerme las cosas tan difíciles.

–Es que no es tan fácil, Malone, ahora que sé que estás en problemas.

–¡Qué sentimiento tan anticuadamente caballeroso! Las solteras embarazadas no están en problemas: los han tenido antes. Simplemente son... embarazadas –se encogió de hombros, fingiendo una actitud indiferente.

–Deja de eludir mis preguntas y contéstame. ¿Dónde trabajas?

Misty se dijo que, como sheriff que era, no le resultaría difícil comprobarlo, de modo que optó por decirle la verdad.

–Hasta hace muy poco trabajaba para Visión Vídeos. Una pequeña tienda de aparatos de vídeo del pueblo donde... donde vivía –confiaba en que le hubiera pasado desapercibida aquella pequeña vacilación. La idea de encontrarse sin hogar le resultaba demasiado novedosa y terrible a la vez–. Sólo tenía tres empleados además del jefe, pero las ganancias eran enormes. Para finales del verano pretendía abrir otra sucursal, de la que iba a encargarme yo.

–¿Y ahora ya no estás trabajando allí?

–No. Estoy replanteándome mis opciones.

Se la quedó mirando fijamente, incrédulo.

– ¿Estás en el paro?

– De momento, sí.

– ¿Por voluntad propia? – entrecerró los ojos—. Porque, supongo que ya lo sabes, si tu jefe te echó porque estabas embarazada, se trata de un despido ilegal y tienes derecho a denunciarlo...

– No, no me echó por eso.

Morgan se tensó, con expresión cada vez más sombría.

– ¿Por qué entonces?

– Él... bueno, me acusó de hacer algo que no hice.

– Maldita sea, Malone – estalló de repente—. ¡Te tengo que sacar las palabras con cuchara!

– ¡Está bien! – se levantó de un salto, tan irritada como él. Con las manos en las caderas, se volvió para mirarlo—. De acuerdo, maldita sea. Me acusó de haberle robado. Trescientos dólares. ¡Pero yo no lo hice, aunque ellos creyeron que sí!

Morgan también se había levantado y en aquel momento la miraba lívido de furia.

– ¿Ellos? ¿Quiénes?

– El dueño, el abogado que contraté, el juez... todo el mundo.

Morgan se acercó muy lentamente y la tomó de los hombros.

– Cuéntame con detalle lo que pasó.

Misty ignoraba si estaba furiosa con ella o con la situación. Se apartó y volvió a sentarse en el banco del columpio, impulsándose con fuerza. Pero él sujetó la cadena y se sentó a su lado.

– Estoy esperando.

Cruzó los brazos sobre los senos. Aquel hombre la hacía sentirse vulnerable y a la defensiva, cuando no tenía ningún motivo ni para una cosa ni para la otra.

– Un día, poco después de descubrir que estaba embarazada, cuando ya había roto con Kent, mi ex-prometido, faltó dinero en la caja. La compañera del turno anterior me había entregado todo lo recabado hasta el momento, así que la pérdida tenía que haberse producido durante mi turno. Sólo que yo no me llevé nada. En cierto momento fui al lavabo y supongo que... – lo miró—. Bueno, las embarazadas se pasan mucho tiempo en el baño...

Morgan esbozó una mueca de impaciencia.

– Continúa.

– El caso es que no había nadie en la tienda, así que fui rápidamente al baño y, cuando salí, mi jefe y su novia precisamente estaban entrando. Se enfadó mucho de que abandonara el mostrador, pese a que le dije que la tienda estaba vacía y que había tenido una urgencia. Terminamos discutiendo, porque además me echó en cara que había estado rindiendo muy poco últimamente. En realidad llegué tarde dos veces, por

culpa de las náuseas matutinas. De todas formas estaba de un humor pésimo y se mostró muy poco razonable, en mi opinión. Yo nunca había entrado tarde antes. Jamás. Fue precisamente por eso por lo que me había nombrado directora de la nueva sucursal cuando se abriera: porque era una buena trabajadora, de toda confianza.

– Ve al grano, Malone.

Le entraron ganas de soltarle una bofetada, pero en lugar de ello continuó su relato:

– Abrió el cajón y descubrió que faltaba dinero. Todavía no me puedo creer que me acusara de habérselo robado. Llevaba dos años trabajando para él. Yo lo hacía todo, desde el inventario hasta la decoración, desde la publicidad hasta los encargos. Yo creía que siempre había confiado en mí...

– ¿Llamó a la policía?

– Sí –ahora conocía en carne propia los brutales procedimientos que la policía utilizaba con los ladrones o con los presuntos ladrones. Se estremeció al recordarlo, pero eso era algo que no estaba dispuesta a compartir con Morgan—. Para no alargarme mucho, el abogado que contraté me dijo que no tenía ninguna posibilidad. Yo estaba sola en la tienda en el momento en que desapareció el dinero. Además, se habían enterado de que yo estaba embarazada y que mi novio me había abandonado. Eso me hacía parecer una mujer desesperada, con motivos suficientes para intentar robar el dinero. Me sugirió que me declarara culpable para ahorrarme las costas del juicio o cualquier tipo de indemnización, pero yo... me negué. El abogado me sugirió entonces que reclamara un procedimiento rápido, de esos en los que la sentencia la toma directamente el juez.

– Supongo que sería la mejor solución posible.

– No. Un jurado no se habría mostrado tan autoritario, ni tan sexista.

– ¿Sexista?

– Sí. El juez era una especie de dinosaurio amargado que me vio como una *femme fatale* sólo porque era joven y no tenía precisamente la apariencia de una profesora universitaria.

La reacción del juez había sido como echar sal en la herida. Todavía podía recordar la humillación a la que la había sometido.

– Me condenó a seis meses de libertad condicional, me hizo pagar los trescientos dólares que yo no había robado, así como las costas del juicio, y terminó echándome un feroz sermón sobre moralidad y responsabilidades. Incluso me echó en cara que esperaba que hubiera aprendido la lección –resopló, furiosa—. Pero la única lección que aprendí fue que los hombres ven las cosas a su manera, que rara vez es la mejor o la más honesta, por lo que no son de confianza y...

– Misty...

– No utilices ese tono conmigo, Morgan Hudson. Conseguiste lo que querías, conocer el meollo del asunto. Bueno, pues ya está. Ahora necesito salir de aquí. Tengo que encontrar un trabajo, así que si me disculpas...

—No.

—¿No? —incrédula, se volvió para mirarlo—. ¿Qué quieres decir?

Se levantó y, tomándola de un brazo, la hizo incorporarse a su vez. Sin soltarla, mirándola fijamente a los ojos, murmuró:

—Quiero decir que no vas a ir a ninguna parte, Malone. Te vas a quedar aquí.

## Capítulo 4

A pesar de la colérica mirada que le estaba lanzando, no la dejaría marcharse. Al menos por el momento. Sentía la fragilidad de sus hombros bajo sus dedos. Incluso con aquella nariz enrojecida y aquellas horribles gafas, estaba terriblemente sexy. La deseaba más que nunca.

Al menos no pensaba casarse. Aunque evidentemente no era asunto de su incumbencia, la simple idea lo sacaba de quicio. Por supuesto que podría arreglárselas perfectamente sin un canalla a su lado que no quería a su propio hijo. Intentó decirse que ése era el único motivo de su reacción. Pero no podía engañarse...

—No puedes marcharte así como así. Tú misma lo has dicho: no tienes trabajo y tienes mareos.

Se lo quedó mirando estupefacta, como si estuviera delante de un extraterrestre.

—¡Maldita sea, Misty, sabes que tengo razón!

—Sé que estás chiflado, eso es lo que sé —replicó, exasperada—. Son náuseas matutinas, eso es todo. Ligeros mareos. El resto del tiempo estoy bien. Soy perfectamente capaz de encontrar un empleo y trabajar. Por si no lo sabes, eso es algo que suelen hacer las mujeres embarazadas.

En aquel instante, Morgan estaba examinando mentalmente todo tipo de posibilidades. Si se quedaba, lo cual era seguro porque no pensaba dejarle otra opción... podría buscarle un trabajo. Hacía tiempo que necesitaba a alguien para que atendiera las llamadas en la oficina del sheriff. En general la gente solía llamarlo directamente. Buckhorn era un condado pequeño y el índice de delitos era asombrosamente bajo, así que hasta el momento no había tenido prisa alguna en contratar a un ayudante. Pero una secretaria era otra cosa. Alguien que le organizara su agenda, seleccionara las llamadas y tomara notas de los recados sería como una bendición.

Esbozó una mueca al ver su expresión agresiva, colérica. Era mejor esperar hasta después para contarle lo del trabajo. La sacudió ligeramente de los hombros.

—¿Entonces... qué pretendes hacer?

—¡Pretendo darte un puñetazo en la nariz si no dejas de manipularme como si fuera un muñeco!

La soltó inmediatamente.

—Sé que estás planeando algo —añadió Misty—. Lo presiento.

Y, girándose en redondo, empezó a alejarse. Morgan la detuvo en seco.

—Oye, oye... ¿adonde vas? Todavía tenemos que discutir este asunto.

—No hay nada que discutir —masculló con los dientes apretados—. Voy a ducharme y a vestirme, y después me marcharé. Ya no tendrás que preocuparte por mí, y tus queridos hermanos estarán a salvo de mis libidinosas inclinaciones.

Maldijo para sus adentros. Lo estaba haciendo sentirse culpable. Y lo estaba consiguiendo.

– Tú me llevas a pensar lo peor al respecto, Malone. Admítelo.

– No, tú siempre supones lo peor –replicó–. Yo no soy responsable de la manera en que trabaja tu cabeza.

– No, desde luego. Pero, en cierta forma, es culpa tuya –parecía a punto de estallar, así que se le adelantó–. Cuando estoy cerca de ti, Malone, apenas puedo pensar en nada, y menos aún con un mínimo de lógica. Por si no lo has notado, estoy loco por ti.

Misty se lo quedó mirando asombrada. Morgan se preparó para un nuevo ataque, pero el sorprendido fue él al ver que estallaba en carcajadas.

– ¿Es ésa tu manera de decirme que lo sientes?

Escuchar su risa era una experiencia maravillosa. Incluso aunque se estuviera riendo de él.

– ¿Sentías que te debía una disculpa?

– No –repuso ella. Las gafas le habían resbalado por el puente de la nariz y más mechones habían escapado de la goma con que se recogía la melena. Estaba despeinada, vulnerable y tan condenadamente femenina que se excitó de la cabeza a los pies–. No considero que me debas nada, Morgan, excepto dejar de meter las narices en mis asuntos.

– No puedo –le confesó, encogiéndose de hombros.

– No tienes otra opción –declaró, enfática.

– Yo puedo ayudarte, Malone.

– ¿Quieres ayudarme? –se giró nuevamente en redondo, dándole la espalda–. Pues déjame en paz.

Mientras la veía alejarse, Morgan se preguntó por qué diablos le habría robado a su jefe... cuando hacía apenas unos minutos había rechazado el dinero que él le había ofrecido. Sobre todo teniendo en cuenta la situación en que se encontraba. Y no sólo había rechazado el dinero, sino que se había ofendido e indignado ante la idea. Aquello no encajaba, y por eso estaba absolutamente decidido a descubrir la verdad.

Pero eso tendría que esperar. De momento tenía que elaborar un plan. Misty había rechazado su dinero, pero quizá se dejara ayudar de otras maneras si lograba convencerla de que se quedara. Recogió las dos tazas de café y el vaso de zumo y se dirigió a la cocina. Tenía que hacer unas cuantas cosas antes de que ella terminara de ducharse. Lo primero de todo era sabotear su coche: bastaría con soltar algunos cables. Sacar a sus hermanos de la cama le costaría un poco más, teniendo en cuenta la noche que habían pasado, pero estaba seguro de que harían piña con él por una buena causa. Porque definitivamente Misty Malone sería una buena causa para ellos. Para todos.

Veinte minutos después estaba sentado ante la mesa de la cocina, frente a un soñoliento Casey, cuando entró Misty. Sabía que los demás no tardarían en aparecer.

–Buenos días, Misty –la saludó el chico, ahogando un bostezo—. ¿Qué haces levantada tan temprano?

Misty se detuvo en seco. Después de cepillarse el pelo; se lo había, recogido en un perfecto moño en lo alto de la cabeza que le daba un aire romántico e increíblemente inocente. Sus gafas habían desaparecido y ya no tenía la nariz colorada. Llevaba una blusa amarilla de algodón, vaqueros cortos y unas sandalias de tiras. Estaba de lo más apetecible... Morgan reprimió un suspiro al verla y procuró concentrarse en lo esencial.

En vez de responder a Casey, Misty lanzó una mirada asesina a Morgan, que se sonrió. Prefería verla enfadada a triste y taciturna.

–¿Qué significa esa maleta, Malone?

Casey, que todavía no había descubierto su equipaje, se irguió en su silla, alerta.

–No irás a marcharte, ¿verdad?

Misty apretó los dientes antes de volverse hacia el chico con una sonrisa fingida.

–Me temo que sí. Tengo cosas que hacer. Pero me ha encantado la visita. ¿Querrás darle las gracias a tu padre de mi parte?

Se dispuso a moverse, pero Casey se levantó, con expresión casi aterrada, y le bloqueó el paso.

–¡Papá me matará si dejas que te vayas sin despedirte de él! Quiero decir que... Honey se enfadará y eso enfadará también a papá. Al menos quédate a desayunar, ¿vale? –miró a Morgan como pidiéndole ayuda—. Díselo tú, tío Morgan. Dile que se quede por lo menos a desayunar...

Morgan asintió lentamente con la cabeza.

–Creo que Casey tiene razón.

–Ah, no, es mejor que me...

De pronto se abrió la puerta de la cocina y entró Jordán. Llevaba los vaqueros desabrochados y se rascaba la tripa mientras bostezaba. Estaba sin peinar y daba la impresión de que necesitaba unas seis horas más de sueño, por lo menos. Durante la noche anterior, tres mujeres del pueblo habían intentado convencerlo de que las acompañara a su casa. Un verdadero compromiso para su hermano, siempre tan discreto. Aunque Morgan no lo compadecía lo más mínimo.

Como había venido por el sendero que salía del garaje, donde tenía su apartamento, y descalzo, se había mojado las plantas de los pies. Cuando vio a Misty con la maleta al lado, fue tal su sorpresa que se resbaló en el suelo de linóleo. Morgan se apresuró a sujetarlo.

–¿Qué está pasando aquí? –preguntó con su habitual tono dulce, mesurado, mirando a todo el mundo.

Morgan se limitó a encogerse de hombros.

–Misty, que se marcha.

Casey cruzó los brazos sobre el pecho, ceñudo.

–Y sin despedirse de nadie.

Jordán frunció el ceño mientras clavaba la mirada en el rostro ruborizado de Misty. Después de abrocharse los vaqueros, se acercó a ella y la tomó suavemente de los hombros.

–¿Qué pasa, corazón? ¿Por qué pensabas escabullirte así?

A Morgan no le gustó nada aquel tono íntimo de su hermano. Y menos todavía que la tocara de esa manera.

–Creo que no quería que nos enteráramos de que se marchaba.

–¿Es eso cierto? –le preguntó Jordán, soltándola para cruzarse de brazos.

–Bueno, no me estaba escabullendo precisamente –suspiró–. Todos sabíais que me iba a marchar hoy.

–Eso no es cierto –intervino Gabe desde el umbral, donde había estado tranquilamente apoyado sin que nadie advirtiera su presencia. Después de lanzar una mirada a Morgan, entró en la cocina y se dejó caer en una silla, bostezando. Llevaba solamente unos cómodos pantalones de algodón—. Dijiste que no podías quedarte, pero no dijiste nada de marcharte hoy a las seis y media de la mañana. Diablos, si los pájaros todavía no se han despertado. A eso yo lo llamo escabullirse. ¿Qué es lo que pasa, cariño?

Misty parecía a punto de derrumbarse. Morgan se apiadó de ella y le acercó una silla.

–¿Por qué no te sientas un poco, Malone, mientras nos lo explicas?

Fue a tomarla del brazo, pero ella se apartó. Haciendo un esfuerzo desesperado, decidió plantarles cara:

–Me marcho y ya está: no es ningún drama. Tengo el equipaje hecho y quiero salir temprano. No me gustan las despedidas, así que si me disculpáis...

Recogió la maleta y se dirigió hacia la puerta. Su coche se hallaba aparcado en un lateral de la casa. Sus hermanos y Casey estallaron en un clamor de protesta. Morgan no había esperado menos de ellos. Por eso los había levantado con tanta premura de sus camas. Desgraciadamente, Misty aún se mantenía firme.

Salió de casa a paso decidido, como poseída por una furia cargada de razón, seguida de los demás, todos hablando a la vez. Morgan escuchó sus argumentos de por qué debería quedarse e incluso los elogió por algunos aciertos. Misty, por su parte, hizo un admirable trabajo a la hora de ignorarlos.

Cuando Jordán se dio cuenta de que la cosa iba en serio, le quitó la maleta de la mano mientras miraba a Morgan como esperando alguna reacción por su parte. Morgan estuvo a punto de echarse a reír. No podía hacer nada al respecto. Sabía que, en cierto sentido, él era la verdadera razón por la que quería marcharse tan rápido.

Después de guardar su equipaje en el maletero, Jordán se volvió hacia ella para darle un fuerte abrazo. Ver a Misty aplastada contra aquel torso desnudo no le pareció a Morgan precisamente una escena muy familiar. Estaba a punto de separarlos cuando

su hermano se echó hacia atrás para mirarla.

— ¿Dónde vas a quedarte? ¿Nos dejarás un número para que te podamos llamar?

Misty pareció desconcertada por un momento.

— Bueno, por ahora voy a estar moviéndome continuamente. Pero ya os avisaré cuando me establezca, ¿de acuerdo?

Morgan continuaba mirándola. Por muy extraño que pareciera, podía leer en ella como si fuera un libro abierto. Y sabía sin ningún género de dudas que no tenía ningún lugar donde quedarse. Era desesperante. Gabe fue el siguiente en despedirse, e incluso se atrevió a besarla en una mejilla... un beso que a Morgan le pareció inadecuadamente largo.

— Si cambias de idea... — le dijo el benjamín de los hermanos a Misty — prométeme que volverás.

— Te lo prometo. Y gracias por todo.

Casey le comentó a su vez, sacudiendo la cabeza:

— Mi vida pende de un hilo por tu culpa. Papá me matará cuando se entere.

Morgan aplaudió en silencio la elaborada expresión de desamparo que ensayó su sobrino, pero Misty no se dejó engañar. De hecho, incluso sonrió.

— ¡Tu padre no te tocaría ni un pelo de la cabeza, y lo sabes perfectamente! Y ahora dame un abrazo.

Con una sesgada sonrisa, el chico obedeció. Misty no se molestó en mirar a Morgan, que seguía esperando con los brazos cruzados a que se sentara al volante y cerrara la puerta. Apoyado en el tronco de un roble, seguía observándola. Parecía la paciencia personificada.

Jordán le lanzó una mirada torva, ceñuda. No era propio de su hermano mostrarse tan malhumorado. Morgan arqueó una ceja con gesto burlón:

— ¿Tanto te duele verla partir?

Pero Jordán no se dejaba provocar tan fácilmente.

— ¿Me has sacado de la cama sólo para decirle adiós? Yo esperaba que la detendrías de alguna manera. Honey se va a poner como una fiera cuando descubra que la hemos dejado marchar.

Morgan se lo quedó mirando durante un momento, decidido a aparentar la mayor indiferencia posible, antes de volverse hacia Misty.

— No va a irse a ninguna parte.

Misty hizo un último saludo con la mano antes de girar la llave del encendido. El motor no arrancó. Frunciendo el ceño, lo intentó de nuevo. Nada. Morgan sonrió satisfecho. Y Gabe, flanqueado por Casey, se inclinó para susurrarle:

— ¿Le has saboteado el coche?

Lo dijo con un tono levemente aprobador. Gabe era el mecánico de la familia. Si

hubiera contado con tiempo suficiente, probablemente él habría hecho lo mismo. Morgan se hizo el ofendido.

—¿Yo hacer una cosa así? Te recuerdo que represento a la ley en este condado. Y sabotear un coche es un delito.

Sonriendo, Gabe dio unos golpecitos en la ventanilla.

—Parece que no quiere arrancar, cariño —le dijo cuando ella bajó el cristal.

Misty lo intentó de nuevo, ignorándolo. Parecía tan abatida que poco le faltó a Morgan para no soportarlo. Le entraron ganas de sacarla del coche, de abrazarla, de decirle que todo se arreglaría... Ansiaba ocuparse de ella, cuidarla. Protegerla. Porque era de la familia. Porque estaba en apuros. Porque era lo correcto.

Y no porque la quisiera. Al menos eso fue lo que intentó decirse. Desear a una mujer y quererla eran dos cosas diferentes, y él no estaba dispuesto a confundir una con la otra. Sí, la deseaba con locura. Pero eso tenía solución. Podía soportarlo. Lo que no podía soportar era imaginársela por el mundo sin ningún lugar adonde ir, sola, cuando más necesitaba la ayuda de la familia.

¿Que quizá ella misma se había metido en problemas? Era posible, aunque no estaba muy convencido. Pero incluso aunque eso fuera cierto, todo el mundo cometía errores, y una futura madre soltera tenía más derecho que nadie a robar. No lo aprobaba, pero lo comprendía. Era muy joven, sólo veinticuatro años, y se había encontrado en una situación muy difícil. Y, por lo que le había dicho, había pagado por aquel delito, no sólo económicamente, sino también emocionalmente.

Convencido de que seguía conservando el control de la situación, incluidas sus tumultuosas emociones, se acercó al coche y abrió el maletero. Sacó su equipaje y acto seguido hizo a Gabe a un lado. Por último, con gesto decidido, abrió la puerta y la tomó del brazo.

—Vamos, Malone. Sentada ahí no vas a resolver nada.

—No puedo tener tanta mala suerte —masculló con la cabeza baja.

—Entra en casa y ya lo solucionaremos.

Algo más recuperada, se recostó en el asiento y lo miró.

—Supongo que estarás contento.

—Venga —la urgió a salir del coche y ella se dejó llevar de vuelta a la casa. Le encantó que no lo rechazara. Eso quizá significara que ya había empezado a confiar en él...

Por desgracia, en aquel instante sucedió algo que no había previsto: Sawyer y Honey besuqueándose en la cocina... cubiertos tan sólo con una sábana.

Morgan se detuvo en seco al verlos, lo que hizo que Misty chocara contra él y Jordán también, como fichas de dominó. Al final todos terminaron apelotonados en el estrecho umbral.

Misty soltó un gemido al ver a su hermana en aquella tesitura. Inclinandose hacia

Morgan, murmuró:

– Estoy gafada.

Al escuchar aquel susurro, Honey se apresuró a apartarse de su marido, ruborizada hasta la raíz del cabello.

– Oh, cielos... – se subió la sábana hasta la barbilla, descubriendo de esa manera el trasero de Sawyer –. ¡Si todavía no son las seis y media! ¡Creíamos que todo el mundo estaría dormido!

Sawyer tiró de su esquina de la sábana para cubrirse delante de Misty.

– ¿Qué diablos está pasando aquí? – espetó a sus hermanos, ceñudo. Pero su expresión se transformó en el instante en que vio la maleta que Morgan llevaba en la mano –. ¿Te vas a alguna parte, Morgan?

Poniéndose de puntillas para ver algo por encima del hombro de su tío, Casey le hizo un breve resumen:

– Misty iba a marcharse, pero Morgan lo evitó.

Sawyer miró a su esposa antes de volverse de nuevo hacia su hijo, parpadeando asombrado. En otras circunstancias, su confusión habría resultado cómica.

– ¿Marcharse adonde?

– No lo sé – repuso Casey, encogiéndose de hombros –. A su casa, supongo, aunque dijo que no tenía un lugar fijo y que ya nos daría su número de teléfono cuando se estableciera en alguno. Yo intenté detenerla, papá, pero estaba tan decidida...

– Ya basta, Casey – lo interrumpió Morgan cuando sintió temblar a Misty –. Sólo ha sido un malentendido – le dijo a Sawyer –. Por cierto, ¿qué estáis haciendo vosotros dos levantados? Pensábamos que... dormiríais... al menos hasta mediodía.

Sonriendo picaramente, Sawyer se explicó:

– Necesitábamos... alimento.

Honey volvió a ruborizarse y le soltó un codazo a su marido, que por toda respuesta la abrazó y la besó en los labios. Morgan no pudo evitar sonreírse. Aunque se había resistido todo lo posible, Sawyer estaba absolutamente loco por ella y era un placer verlos juntos. Él quería una relación así. Pero cuando pensó en Misty, a su lado, el extremo opuesto de su hermana, su expresión se ensombreció.

– Si los dos tortolitos quieren volver a la cama, les llevaré la bandeja del desayuno en unos minutos – les ofreció, abriéndose paso entre los demás –. ¿Café y rosquillas os parece bien?

– Perfecto – Sawyer intentó llevarse a Honey, pero ella se resistió.

– ¿Misty? ¿Pensabas marcharte sin avisarme?

Estaba claramente dolida, y Morgan decidió intervenir. Experimentó una mezcla de sorpresa y agrado cuando Misty le dio la mano. Cuanto antes superara aquella dura prueba, antes llegaría a comprender que no necesitaba marcharse.

– Bueno, ahora mismo no va a marcharse a ninguna parte, porque su coche no arranca. No tienes por qué preocuparte.

– ¿Que su coche no arranca? – Honey lanzó una desconfiada mirada a Gabe –. ¿Se lo has saboteado tú, como hiciste con el mío?

– Ni lo he tocado – replicó Gabe, muy digno –. Diablos, si acabo de levantarme.

Jordán, por su parte, se adelantó antes de que Honey la emprendiera con él.

– Lo mismo digo. Ni siquiera sabía que pensaba marcharse hasta que la vi con la maleta en la mano.

Misty se había quedado mirando asombrada a su hermana. Morgan podía percibir su tensión.

– ¿Te sabotearon el coche?

Honey se encogió de hombros.

– Yo quería marcharme porque pensaba que les estaba causando molestias y, sobre todo, porque creía que los estaba poniendo en peligro. Gabe se ofreció a repararlo, pero en lugar de ello se aseguró de que no funcionara por si acaso intentaba escaparme – no pudo menos que sonreírse al recordarlo –. Sus intenciones eran buenas, así que los perdoné.

Misty le soltó la mano y se volvió lentamente hacia Morgan con un oscuro brillo de acusación y furia en los ojos:

– ¿Tú...?

– No me dejaste otra opción – se encogió de hombros.

Soltó una exclamación terrible, como si la hubieran herido. Acto seguido le propinó un codazo en el estómago.

– ¿Cómo has podido...?

– No querías escucharme – explicó, protegiéndose para parar un segundo golpe.

Nunca había oído a una mujer gruñir con tanta ferocidad. Todo el mundo se había quedado helado, mudo de estupor. Por un instante pareció que iba a pegarle otra vez, pero se lo pensó mejor. Su expresión seguía rezumando furia, pero también una fría resolución.

– Muy bien. Llamaré a un taxi. Me llevará a la estación de autobuses.

– No me provoques, Malone.

– ¿Que no te provoque? Has sido tú quien me ha provocado a mí, maldito...

– ¿Canalla? – sugirió, compungido.

Misty soltó otro gruñido.

– ¡Arréglame el coche!

– No – declaró, cruzando las manos sobre el pecho.

Sawyer, siempre tan diplomático, procuró mediar.

– Er, Morgan...

Sin apartar los ojos de Misty en un duelo de miradas, Morgan negó con la cabeza.

– No puede marcharse, Sawyer. ¿Está claro?

– ¿Por qué?

Gabe aprovechó para meter baza, seguido de Jordán:

– Si está tan decidida a irse...

– Yo también preferiría que se quedara, pero...

Morgan cerró los ojos, intentando pensar en algo. Las perspectivas no eran nada halagüeñas. No le había dejado otra opción. Pero Misty pareció adivinar sus intenciones.

– Ni se te ocurra, Morgan –le advirtió.

– Lo siento, cariño –le acarició fugazmente la mejilla, esbozando una pesarosa sonrisa. Acto seguido, anunció a todo el mundo –: No quiero que se vaya... porque está embarazada.

La reacción no fue exactamente la que esperaba. Honey se quedó mirando a su hermana con la boca abierta. Gabe y Jordán enmudecieron. Casey se ruborizó y Sawyer se apoyó en el mostrador con un suspiro, apretando con fuerza su punta de la sábana.

Misty, por su parte, lo golpeó de nuevo. Morgan le sujetó las manos antes de que pudiera hacerse daño. Esa vez no se apartó, pero le lanzó una mirada de puro odio. Supuso que preferiría mirarlo a él que enfrentarse a todos los demás, por la vergüenza que debía de estar sintiendo. Si hubiera encontrado alguna manera de ahorrarle aquel disgusto, lo habría hecho sin dudar.

Fue entonces cuando se dio cuenta de que nadie estaba mirando a Misty. Todos lo estaban mirando a él... y con un brillo de acusación en los ojos. Aquello era sencillamente grotesco.

– Yo no soy el padre –declaró con tono irónico–. Diablos, si sólo la conozco de un par de semanas, si no recordáis mal.

– Tiempo más que suficiente –comentó Sawyer, carraspeando.

– ¡Pues no ha sido el caso!

Todo el mundo se relajó visiblemente. Honey le dijo a Morgan:

– Bueno, por supuesto que no puede marcharse, en eso tienes razón. Retenedla hasta que vuelva, ¿de acuerdo? –y se marchó como una exhalación, llevándose a Sawyer detrás, ya que seguían compartiendo la misma sábana.

Gabe se sentó ante la mesa, algo más tranquilo.

– Con todo este alboroto me ha entrado un hambre tremenda. Jordán, si vas a preparar el desayuno, guárdame algo a mí.

Jordán asintió y empezó a sacar cazuelas y sartenes.

– Mejor será olvidarnos de las rosquillas a favor de las crepés. ¿Casey, Misty? ¿A

alguno más le apetece?

Casey miró a Misty y sacó una silla.

— Yo siempre tengo hambre. Ya lo sabes.

Misty seguía con los ojos muy abiertos, como si se hubiera preparado para una reacción completamente diferente a la esperada, quizá algo bastante más dramático que una invitación a desayunar. Morgan se preguntó si acaso se habría imaginado que sus hermanos y él eran auténticos ogros... Casi se sonrió al pensarlo. Pellizcándole la barbilla, le susurró:

— ¿No te había dicho que todo se arreglaría?

Misty no se molestó en responder. Era como si se hubiese transformado en una estatua. Morgan le sostuvo la mirada, buscando algo que añadir para aligerar la situación.

— Supongo que no me creerás si te digo que no fue intencionado — vio que su expresión se oscurecía y apretaba los labios—. Está bien, lo reconozco, lo del coche sí — admitió, sólo para fastidiarla—. Y admito también que levanté a Gabe, a Jordán y a Casey de la cama.

Misty rezongó algo por lo bajo. Sin duda se trató de algún insulto, pero él fingió no haberla oído.

— Te juro que no tenía ni idea de que los tortolitos iban a estar levantados. Y tampoco pensaba contarles lo del embarazo, de esto puedes estar segura.

Pero ella continuaba lanzándole una mirada asesina. Inclinandose hacia ella para que sus hermanos no pudieran oírlo, Morgan le dijo al oído:

— No tengo intención de revelarles tus otros secretos, así que puedes quedarte tranquila al respecto, ¿de acuerdo?

Estaba tan cerca que se llenaba los pulmones de su aroma cada vez que respiraba. Como la había acorralado contra el mostrador, apoyó ambas manos a cada lado. Misty no lo apartó, y Morgan pudo ver incluso que entreabría los labios. Lo sorprendió la reacción con que respondía cada uno a la cercanía del otro, incluso en aquellas circunstancias, cuando probablemente ella estaría pensando en cómo pegarle para hacerle más daño...

Cuando finalmente se rindiera y acabaran juntos, lo que estaba seguro sucedería tarde o temprano... sólo podía imaginarse lo explosivo que sería aquel encuentro.

— ¿Misty? No hay razón para que los demás sepan el resto si tú no quieres decíselo, ¿de acuerdo?

Vio que se estremecía, pero antes de que pudiera contestar, Honey regresó corriendo, vestida con una bata. Y se detuvo en seco cuando los vio a los dos tan juntos.

— Hey, hey, nada de eso. Aléjate de ella, Morgan. Quiero hablar tranquilamente con mi hermana sin que nos intimides a ella o a mí.

Morgan se apartó lentamente, preguntándose por lo que Misty estaría pensando... y

si se fiaría realmente de él.

– Yo nunca te he intimidado, Honey.

– Pero no te han faltado ganas de intentarlo – agarró a su hermana de un brazo y se la llevó a un aparte.

Morgan levantó su maleta.

– Me llevo esto a su habitación.

Misty negó con la cabeza para protestar, pero Honey aprobó la idea con una sonrisa.

– Gracias, Morgan. Misty y yo estaremos en el salón, hablando.

– Os llamaré cuando el desayuno esté listo – dijo Jordán.

Una vez que Honey y Misty se marcharon, Morgan notó la insistente mirada de sus hermanos. Se volvió hacia ellos, desafiante.

– ¿Qué pasa?

– Nada.

– Yo no he dicho nada.

Casey, por su parte, se puso a mirar un pájaro por la puerta de la cocina con aparente interés. Morgan rezongó algo entre dientes mientras salía con la maleta. Sabía que sus hermanos se estaban preguntando por las razones de su intromisión en los asuntos de Misty Malone, así como de su condición de confidente privilegiado de la misma. Pero no estaba dispuesto a traicionar su confianza, al menos más de lo que ya había hecho. Que siguieran devanándose los sesos.

Cuando entró en el cuarto que Misty había estado usando, vio que todo estaba perfectamente ordenado, con la cama hecha. Se la imaginó durmiendo en aquella misma cama la noche anterior, o mejor dicho, no durmiendo. Despierta e inquieta, preocupada. Sobre todo después de lo que le había dicho acerca de que debía marcharse. Se le encogió el corazón. Podía imaginarse lo que habría estado pensando, lo que había sentido, o lo que le había hecho sentir él... Era una sensación que detestaba. Probablemente no habría pegado ojo en toda la noche, preocupada por lo que haría a partir de ahora, por encontrar un trabajo que le permitiera mantener a su bebé...

Un bebé, una personita que se parecería a Misty, con su cabello oscuro y sus ojos azules. Sonrió al pensarlo. Pero enseguida se sorprendió a sí mismo esbozando una bobalicona sonrisa, y frunció el ceño.

¿Qué tipo de empleo podría conseguir una mujer como ella? El hecho de que continuara en libertad condicional... ¿le dificultaría acaso encontrar uno? ¿Sería capaz de ganar suficiente dinero para mantener a su bebé y a ella misma? Era lo suficientemente testaruda como para conseguirlo, pero tenía un duro camino por delante, eso era seguro.

Reflexionó por un momento y tomó algunas decisiones. Abrió la maleta y vació su contenido sobre la cama; luego se la llevó a su dormitorio y la guardó en el armario. No

lo tendría nada fácil si pretendía escabullirse de nuevo. Al menos hasta que hubiera elaborado un plan más o menos decente. También tenía intención de hacer algunas investigaciones. Conseguir los detalles de su robo no sería difícil.

Recordó algunas historias de su padre que Honey le había contado. No debía de ser un hombre nada fácil, y Morgan estaba seguro de que Misty no le había pedido ayuda alguna, dado su carácter. Según Honey, la relación de ambas con él no había sido nada buena, y con razón. Pero al final todo se arreglaría. De eso no cabía duda.

De camino a la cocina, pasó por delante del salón a tiempo de escuchar un comentario sumamente elocuente:

– Me odia.

Morgan se detuvo en seco, alerta, tenso. Y esperó, escuchando a escondidas la respuesta de Honey.

– Morgan no te odia, Misty. Si te retuvo aquí fue porque... porque todos los hermanos son un poco así. Lo único que quiere es protegerte.

– Ya, claro – soltó una carcajada de incredulidad –. Si tú lo dices...

Morgan cerró los puños. ¿Odiarla? Diablos, no. Lo que sentía era justamente lo opuesto del odio. Ansiaba devorarla, consumirla, hacerle el amor durante una semana seguida para poder quitársela de la cabeza. Odiaba, sí, el efecto que le producía. Pero no la odiaba a ella.

– Hazme caso – insistió Honey –. Yo los conozco a todos mejor que tú.

– No importa lo que Morgan pueda pensar o sentir por mí, Honey. Lo importante es que yo no quería molestarte ni preocuparte. Lo último que necesito ahora es que empieces a preocuparte por mí.

– ¿Pero es que no te das cuenta? No me preocuparé mientras pueda tenerte cerca sabiendo que te las estás arreglando bien. Y probablemente Morgan pensó lo mismo.

– Pero... yo necesito volver a trabajar. No puedo quedarme indefinidamente aquí.

Morgan ya no escuchó más y entró. Las dos estaban cómodamente arrellanadas en el salón. Misty lo miró con los ojos muy abiertos, alarmada.

No tenía manera alguna de reconfortarla en aquel momento, así que ni siquiera se molestó en intentarlo. Ya le había dado su palabra de que no le revelaría su encontronazo con la ley. No le haría daño que siguiera confiando en él. Así que fue directamente al grano:

– He oído que has mencionado la palabra «trabajo».

– Morgan... – le advirtió. Por su tono resultaba claro que lo asesinaría si decía alguna inconveniencia.

– Tengo una solución. Vas a trabajar para mí.

Misty se lo quedó mirando estupefacta, preguntándose por lo que estaría tramando. Era un hombre imposible de ignorar. Llenaba, invadía el espacio con su tamaño, su presencia avasalladora, su aroma... Tenía el tipo de cuerpo que a Misty secretamente la

había atraído siempre. Alto, musculoso y tremendamente fuerte, pero tierno a la vez. Sacudió la cabeza. Que se hubiera distraído pensando en su cuerpo no significaba que hubieran hecho las paces. Lo que más había deseado ella que no sucediera... él se había asegurado de hacerlo realidad. No importaba que en aquel momento se encontrara precisamente en la situación que había anhelado desde un principio: con su hermana y en un lugar seguro.

Todo era culpa de Morgan. Honey se merecía relajarse y disfrutar... pero ahora se preocuparía terriblemente por ella. Tenía una irrefrenable tendencia a cuidarla y protegerla, una costumbre que había adquirido debido a la temprana muerte de su madre y a la frialdad y distanciamiento que su padre siempre les había demostrado. Aunque la diferencia de edad era mínima, Honey siempre había ejercido el papel de hermana mayor responsable de las dos.

Terminaría por contarle toda la historia en algún momento, por supuesto, porque entre las dos no había secretos. Pero no ahora, no cuando Honey acababa de casarse y de encontrar la felicidad que tanto se merecía. No era justo cargarla con aquel fardo de preocupaciones.

Y en aquel instante Morgan acababa de ofrecerle un empleo. Trabajar para él. En ningún momento le había insinuado a Honey que ella ya no tenía trabajo, que se había quedado sin el que tenía, que estaba en paro. ¿Significaba eso que pensaba mantenerse fiel a la promesa que le había hecho de no revelar a nadie el resto de sus problemas? Eso esperaba. Todo aquello era demasiado humillante, y aunque sabía que Honey jamás creería en su culpabilidad, ignoraba lo que pensarían los demás al respecto.

Por un lado, estaba lo del embarazo: Misty quería tener ese niño. Y los hermanos habían reaccionado muy bien, dadas las circunstancias. Pero seguro que no querrían a una delincuente oficial, con condena y todo, en su casa. La enfermaba la idea de que en algún momento pudieran enterarse.

—Ya tengo un trabajo.

Morgan arqueó una ceja mientras se sentaba en el sillón, al lado del sofá. Contrariamente a Misty, se sentía cómodo, relajado, como si no tuviera la menor preocupación en el mundo.

—Pero Malone... si me estuviste diciendo que odiabas ese trabajo, que pensabas buscarte otro... ¿Por qué no aquí, donde puedas estar cerca de tu... familia?

—Yo nunca... —se mordió el labio, interrumpiéndose a mitad de frase. ¿Cómo podía desmontar aquella colosal mentira sin revelar al mismo tiempo la verdad? La había acorralado. Tras aclararse la garganta, esbozó una dulce y candorosa sonrisa. Con su hermana siempre funcionaba—. Yo nunca pretendí insinuar que tú me ofrecieras un trabajo.

Morgan hizo un gesto de indiferencia. Al parecer él sí que era inmune a su sonrisa.

—Por supuesto que no, eso ya lo sé. Jamás me has hecho la menor insinuación al respecto. Eres demasiado... honesta e íntegra para eso —con un brillo en los ojos, añadió—: Pero quiero que aceptes el empleo.

Misty negó obstinadamente con la cabeza.

—No.

—¿Cómo puedes negarte cuando ni siquiera sabes de qué se trata?

—¿De qué se trata? —masculló entre dientes.

Morgan sonrió, lo que la sacó aún más de quicio.

—Necesito un ayudante en la oficina, alguien que haga de secretaria y recepcionista de llamadas a la vez, cuando sea necesario. No, no me mires así. No necesitarás una preparación especial. Buckhorn es un condado pequeño y aquí las cosas funcionan de manera diferente. Tendrías que recibir llamadas, localizarme a mí para pasarme las más importantes y tomar nota de las que puedan esperar. A media tarde estarás libre, así que podrás pasar tiempo suficiente con Honey.

Su hermana se mostró entusiasmada ante la perspectiva.

—¡Morgan, es una idea fantástica! —y dirigiéndose a su hermana, añadió—: Pero sólo tiene sentido, Misty, si de verdad tienes ganas de estar conmigo... y con la familia. No es éste el momento de anteponer tu orgullo.

—Desde luego —aprobó Morgan.

Honey suspiró.

—¿No te había dicho que era un tipo maravilloso?

Misty estuvo a punto de ahogarse de indignación, sobre todo cuando miró a Morgan y descubrió el brillo de diversión de sus ojos. Aspirando profundamente, intentó adoptar un tono razonable.

—No sé nada en absoluto de trabajar para un sheriff...

—Yo te diré todo lo que necesitas saber, corazón mío...

Aquello sí que ya no lo pudo aguantar.

—Yo no soy... —pronunció con tono letal— ... tu corazón.

Honey le dio unas palmaditas en la mano.

—Oh, en esta región y, sobre todo, en esta casa suelen usar esos términos tan cariñosos, ya te irás acostumbrando. Cuando se dirigen a una mujer, todo el rato están con el «cariño» o el «corazón» en la boca —miró enternecida a Morgan—. Son tan... conmovedoramente anticuados...

Entre dientes, Misty rezongó:

—Y autoritarios, machistas, dominadores...

—¿Qué has dicho, Malone? No te he oído —parecía a punto de soltar una carcajada.

—No, nada —se levantó del sofá, y los demás la imitaron—. Pensaré en tu oferta, Morgan.

—Muy bien. Pero date prisa, ¿quieres? Necesito que empieces mañana.

Abrió mucho los ojos. ¡No quería empezar al día siguiente! De hecho, no quería

empezar nunca.

– Pero...

– Acepta el empleo, Misty, por favor...

Honey le dio un cariñoso abrazo. Desde que conoció a Sawyer, se sentía tan locamente feliz que deseaba compartir aquella felicidad con todo el mundo. Por encima del hombro de su hermana, Misty fulminó a Morgan con la mirada. Y él respondió haciéndole un guiño.

– ¿Por qué no te vas a desayunar con Sawyer? – le sugirió, forzando una sonrisa –. Me gustaría hablar de esto... del nuevo empleo... con Morgan.

– ¡Pero si todavía no me has contado lo del bebé, ni sé de cuánto tiempo estás, ni nada!

Misty gimió para sus adentros. Para su sorpresa, vio que Morgan tomaba del brazo a su cuñada con la aparente intención de llevársela de la habitación.

– Cada cosa a su tiempo, cariño, ¿de acuerdo?. Si ella acepta el trabajo y se queda, tendréis todo el tiempo del mundo para hablar de lo que queráis.

A regañadientes, Honey consintió en marcharse. Pero no antes de lanzar una velada mirada de advertencia a Morgan, a la que éste replicó con una carcajada. Misty, por el contrario, no le veía ninguna gracia a la situación.

Tan pronto como sacó a Honey de la habitación, Morgan se dirigió directamente hacia Misty.

– Ya te dije que no le diría a nadie una palabra sobre el trabajo ni sobre lo de tu condena. Sigues teniendo mi palabra.

– ¿Por qué debería creerte?

Tras una ligera vacilación, alzó una mano para acariciarle una mejilla. Era un contacto tan cálido, tan dulce, que Misty fue incapaz de apartarse.

– Yo jamás te haría ningún daño, Malone. Eso ya deberías saberlo a estas alturas.

– ¡Nunca podrías!

Su tono desdeñoso consiguió afectarlo. Tenía una idea bastante exacta de cómo debía de sentirse.

– Me parece que en eso te equivocas – sonrió tristemente –. Creo que estás viviendo un verdadero infierno y que, en este momento, eres muy vulnerable.

Precisamente porque sabía que tenía razón, se sintió doblemente obligada a negarlo.

– No te pongas tan sentimental conmigo, Morgan. Mi estómago no puede soportarlo.

Alzó entonces la otra mano para acunarle el rostro:

– Qué dura y valiente eres, ¿verdad, Malone? Siempre dispuesta a comerte el mundo sola. Admiro esa clase de coraje, ya lo sabes.

– Así que mis insultos no están consiguiendo el efecto deseado, ¿eh? Debes de tener

una cabeza más dura de lo que me había imaginado.

– Hey, estás realmente enfadada, ¿eh?

– ¿Enfadada, dices? Estoy más que enfadada. Lo que has hecho es absolutamente censurable.

– Lo que he hecho... – repuso, acariciándole las mejillas con los pulgares – ha sido intentar retenerte aquí a toda costa... dado que fui yo quien te echó.

Misty lo miró asombrada. ¿Se sentía acaso culpable? ¿Sería ése el motivo de su actitud? Entre incrédula y disgustada, su furia se fue agotando. En realidad no había querido marcharse, pero tampoco había querido que nadie más supiera de sus apuros. Volver a enfrentarse con los demás iba a ser increíblemente duro. Le harían docenas de preguntas, la mayoría sobre el padre ausente.

Como si le hubiera leído el pensamiento, Morgan chasqueó la lengua.

– Vamos, Malone, deja de torturarte. No hay motivo para que te sientas avergonzada. Mis hermanos no te juzgarán. En todo caso, culparán y con razón al tipo que te dejó embarazada para desaparecer después. Como dijo Honey hace un momento, somos bastante anticuados en esas cosas. Un tipo siempre es responsable de sus actos.

– Ya, bueno, éste en concreto no lo fue... Pero te aseguro que yo estoy mucho mejor sin él.

– Eso no lo discuto – se echó a reír –. Si lo viera por aquí, le daría una paliza.

– ¿De veras? – no era una perspectiva tan desagradable. A ella le habían entrado ganas de hacer lo mismo.

– Desde luego – rezongó –. Te hizo daño. Es lo menos que se merece.

Misty estaba asombrada. Morgan estaba hablando como si ella le importara. Como si no la despreciara, después de todo.

– Eres... muy amable – sabía que la frase sonaba ridícula en aquellas circunstancias.

Morgan le lanzó una severa mirada.

– Mira, Malone, lo último que querría sería que te casaras con un canalla.

– Yo lo último que querría sería casarme. Punto – bajando la mirada hasta su pecho, murmuró –: Ya tengo mi ración de experiencias con los hombres, gracias.

– Con los hombres equivocados, me da la impresión.

– Eso es una obviedad. O una redundancia – replicó, mirándolo a los ojos.

Morgan no dijo nada. En silencio, inclinó la cabeza hasta tocarle la frente con la suya. Misty podía sentir la caricia de su aliento en los labios, el calor de su cuerpo, la ternura que desbordaba... y suspiró.

– También es una obviedad... – pronunció con tono suave – que Honey te quiere con locura. Nada podrá cambiar eso.

Estaba desconcertada. ¿Cómo podía hacerla sentirse tan bien cuando estaba furiosa

con él, y con todo el derecho del mundo?

—Ya sé que mi hermana me quiere, Morgan. Pero no debiste decirle nada. Esa decisión no te correspondía a ti.

—Quizá, pero fue la acertada. Te pusiste muy testaruda, admítelo.

—No. Nunca.

Morgan se echó a reír.

—Al menos de esta manera estarás en familia, y me estoy refiriendo a todos. Todos formamos ahora una familia, Malone, tanto si te gusta como si no. No tienes trabajo. Ni siquiera tienes un lugar donde quedarte.

Alarmada, finalmente se las arregló para apartarse. Intentó forzar una carcajada escéptica, pero no pudo. En vez de ello, le salió una risita temblorosa.

—No seas ridículo.

—No sigas por ahí, Malone —entrecerró los ojos—. Te conozco demasiado bien.

—¡Pero si apenas me conoces!

—Efectivamente, estoy empezando a conocerte —y añadió con voz suave—: Quédate.

—¡Por el amor de Dios, si fuiste precisamente tú quien insistió en que me marchara! —exclamó, frustrada.

—Maldita sea... —sacudió la cabeza— eso fue antes.

—Oh, entiendo. Una mujer embarazada no presenta tantos riesgos. ¿Ha dejado ya de preocuparte que pueda seducir a tus hermanos? Después de todo, yo creía que era ésa tu principal preocupación.

Morgan se apoyó en la pared, al lado de la chimenea, y cruzó los brazos sobre el pecho. Misty reconoció aquella postura y la expresión que siempre la acompañaba.

—No, mi principal preocupación era la química que hay entre nosotros. Y tu embarazo no afecta a eso para nada. Sigues siendo tan sexy como antes. Tendría que estar muerto para no sentirme atraído por ti.

—Eso es ridículo...

—Es verdad. Tienes que ser consciente de ello. Pero tengo una ligera idea sobre lo que hacer al respecto.

Aquellas palabras, unidas a la intensidad de su mirada, le provocaron un delicioso estremecimiento. ¡No quería experimentar aquella atracción! Era un hombre terco y arrogante, autoritario... pero también completamente entregado a su familia, protector... e increíblemente guapo.

—¿Ah, sí? ¿Y qué piensas hacer? ¿Vestirme con un saco de arpillera? ¿Colgarme un cartel del cuello para ahuyentar a los inocentes?

—Oh, nada tan drástico —se interrumpió por un instante, como midiendo cuidadosamente sus palabras—. Le diré a todo el mundo que tenemos una relación.

Con lo que nadie se atreverá a acercarse a ti.

—¿Qué?

—Créeme, Malone —sonrió—, eso bastará para mantener a distancia a los demás hombres. Que es precisamente lo que tú querías, ¿no?

## Capítulo 5

Morgan esperó a que Misty lo mirara, antes de bajar de nuevo la vista. El rubor que coloreaba sus mejillas lo estaba volviendo loco. Tenía el presentimiento de que aquel rubor era una mezcla de ira, vergüenza y excitación.

Comprendía la ira y deseaba haberle ahorrado la vergüenza. Lo de la excitación lo entusiasmaba.

– Es un buen plan, Malone.

– Que yo finja... ser... tu... – dejó de balbucear para continuar mirándolo asombrada.

– Mi mujer. Sí, ése es el plan – quería atraerla hacia sí, tocarla de nuevo, pero no se atrevía. Tenía un aspecto terriblemente vulnerable, como si fuera a desmoronarse en cualquier momento—. Así es como yo lo veo – explicó, intentando adoptar un tono razonable—. Tú necesitas un empleo, pero no te resultará fácil encontrar uno sin que tus empleadores se enteren de tus antecedentes. Y una vez que los conozcan, tratándose de un robo en una tienda, se resistirán a contratarte, ¿verdad?

– Quizá.

– Y supongo que sigues en libertad condicional.

– Me durará unos cuantos meses más.

– Ya me lo figuraba – vio que cerraba los puños. ¿De rabia? ¿De vergüenza? ¿De arrepentimiento? Lo ignoraba, pero detestaba verla así—. El empleo que yo te ofrezco está bien pagado. Y el hecho de que hayas estado trabajando en la oficina de un sheriff limpiará tu historial. Aparte de inclinar decisivamente al juez a levantarte la sanción.

No parecía del todo convencida. Seguía mirando al suelo, extrañamente concentrada. De repente lo asaltó una punzada de pánico. Misty le había expresado muy claramente lo que pensaba acerca de las relaciones con los hombres. Retenerla allí, contratarla, demostrarle que podía confiar en él formaba parte de un plan enormemente ambicioso. Tendría que asegurarse bien de que funcionara.

– Como ya te dije, no es un trabajo duro.

Alzó rápidamente la cabeza, fulminándolo con la mirada.

– No temo al trabajo duro.

– No quería decir eso. Me refería a que no tendrás ningún problema es desempeñar ese empleo. No necesitas ninguna preparación especial. Y al aceptarlo, podrás quedarte aquí indefinidamente, con lo que te ahorrarás los gastos de manutención y alojamiento.

Antes de que terminara la frase, Misty ya estaba negando con la cabeza.

– No puedo quedarme aquí de gratis, Morgan.

– ¿Y por qué diablos no? No tenías ninguna prisa en marcharte hasta que yo te empujé a ello.

–Eso no es enteramente cierto. Sí, pretendía quedarme una semana o dos más mientras reflexionaba sobre lo que iba a hacer después, pero al final me habría marchado igual. Nunca pensé en quedarme aquí por más tiempo.

Morgan frunció el ceño. Todo había cambiado desde el momento en que se arrodilló ante aquel seto para vomitar. Debía quedarse, lo que significaba que ya no tenía que luchar consigo mismo por desear que se quedase.

Ella misma le había dicho que no era tan extrovertida y atrevida como parecía. No se lo creía ni por un momento. Tal vez no fuera una mujer dada al flirteo, y sí una mujer que simplemente había querido alejar sus preocupaciones comportándose de esa manera. Pero era fuerte, valiente y... hermosa. Y orgullosa también, cualidades que siempre había admirado en hombres y mujeres. Aunque por el momento le habría gustado que no lo fuera tanto...

–Honey quiere que te quedes –era lo único que se le ocurría para intentar convencerla. Decirle que él quería que se quedara no le parecía una buena idea. Le preguntaría por qué, y si no quería decirle la verdad, tampoco tenía excusa.

–Pero mi hermana lleva poco tiempo aquí. Ésta es la casa de Sawyer y...

–Honey lleva poco tiempo aquí, pero se quedará de manera permanente. Y puede invitar a quien quiera a quedarse también –se dijo que Misty tenía mucho que aprender sobre ellos, principalmente el significado de la palabra «familia».

–Pero puede que a Sawyer no le...

–A Sawyer le encantará que te quedes. Pero lo cierto es que la casa nos pertenece a todos. Mi padre la levantó cuando se casó con mi madre. Cuando el padre de Gabe y ella se jubilaron, decidieron trasladarse a Florida, de manera que nosotros quedamos a cargo de la casa. Cuando se hicieron adultos, como necesitaban cierta intimidad, Gabe convirtió el sótano en un apartamento particular, y Jordán hizo lo mismo con los cuartos de encima del garaje.

–Pero tú sigues viviendo aquí...

–Sí –sonrió al leer la pregunta en sus ojos–. Pero yo no me traigo mujeres aquí, si es eso lo que te estás preguntando. Casey tiene prácticamente dieciséis años, y ya se cree un adulto, pero a mí no me gusta que vea un desfile de amantes cada semana. Porque aquí se podrían juntar unas cuantas... Me acuerdo de cuando yo tenía su edad. Ya tenía bastantes problemas con mis hormonas como para necesitar de estímulos. Pero volviendo a lo que íbamos. Casey está encantado de que Honey se quede con nosotros. Al igual que le encantará que te quedes tú.

–No sé Morgan, los otros...

–Eso no será ningún problema.

Seguía sin estar muy convencida. De repente se acordó de algo que él le había dicho antes.

–¿Gabe es hermanastro tuyo?

Morgan se sonrió de nuevo. Acababa de descubrir una manera de aplacar sus

temores. Y de tranquilizarla respecto a la perspectiva de quedarse en la casa.

– Ven aquí, Malone. Es una historia bastante larga.

Se sentó tras una ligera vacilación... pero en una silla, para que él no pudiera instalarse a su lado. Morgan escogió el sofá. Hacía tiempo que no sonreía tanto: aquella mujer lo divertía con su actitud constantemente contradictoria. Era como una mezcla de valentía y recelo.

– Mi padre murió cuando yo era un bebé. Y muy poco después mi madre volvió a casarse y tuvo a Jordán. Pero la relación no funcionó y se divorciaron.

– ¿Después de tener a Gabe, quieres decir?

– No –se echó a reír al ver su confusa expresión–. Mi padre murió en la guerra. Fue el primer gran amor de mi madre, y le costó mucho superar su pérdida. Luego conoció al padre de Jordán. Se sentía sola y tenía dos hijos que alimentar: Sawyer y yo. Creyó que estaba enamorada de él y se casó. Pero no mucho después, él perdió su trabajo y empezó a beber. Las cosas fueron de mal en peor. Mi madre tuvo que trabajar, cuidarnos a los tres y cargar además en el pueblo con el estigma típico de la viuda divorciada y con hijos.

– Debió de ser muy duro para ella –comentó Misty–. Todavía hoy en día, ser madre soltera tiene sus problemas. Y con tres hijos... Debe de ser una mujer muy valiente.

– Tú también lo eres, cariño. Se necesita mucha decisión y muchas agallas para tomar la decisión que tomaste con el bebé.

Misty prefirió desviarse de ese tema.

– ¿Conservas algún recuerdo del padre de Jordán?

– La verdad es que no. Sólo tenía dos años cuando ella volvió a casarse, y nunca la he oído quejarse mucho de aquellos tiempos. Lo único que dice es que él le dio a Jordán, por lo que no se arrepiente de nada. Pero yo llevo toda la vida viviendo aquí y la gente habla, comenta cosas. Recuerdan, por ejemplo, lo fuerte que fue ella siempre y su decisión de no volver a relacionarse con ningún hombre después de perder a uno y divorciarse del otro –la miró, curioso–. Supongo que más o menos como tú, cuando afirmas no querer saber nada de los hombres. Toda persona herida suele reaccionar así. Es difícil volver a confiar en alguien.

– Yo no me siento una mujer herida, Morgan. Sólo soy un poquito más sabia, eso es todo. Mis prioridades ahora mismo son conseguir un trabajo y seguridad para mi bebé. No necesito a un hombre para eso.

– Guardo recuerdos muy buenos de aquel tiempo –continuó él con su relato–. Sentado con ella por las tardes, leyendo cuentos, coloreando dibujos o ayudándola a hacer rosquillas. Trabajaba muy duro, pero jamás se cansaba de hablar con nosotros. O de reñirnos cuando nos sorprendía peleándonos.

– Cuando dices «nosotros», sospecho que te refieres a ti. No me imagino a los demás siendo tan traviosos como probablemente lo fuiste tú.

—Es cierto —se encogió de hombros—. Siempre fui un poco... camorrista, algo que según mi madre heredé de la rama paterna de la familia. Aunque yo la he visto enfadada bastantes veces y, la verdad, tengo mis dudas. En cuanto a los demás, Sawyer siempre fue un chico serio, responsable y muy estudioso. Conozco a muy pocas personas que hayan podido criar a un hijo y terminar al mismo tiempo la carrera de medicina. Y jamás se quejó de ello.

Misty suspiró.

—Sawyer es como la excepción a la regla. La mayor parte de los hombres huyen como el diablo de ese tipo de responsabilidades.

Por algún motivo, aquella observación irritó a Morgan.

—Me temo que no has conocido a suficientes hombres buenos y honestos para validar esa sentencia.

Esa vez soltó una amarga carcajada.

—Supongo que tienes razón —de repente sonrió. Una sonrisa que no pudo conmovérselo más—. Creo que es maravilloso que estéis todos tan unidos. Con mi padre no es así en absoluto. Si no hubiera sido por Honey...

—Lo sé. Honey me ha hablado de él y de lo unidas que siempre habéis estado las dos. Dada la relación que compartís, cualquiera esperaría que te alegrara la idea de quedarte a vivir con ella...

—¿Y Gabe? —parecía decidida a evitar el tema—. Supongo que no os lo encontraríais debajo de una piedra... —intentó bromear.

—Pues más de una vez me lo he preguntado yo mismo. Mi madre se casó después con Brett Kasper. Es hijo suyo.

Misty lo miró entre curiosa y fascinada.

—Sois todos tan diferentes, pero nunca me había dado cuenta de... quiero decir, bueno, Sawyer y tú sí que os parecéis, excepto que tú eres un gigantón autoritario y él no.

—Vaya, muchas gracias.

—Los dos sois morenos y tenéis la misma forma de cara. Y luego está Gabe, rubio y con esos ojos tan increíblemente azules...

—Malone... —pronunció Morgan con tono de advertencia.

—Y Jordán tiene el pelo castaño, los ojos verdes y esa voz tan... —fingió un estremecimiento de deleite— tan seductora.

—Me estás provocando de nuevo, Malone.

Misty se echó a reír, y sólo entonces cayó Morgan en la cuenta de que se había estado burlando de él. Le sonrió.

—¿Necesito volver a preocuparme por la honestidad y virtud de mis hermanos?

—¡Ja! A ninguno de vosotros os queda nada de eso, y lo sabéis perfectamente.

– Eso no es cierto. Virtud y castidad no tienen por qué ser sinónimos.

Misty se echó a reír de nuevo, sacudiendo la cabeza con expresión incrédula. Morgan llegó a pensar que, pese a los antecedentes, estaba disfrutando realmente de la conversación.

– ¿Sabes? Oírte reír es mucho más bonito que oírte llorar.

Bastó ese comentario para que se tensara. Entrecerró los ojos, levemente ruborizada.

– Si no me hubieras sorprendido anoche en el jardín, no habrías tenido por qué oírme llorar.

– No me estaba quejando, Malone. Sólo era una manera de decirte que no me gusta verte triste.

– Oh, entiendo – arqueó las cejas con burlona sorpresa –. Y por eso anunciaste a todo el mundo que estaba embarazada. Porque pensabas que eso me pondría contenta, ¿verdad?

– No. Pero sabía que si te salías con la suya tampoco ibas a ser feliz. Todo lo contrario. Eso te habría vuelto aún más desgraciada...

– Yo no soy una mujer desgraciada.

– Está bien, está bien, retiro la palabra – alzó las manos en un gesto de rendición –. Pero antes de que te largues... ¿quieres que te cuente el final feliz de la historia de mi madre?

– Adelante.

– A Brett Kasper le costó mucho vencer la resistencia de mi madre a volver a relacionarse, pero al final lo consiguió. Es el hombre más entregado a su familia que conozco. Cuando ella le dio calabazas, cambió de estrategia y se hizo amigo nuestro. A partir de ese momento mi madre ya no tuvo la menor oportunidad.

– ¿Quieres decir que hizo trampas y la manipuló como tú has estado intentando hacer conmigo?

– En cualquier caso funcionó, Malone. Y eso es lo único que cuenta – se sonrió al ver la cara que puso. Supuestamente su madre había demostrado la misma resolución que Misty, pero al final se había comprometido con el hombre adecuado. Le gustaba pensar que lo mismo podría sucederle a ella –. Ya llevan bastante tiempo casados. Los habrías conocido en la boda si no hubiera sido porque Brett tuvo algunos problemas de salud que le impidieron viajar, y mi madre no quería dejarlo solo. Ahora se encuentra bien, no es nada serio, pero el médico le ha prescrito descanso. En cuanto puedan, nos harán una visita.

– Tu madre parece una mujer... increíble.

– Es terrible cuando se enfada: suerte que eso no ocurre muy a menudo. Es una mujer a la que le gusta reírse, disfrutar, y que no tiene miedo a exteriorizar su cariño. Honey le encantará. Estaba deseosa de que alguno de nosotros le diese una nuera. Y creo que también de convertirse en abuela – sonrió. Le encantaría tener una nieta.

—¿De veras?

Morgan se inclinó hacia ella y le tomó una mano.

—¿Te das cuenta, Malone? Tú no eres la primera persona que comete errores. Con el tiempo, y como mi madre, estoy seguro de que olvidarás tus reservas hacia los hombres.

Misty fue a replicar algo, pero él la interrumpió: sabía bien lo que iba a decirle. Su insistencia acerca de que no quería saber nada de los hombres estaba empezando a irritarlo.

—¿Qué te parece si nos reunimos con los demás?

—No lo sé —repuso con un gemido, cerrando los ojos—. La verdad es que la perspectiva de volver a enfrentarme con tus hermanos me revuelve el estómago.

Morgan reflexionó por un momento y se encogió de hombros.

—Pues no lo hagas. Al menos hoy. Dime que aceptarás el trabajo y luego podremos ir al pueblo a comprarte algunas cosas. Es una buena excusa y así dispondrás de algunas horas para irte acostumbrando a la idea de establecerte aquí... hasta que vuelvas a verlos a todos en la cena. Además, si quieres puedo enseñarte el pueblo...

—¿No tienes nada más que hacer? —inquirió, algo recelosa.

—No. El domingo es mi día libre. A no ser que surja alguna emergencia, claro.

—No lo sé —seguía dudando—. Me parece sospechoso que de repente exista ese puesto disponible, justo cuando yo...

Morgan seguía sin soltarle la mano, y en aquel momento le estaba acariciando los nudillos con el pulgar.

—El puesto siempre ha estado disponible, sólo que yo no quería contratar a nadie.

—¿Por qué?

—Demasiadas mujeres lo habrían solicitado con tal de estar cerca de mí.

Misty soltó una carcajada y él esperó, haciéndose el ofendido.

—Es cierto —añadió, arqueando una ceja—. Soy un soltero muy codiciado, sólo que preferiría elegir yo.

—Es verdad. Antes dijiste que estabas buscando una esposa.

—Bueno, no de manera muy... activa. Pero sí que he pensado en ello —murmuró. No tenía muchas ganas de hablar de ello con Misty, sobre todo teniendo en cuenta que se había olvidado completamente de sus planes desde el momento en que la conoció—. De todas formas, mientras trabajo, lo último que necesito es una mujer empeñada en seducirme.

—Entiendo. Y supongo que si respira, lo considerarás un intento de seducción por su parte... —repuso ella, aludiendo a lo que él le había dicho antes.

—No tienes ninguna fe en mí, Malone. Ya te lo dije: el efecto que ejerces sobre mí es único, jamás me había sucedido nada parecido. Contrariamente a lo que puedas

pensar, yo no me abalanzo sobre la primera mujer que se cruza en mi camino. Diablos, soy el sheriff y, como tal, tengo que sentar ejemplo —le apretó cariñosamente la mano—. Por desgracia, esas cosas se me olvidan cuando estoy cerca de ti.

Su sinceridad la hizo ruborizarse. Le encantaba verla así, con un brillo oscuro en los ojos y los labios fruncidos en un remilgado mohín.

—Si todo eso es cierto, Morgan, si realmente ejerzo ese efecto sobre ti... ¿se puede saber por qué me quieres en la oficina, a tu lado?

—Porque eso resuelve el dilema para los dos — retomó su tono directo, pragmático, asertivo—. Tú necesitas un trabajo, y yo necesito una trabajadora que no me agobie ni cause ningún escándalo que pueda perjudicarme. Ya me has dejado muy claro que piensas resistirte a mis avances, así que... —no le expresó su esperanza de que esa resistencia no se prolongara mucho tiempo— es un acuerdo perfecto.

Misty reflexionó durante un buen rato, hasta que finalmente asintió.

—Está bien. Acepto el trabajo. Pero con una condición.

La opresión que Morgan sentía en el pecho se aflojó de pronto, aun cuando casi no había sido consciente de ella.

—Tú dirás.

—Quiero que me arregles el coche. No pienso quedarme aquí sin transporte para salir —se lo quedó mirando con expresión desafiante.

—Puedo hacerlo. Pero yo también tengo otra condición.

—¿Por qué no me sorprende eso? —inquirió, irónica.

—Quiero que me prometas que si decides marcharte, me lo dirás.

—No puedes retenerme aquí contra mi voluntad, Morgan.

—Soy consciente de ese desafortunado hecho. Y no lo intentaré siquiera. Pero si decides marcharte, quiero saberlo.

—De acuerdo, de acuerdo. Te lo prometo. Pero arrégrame hoy el coche.

—Bien. ¿Y mi otra sugerencia?

—¿Qué otra sugerencia?

Bajó la mirada a sus labios, maravillosamente sensuales y besables, y luego a sus senos redondeados que tensaban la blusa amarillo pálido... igualmente besables.

—Proclamaré a los cuatro vientos que estamos juntos. Eso mantendrá a distancia a los varones interesados.

Misty bajó los ojos. Acto seguido retiró la mano y se levantó.

—No sé, Morgan...

Él también se levantó, manteniéndose muy cerca, a su espalda.

—El acuerdo es que estemos comprometidos a los ojos de los demás —vio que se tensaba y la sujetó de los hombros antes de que pudiera alejarse—. Nadie más sabrá

nada del mismo. Y te advierto que no pienso obligarte a acostarte conmigo.

– Como si pudieras.

– ¿Me estás retando?

– ¡No!

Sonrió al detectar su tono nervioso.

– Seremos como socios. Tú decías que estabas harta de los hombres.

– Completamente.

– Pues bien, fingiendo ser mía evitarás que los otros hombres te molesten, y yo contaré con una inestimable ayuda en la oficina.... sin interferencias.

Vio que sacudía la cabeza. Tenía la mirada clavada en su nuca. Se imaginó besándola allí, sintiéndola temblar, estremecerse... No podía presionarla demasiado, si no quería ahuyentarla. Porque en eso tenía razón: si ésa era su decisión, nada podría hacer para evitarlo.

– Esa actitud es antediluviana.

– Míralo de esta manera, Malone. Todos tus problemas serán resueltos temporalmente. Y si temes que eso pueda resultarte duro... imagínate cómo las pasaré yo.

– ¿Quieres decir?

Parecía intrigada, y Morgan disimuló una sonrisa.

– Te deseo, así que puedes imaginarte perfectamente cómo me sentiré. Y dado que parece disfrutar como una sádica frustrándome continuamente, por fuerza tienes que encontrarle algún atractivo a la idea.

Pese a todo, estaba seguro de que el tormento merecería la pena. Sabía, aunque Misty aparentemente no, que terminarían acostándose juntos. La química que los unía era demasiado intensa, por mucho que ella se esforzara en negarlo. Sonriendo, se volvió hacia él.

– Bueno, expresado en esos términos... Tengo que reconocer que lo de frustrarte tiene su atractivo.

– ¿Eso quiere decir que aceptas?

– Me has convencido.

Morgan se la quedó mirando, con el pulso acelerado. Al inclinarse hacia ella, vio que abría mucho los ojos.

– ¿Por qué no sellamos el acuerdo con un beso?

Misty se preparó para un nuevo asalto sensual. El recuerdo de su último beso en el cenador seguía fresco en su mente. Pero aquel beso resultó ser muy distinto: apenas un roce de sus cálidos labios. Abrió los ojos y lo miró. Un brillo de deseo ardía en su mirada, pero mezclado con una exquisita ternura que la hizo derretirse por dentro.

– ¿Interrumpo algo?

Se separaron bruscamente, ella con una expresión de sorpresa, él mascullando una maldición. Apoyado en el marco de la puerta, Jordán los miraba con una sonrisa satisfecha.

– El desayuno se está enfriando.

– ¿No te han enseñado nunca a llamar a la puerta?

– Sí, pero es menos divertido.

Morgan se volvió hacia Misty. Sus anchas espaldas la ocultaban completamente a la vista de Jordán. Alzándole la barbilla con un dedo, le preguntó:

– ¿Qué te apetece, Malone? ¿Desayunar con la familia o acercarte al pueblo conmigo?

– La verdad es que no tengo hambre... – al ver su sonrisa comprensiva, se apresuró a añadir –: No es cobardía. Simplemente no tengo apetito. Pero iré contigo al pueblo. Y como no es justo que te quedes sin desayunar por mi culpa, te acompañaré. Al fin y al cabo, iba a tener que enfrentarme con ellos tarde o temprano. Mejor que sea ahora.

Morgan le dijo a su hermano por encima del hombro:

– Ahora mismo vamos.

Riéndose entre dientes, Jordán se marchó. Aunque el momento de magia se había roto, Morgan le acunó el rostro entre las manos y la besó nuevamente. Acto seguido, y sin darle tiempo a reaccionar, la tomó de la mano y se dirigió apresurado a la cocina.

Todo el mundo estaba allí cuando entraron. Como el público de un partido de tenis de mesa, todas las miradas se fijaron primero en sus manos enlazadas y después en sus caras, arqueando al mismo tiempo las cejas.

Morgan sacudió la cabeza.

– ¿Sabéis una cosa? Me recordáis a los monos del zoo. Tú no, Honey, claro. Me refiero a los monos del sexo masculino.

Honey frunció el ceño.

– ¿Todo bien, Misty?

– Sí, perfectamente – intentó discretamente soltarse de Morgan, pero él no se lo permitió. Un brusco tirón habría llamado la atención de todo el mundo. Sabía que tenía intención de anunciar su compromiso, pero... ¿acaso pretendía hacerlo en aquel momento?

Por otro lado no podía seguir allí, en silencio, bajo la mirada preocupada de todo el mundo. Tenía que recuperarse y hacerse con el control de la situación. Miró a Sawyer, y luego a Jordán y a Gabe.

– Morgan me ha asegurado que no supondrá ningún problema para vosotros que me quede aquí durante un tiempo más.

– Absolutamente.

– ¡Por supuesto!

–Sabes perfectamente que eres bienvenida aquí.

Misty sonrió, emocionada.

–Sois todos muy generosos.

Sawyer, con un brazo apoyado en el respaldo de la silla de Honey, se apresuró a asegurarle:

–Ahora eres de la familia, Misty. Con lo que tienes perfecto derecho a quedarte aquí todo el tiempo que quieras. Tenlo bien presente.

Honey se volvió para abrazar a su marido.

–¿No te había dicho que eran todos increíbles, hermanita?

Gabe se echó a reír.

–¿Qué tiene de increíble acoger a una mujer bonita en tu hogar? De hecho, si quieres gozar de una mayor intimidad, Misty... tengo una habitación de más en el sótano...

Jordán se mostró casi ofendido.

–Un momento, yo iba a proponerle que compartiéramos mi apartamento. Con Morgan por aquí, en la casa no podrá disponer de la paz y tranquilidad que tanto necesita...

Casey, malicioso como un diablillo, se dirigió a sus tíos:

–Hey, si tenéis habitaciones de más, yo puedo trasladarme con alguno de vosotros.

Y se echó a reír. Su padre lo felicitó con unas palmaditas en la espalda.

–Cuidado, Casey, son capaces de estrangularte –a continuación se volvió hacia Morgan–: Y tú contrólate. Tienes cara de ponerte a repartir bofetadas de un momento a otro. Si lo haces, ¿qué pensará Misty de ti?

–Pensará que soy un tipo posesivo.

–¿Y te crees con derecho a serlo?

–Desde luego –replicó Morgan, soltando la mano de Misty y pasándole un brazo por los hombros–. Hemos llegado a un acuerdo.

La apretaba con tanta fuerza que tuvo la sensación de que le crujían las costillas. Lanzó una mirada suplicante a su hermana, pero Honey puso los ojos en blanco como si no hubiera esperado menos de Morgan. Entre bocado y bocado de crepés, Gabe inquirió:

–¿Está el padre de la criatura enterado de este acuerdo, o es probable que se presente aquí en cualquier momento exigiendo una explicación?

–Si todavía le queda un mínimo de sensatez, aparecerá –señaló Jordán–. Yo, por supuesto, me opondré a que se la lleve –mirando a Morgan, añadió–: De todas formas, si se le ocurre venir, no saldrá bien parado de aquí.

Misty jamás se había sentido tan abrumada en toda su vida. No sólo parecían aceptar su embarazo sin vacilaciones ni reproches, sino que además se ofrecían a ayudarla,

aparte de recibir con agrado la noticia de su compromiso con su hermano. Y sin hacerle preguntas embarazosas. Se había quedado sin habla. Pero Morgan no.

– Está fuera de juego, algo de lo que yo me alegro. Pero si se le ocurre asomar la cabeza por aquí, creedme, me encantaría quedarme un rato a solas con él.

– Él no sabe dónde estoy – señaló Misty.

– Si quieres puedes decírselo – le sugirió Morgan, desafiante.

– Oh, por el amor de Dios – exclamó Honey –. Siempre estás buscando algún motivo para machacar a alguien.

– A veces no tienes ni que buscar el motivo.

Honey se volvió hacia su hermana:

– No le hagas caso. Perro ladrador poco mordedor. En el fondo es un hombre muy dulce.

Un coro de gruñidos masculinos pareció desmentir semejante descripción. Evidentemente nadie pensaba que Morgan fuera un hombre dulce.

– ¡Sí que lo es! – protestó Honey –. Al menos, una vez que llegas a conocerlo mejor... – se interrumpió, echándose a reír –. Aunque supongo que tú ya lo conocerás suficientemente bien, ¿verdad?

Morgan, por su parte, se enfrentó a sus hermanos:

– Creo que me esfuerzo bastante por no machacar a nadie la mayor parte del tiempo. No por otra razón me eligieron sheriff – sonrió –. Absoluta capacidad de autocontrol.

– ¿Autocontrol, dices? – replicó Jordán –. Si mal no recuerdo, fue más bien tu capacidad de controlar a los demás lo que convenció a los ciudadanos de Buckhorn de tus habilidades para resolver cualquier tipo de situación.

– Tú, en cambio, no pareces muy capaz de controlar tu boca, hermanito.

– ¿Tú crees? – rió Jordán –. Pues llevo discutiendo contigo desde que era pequeño y afortunadamente todavía sigo vivo para contarlo.

– ¿Podemos volver al asunto que tenemos entre manos? – preguntó Gabe –. ¿Qué clase de acuerdo es ése al que habéis llegado? Me muero de curiosidad.

Misty contuvo el aliento, a la espera de la explicación que pudiera darle Morgan. Ninguno de ellos parecía especialmente sorprendido de que estuvieran supuestamente comprometidos, lo cual no podía menos que sorprenderla. Desde que se conocieron, lo único que habían hecho había sido discutir. O al menos eso era lo que habían visto los miembros de su familia.

Para su asombro, Morgan se echó a reír. Y acto seguido le dio un sonoro beso en los labios, delante de todo el mundo.

– Deja de fruncir tanto el ceño, Malone. Te van a salir arrugas. Misty me va a ayudar en la oficina – anunció.

–Yo creía que no querías contratar a una mujer porque temías que se hiciera ilusiones –comentó Sawyer.

–Éste es un caso diferente. Las ilusiones serán recíprocas –barrió con la mirada a sus hermanos, uno a uno –. ¿Alguna objeción?

Jordán murmuró antes de llevarse su vaso de leche a los labios:

–¿Quién se atrevería a oponerse?

Casey se levantó para llevar su plato al fregadero.

–A mí me parece estupendo. Tendréis que disculparme. Quiero ir hoy al pueblo.

Sawyer se volvió hacia su hijo.

–¿Tienes una cita?

–Más o menos.

Morgan agarró al chico y lo despeinó cariñosamente.

–Estás siguiendo los pasos de tu tío.

–¿Ah, sí? –inquirió con un brillo burlón en los ojos–. ¿A qué tío te refieres exactamente?

–Si la chica es bonita... –Gabe abrió los brazos, expresivo – ¡está claro que se refiere a mí!

Honey le dio un manotazo en el brazo.

–¡Hombre, muchas gracias!

El momento que Misty había temido parecía haber llegado... para desaparecer con notable discreción. Con lo cual no podía evitar sentirse un tanto desconcertada.

–No pretendía ofenderte, Honey –replicó Gabe mientras le lanzaba un beso–. Pero ahora eres de la familia, así que estás expuesta a este tipo de bromas.

Sin soltar a Casey, Morgan le propuso:

–Si quieres te llevamos. Misty y yo pensábamos ir al pueblo.

–Gracias, pero prefiero montar a Windstorm. Jordán me dijo que necesitaba ejercicio y tenía intención de ir campo a través.

–Windstorm es nuestra nueva yegua –le explicó Morgan a Misty–. Jordán la trajo a casa hace poco.

–He quedado con unos amigos para irnos todos al lago –explicó Casey.

–¿Con alguno o alguna que conozca yo? –inquirió Morgan.

–Chicas, en su mayoría –repuso Casey, disimulando una sonrisa.

–Dios mío, si me parece estar viendo a Gabe de adolescente... –comentó Sawyer.

Esa vez sí que Casey no pudo más y se echó a reír.

–Sólo vamos a nadar. No nos meteremos en problemas.

–Oye, que yo no siempre me metía en problemas –protestó Gabe.

—Siempre no, sólo con la frecuencia suficiente... —terció Jordán— para tenernos a todos en vilo.

Honey se levantó de repente y tomó a Casey del brazo.

—No les hagas caso a tus tíos —lanzó una elocuente mirada a Gabe—. Por suerte tú no te pareces en nada a ellos. Aunque eres igual de guapo, por supuesto. Anda y pásatelo bien, pero lleva cuidado, ¿de acuerdo?

A manera de respuesta, Casey le dio un abrazo y la levantó del suelo.

—Estaré de vuelta a las tres.

—De acuerdo —una vez que el chico se hubo marchado, Honey se volvió hacia su marido—: Y tú deja de compararlo con tus disipados hermanitos. Vas a conseguir que termine pareciéndose a ellos.

—¿Queréis dejar todos de hablar de mí como si fuera la plaga de la región? La mala fama ya la tengo, es verdad, pero... —protestó Gabe.

Honey blandió hacia él un dedo acusador.

—Tienes la mala fama y además estás orgulloso de ella.

Sawyer sonrió, satisfecho.

—Veo que te estás convirtiendo en una feroz mamá gallina...

—Oh, no —intervino Misty, divertida—. Mi hermana siempre ha sido así. Desde que era pequeña.

El comentario fue celebrado con una ronda de carcajadas que hicieron ruborizarse a Honey.

Morgan acercó su silla a la de Misty y se la quedó mirando con la barbilla apoyada en la mano, fingiendo una expresión pensativa.

—Te noto un poco sorprendida por todo esto. Incluso algo desconcertada.

Había dado en el clavo. Lo cierto era que no sabía qué pensar.

—Es cierto. Tengo que admitir que me ha sorprendido vuestra reacción. Muy agradablemente, claro.

Una enorme sonrisa se dibujó en los labios de Honey.

—Cuesta algo acostumbrarse. Sobre todo para nosotras, que tuvimos una familia tan pequeña — dijo, mirando a los hermanos—. Recuerdo que todas nuestras comidas eran tan formales... Nadie se reunía en la cocina simplemente para charlar, y desde luego las bromas brillaban por su ausencia.

—No me estaba quejando —se apresuró a interrumpirla Misty, adelantándose a un posible malentendido—. De hecho, es... muy bonito.

—Por supuesto que lo es —Honey se acurrucó contra el pecho de Sawyer, y él la besó en el pelo—. Yo soy nueva en este ambiente. Pero terminarás acostumbrándote... y ya no podrás pasar sin ello.

Misty no pensaba quedarse allí el tiempo suficiente para acostumbrarse a la compañía de los Hudson. Pero en aquel momento se lo estaba pasando francamente bien. Tenía la impresión de que habían pasado años desde la última vez que había sentido tantas ganas de reír.

—¿Quieres unas crepés o sigues teniendo intención de ir al pueblo? —le preguntó Morgan.

Misty reflexionó sobre ello. La mayor parte de su nerviosismo anterior había desaparecido. Y su estómago había empezado a quejarse.—Sentémonos a desayunar —decidió, sonriente.

## Capítulo 6

Transcurrió casi una hora hasta que finalmente salieron de casa. Aunque jamás se lo habría imaginado, había disfrutado enormemente del desayuno. Nadie había prestado demasiada atención a su embarazo, aparte de intentar obligarla a comerse una crepé de más con un gran vaso de leche. Y tampoco nadie la había presionado para sonsacarle información sobre el padre de la criatura. Todos habían aceptado sencillamente su situación, deseosos de que se quedara.

—¿Estás seguro de que no necesito cambiarme de ropa? —llevaba todavía la blusa y los vaqueros cortos, pero Morgan insistía en que estaba bien así. Por la forma que tenía de mirarla, con un lento y meticuloso detenimiento, lo dudaba. Era una ropa habitual en un día de tanto calor, pero se dirigían a la oficina del pueblo, con lo que era probable que se encontraran con bastante gente.

—Estás terriblemente sexy, lo cual me desquicia de deseo, pero me dominaré. Mañana, cuando empieces a trabajar, sí que tendrás que ponerte algo más... discreto. Y, desde luego, un sujetador. No podré trabajar sabiendo que no llevas uno.

Caminó todavía tres pasos más antes de darse cuenta de que se había detenido en seco. Se volvió para mirarla, arqueando una ceja.

—¿Cuál es el problema ahora, Malone?

Como si no lo supiera. Era increíble. Y casi más increíble aún que se sintiera a partes iguales furiosa y excitada. No quería desearlo. No quería desear a ningún hombre, y menos aún a uno tan descarado y dominante como Morgan Hudson.

—Si quieres que esto funcione —le espetó, esperando disimular su temblor— tendrás que dejar de ser tan... directo.

—¿Te ha afectado el comentario, verdad?

—Más bien me ha molestado.

Su lenta sonrisa no pudo resultar más provocativa. Se plantó directamente ante ella, muy cerca.

—¿Es por eso por lo que te has ruborizado tanto?

Bajó la mirada a sus senos y soltó una especie de gruñido. Misty también la bajó, y no se sorprendió al ver que los pezones se le dibujaban bajo la blusa, endurecidos. Estaba ardiendo de deseo. Una reacción que sencillamente era incapaz de evitar.

Desesperada, se volvió para marcharse, pero él la tomó suavemente de los hombros, deteniéndola. Durante unos segundos quedaron en silencio, inmóviles.

—Sé clemente conmigo, Malone. Estoy haciendo todo lo que puedo.

¿Se refería acaso a seducirlo? Porque si ése era el caso, se estaba empleando a fondo. Lo miró directamente a los ojos, negándose a dejarse intimidar. Morgan vaciló antes de pasarse una mano por la cara con gesto frustrado. Y al final soltó una ronca carcajada, que no pudo menos que sorprenderla.

– ¿Quieres saber la verdad?

– ¡No!

– No estoy acostumbrado a que las mujeres se me resistan de esta manera.

– ¡Oh, por favor! – exclamó Misty, pese a que en el fondo no lo dudaba. Morgan tenía un cuerpo increíble, unos ojos maravillosos y una sonrisa devastadora, oculta con demasiada frecuencia tras un ceño adusto. Demasiadas mujeres estarían más que deseosas de llegar a conocerlo mejor.

– Y tampoco me he tropezado nunca con una mujer tan contradictoria como tú – murmuró –. Me deseas, pero sigues diciéndome que no. Me vuelves loco, Malone.

En aquel momento tenía una expresión tan conmovedoramente tierna, como si le estuviera desnudando el alma, que Misty apenas pudo reprimir una sonrisa.

– Ya estabas loco antes de que yo apareciera en escena.

– No. Estaba controlado, al mando de mí mismo. Al cien por cien. Y ahora mismo estoy soportando una semierección.

– Eso es exactamente a lo que me refería, Morgan – soltó un gemido de frustración –. Tus... masculinas incomodidades fisiológicas no me conciernen en absoluto.

– Pues debería ser al contrario, ya que tú eres precisamente la causa – y añadió en un murmullo, casi para sí mismo –: De hecho, has trastocado mis más elaborados planes.

Aquello sí que la hizo farfullar de rabia e indignación. Y, al mismo tiempo, se sentía dolida. Fue ese dolor lo que estimuló el sarcasmo de su respuesta, ya que tenía una ligera idea sobre la clase de planes que acababa de mencionarle.

– ¡Pues por mí que no quede! Te ayudaré incluso a conseguir una esposa, si ése es tu deseo.

Morgan pareció sorprendido y luego contrariado por su reacción.

– No – se inclinó hacia ella –. No necesito tu ayuda para eso.

– ¿Por qué no? Dime las cualidades que estás buscando y mantendré los ojos bien abiertos.

– Ahora mismo... – le alzó delicadamente la barbilla con un dedo – no deseo una esposa. Te deseo a ti. Y si tú fueras tan sincera como yo, admitirías que también me deseas.

– Lo siento, Morgan – le sostuvo la mirada con firmeza y decisión –, pero he terminado con los hombres. Al menos por una buena temporada.

– Eso es lo malo de ti, Malone – abrió la mano, acunándole una mejilla –. Que no me estás dando ninguna oportunidad – y la recorrió lentamente con la mirada, toda ella. Los ojos, la boca, los senos. Con el pulgar le acarició el labio inferior –. Podría ser perfecto, corazón. Yo me aseguraría de ello.

Misty se preguntó si consultando la palabra «tentación» en el diccionario se encontraría con una foto de Morgan Hudson. Estaba temblando como una hoja por

dentro. Deseando corresponder a su sinceridad, le sujetó la muñeca y esbozó una melancólica sonrisa.

—No tengo ninguna duda... de que sabes lo que estás haciendo, Morgan. Pero yo ya me he sentido utilizada. Y no quiero volver a sentirme así.

—Oh, cariño... —murmuró mientras pasaba a acariciarle la nuca con exquisita sensualidad— yo jamás te haría ningún daño —al ver que se disponía a protestar, se le adelantó— : No, no me lo discutas. Conseguirás que me ponga triste.

Misty no pudo menos que echarse a reír. Morgan era tan brutalmente sincero, tan distinto de los otros hombres que conocía... No intentaba disimular o adornar lo que sentía, que no era otra cosa que sexo. Le había dejado claro que tenía intención de buscarse una esposa pronto y que ella no encajaba en el perfil: un hecho del que ella era demasiado consciente. Comparado con Kent, un hombre que le había jurado amor eterno para abandonarla nada más enterarse de su embarazo, justo cuando más lo había necesitado, la sinceridad de Morgan resultaba refrescante.

—Pero te advierto que no pienso dejar de intentarlo —le aseguró, soltándola—. Tarde o temprano terminarás admitiendo que tú también me deseas.

—Ya puedes esperar sentado.

Sonriéndose, la tomó de la mano y echaron a andar de nuevo.

—Por cierto, debería advertirte que el trabajo no tiene nada que ver con tu continuo rechazo —se volvió para mirarla—. Es decir, que no te despediré si sigues empeñada en decirme que no. No me gustará, y haré todo lo posible para que cambies de idea, pero el empleo será tuyo hasta que tú lo digas.

—O sea que no intentarás chantajearme.

—Eso es. Sólo quería despejar cualquier duda que pudieras tener al respecto.

Por alguna razón, jamás lo había dudado. Sabía, por la manera que tenía de tratar a su familia, que era demasiado honesto y respetuoso para intentar otra cosa. No lo temía. En realidad era de sí misma de quien tenía miedo cuando estaba con él.

Seguía reflexionando sobre ello cuando Morgan abrió la puerta del garaje y pudo ver el coche en el que pensaba llevarla. Automáticamente, retrocedió dos pasos. Desde luego que no era el típico coche patrulla. Pero al menos llevaba un par de luces en el techo y la palabra «sheriff» en cada puerta, pintada en letras azules y doradas. Los recuerdos la asaltaron, y esbozó una mueca.

—¿Qué clase de sheriff eres tú? —le preguntó, retrasando de manera inconsciente el momento de subir al vehículo.

Morgan alzó la mirada, vio su expresión y se volvió de nuevo hacia su reluciente todoterreno de color negro.

—Sólo un simple sheriff de condado, ¿por qué? ¿No te gusta mi medio de transporte? —esbozó una maliciosa sonrisa.

—Nunca había visto nada parecido —rodeó el coche, mirándolo desde todos los ángulos—. Yo creía que la policía utilizaba otro tipo de vehículos en vez de

todoterrenos de lujo.

—No es de lujo. Esta región es muy montañosa. Y aunque el índice de delitos es muy bajo, mi trabajo me obliga a tener que recorrer estas malditas colinas de arriba abajo. El otoño pasado, por ejemplo, una niña se perdió y tuvimos que caminar durante dos días antes de encontrarla. Con un todoterreno como éste habría tardado mucho menos. Por eso la gente del pueblo juntó sus ahorros y me compró este coche —de repente percibió su vacilación, su extraña renuencia a subir al coche—. ¿Qué te pasa? Algo te sucede.

—¿A mí? No seas ridículo —esforzándose por dominar su temor, se instaló en el asiento. Morgan la miró durante un buen rato antes de cerrar la puerta.

—¿Por qué no me lo cuentas? —insistió mientras se sentaba al volante.

—No sé de qué estás hablando —contempló con fingida fascinación el tablero de mandos, la radio. A su espalda, una rejilla separaba los asientos delanteros de la zona para los detenidos. Lo sabía demasiado bien, por experiencia propia. No pudo disimular un estremecimiento.

Morgan arrancó el motor y le tomó una mano.

—Cuando te detuvieron... ¿te esposaron?

Lo había adivinado.

—No quiero hablar de ello.

Intentó apartarse, pero él le retuvo la mano y le acarició los nudillos con el pulgar. Era una costumbre que tenía: la de tomarle una mano y no soltársela. Pero esa vez el contacto le agradó especialmente. Lo necesitaba. Y entrelazó los dedos con los suyos.

—Supongo que sí que te esposarían —añadió Morgan—. Suelen hacerlo todo el tiempo.

Misty se mordió el labio. Cerrando los ojos, suspiró.

—Fue el momento más humillante de mi vida. Como si no hubiera tenido bastante con que el señor Collins me acusara de haberle robado el dinero. No podía creer que hubiera llamado a la policía.

—¿El señor Collins?

—Mi jefe en Vision Vídeos. Yo seguía pensando que las cosas se arreglarían de alguna forma, de que al final acabarían por darse cuenta de que sólo había sido un error.

—¿No te encontraron el dinero encima?

—No, porque no lo tenía —lo fulminó con la mirada—. Crees que soy culpable, ¿verdad?

Morgan no dijo nada mientras accedían a la carretera principal. Manejaba el volante con una sola mano, sin soltarla. Finalmente murmuró:

—Si quieres que te sea sincero, tengo serias y fundadas dudas sobre tu culpabilidad.

—¿De veras? —inquirió, esperanzada.

—Pero si lo hubieras hecho, lo habría comprendido —se volvió para mirarla.

Otra vez aquella maldita sinceridad suya, tan brutal, pensó Misty. Dudaba que fuera culpable, pero dejaba abierta la posibilidad. Para un hombre interesado en seducir a una mujer, no estaba siguiendo el camino trillado: mentiras y engaños que pudieran vencer finalmente su resistencia.

—Ni siquiera el abogado que contraté creía en mi inocencia.

—Las pruebas debían de ser bastante concluyentes.

—Sí. El hecho de que estuviera embarazada y supuestamente en una situación desesperada fue, al menos para ese canalla de juez, prueba suficiente de que había robado al hombre para quien llevaba trabajando dos años. Y eso que jamás antes había tenido problema alguno con la ley.

—¿Tu jefe sabía que estabas embarazada?

—Desde luego. De hecho, me había concedido varias noches libres —apenas era consciente de la belleza del paisaje mientras recorrían la larga carretera flanqueada de árboles—. Ya no estaba saliendo con Kent, y yo sabía que con el bebé en camino necesitaba ahorrar más dinero, así que me ofrecí a trabajar jornadas más largas. Eso, también, a la postre me hizo parecer como culpable. Mi jefe decía que pequeñas cantidades de dinero habían desaparecido durante varias noches seguidas, primera noticia para mí, pero que según él lo había animado a presentarse de improviso aquella noche en la tienda. Fue entonces cuando constató la desaparición de los trescientos dólares.

—¿Cuándo tuvo lugar exactamente todo eso?

Misty le dijo el día exacto en que había ocurrido. Morgan la sorprendió llevándose su mano a los labios para besarle delicadamente la palma.

—No puedes imaginarte cómo me sentí —añadió—. Había decenas de personas congregadas en la puerta de la tienda de vídeos cuando me llevaron detenida. Creí morirme de vergüenza cuando me sacaron esposada. Pensé que me alegraría cuando me subieran al coche patrulla, donde la gente no pudiera verme, pero en lugar de ello me pareció que nos deteníamos en todos los semáforos y que me miraban los conductores de los demás vehículos.

Morgan aminoró la velocidad para esperar a que un ciervo cruzara la carretera, suceso que distrajo momentáneamente a Misty. Hablaba en voz baja y dulce, sin soltarle la mano.

—Cariño, la gente siempre se volverá para mirarte, en cualquier circunstancia, simplemente porque eres preciosa. Eso es algo a lo que ya deberías haberte acostumbrado.

Soltó una carcajada, distraída por un momento de aquellos amargos recuerdos.

—Puede que esto te resulte difícil de creer, Morgan, pero al contrario que Honey, yo nunca he tenido mucho éxito con los hombres. Ya sabes eso que se dice de que las

prefieren rubias.

–Sawyer desde luego –se volvió para sonreírle—. Pero yo no soy Sawyer. ¿Sabes cuáles son mis preferencias? Prefiero las morenas de piernas largas e increíbles...

–Morgan... –le advirtió.

–... sonrisas –se echó a reír al ver su expresión—. Qué mente tan perversa tienes, Malone. ¿Qué te creías tú que iba a decir?

Misty no pudo evitar soltar otra carcajada.

–¿Sabes una cosa? Si no dejas de comportarte conmigo con tanto descaro, yo... –suspiró, incapaz de concebir amenaza alguna que pudiera amedrentarlo.

–¿Tú qué? No, no respondas a eso. Para tu información te diré que sencillamente no puedo evitarlo. Es superior a mis fuerzas.

Retiró la mano, escondiéndola.

–Eres incorregible.

–Tal vez, pero... ¿a que he logrado distraerte? Hace unos minutos estabas muy triste.

Parpadeó asombrada, dándose cuenta de que tenía razón.

–Es verdad... Por cierto, ¿qué dirían los respetables ciudadanos de Buckhorn que te eligieron sheriff si se enteraran de que tienes trato con una delincuente oficial?

–¿Te refieres a ti?

–¿Conoces alguna otra?

–Bueno, siempre puedes limpiar tu nombre, ¿no?

–Lo dudo –se mordió el labio—. Una vez que quedas fichado en los archivos...

–Yo podría encargarme de eso. Es un trámite algo complicado, pero si tú no robaste ese dinero...

–Yo no robé ese dinero –replicó con el corazón acelerado y esperó su reacción. Quería que Morgan la creyera. De repente le parecía algo sumamente importante, vital.

–Veré lo que puedo hacer –le prometió al cabo de un largo silencio.

No dijo nada más. Misty se dijo que, por el momento, debía conformarse con eso.

Llegaron al centro del pueblo, que apenas era una estrecha calle flanqueada de casas. Misty apenas se había fijado en nada cuando estuvo allí para el banquete nupcial de Honey. Esa vez fue diferente. Vio dos tiendas de comestibles a cada lado de la calle, una tienda de ropa de aspecto casi centenario, una cafetería, una peluquería y una farmacia. Había gente sentada a la puerta de sus negocios. Otros charlaban de pie o apoyados en las paredes de los soportales.

–Esto es como retroceder en el tiempo –murmuró mientras desembocaban al final de la calle principal, para seguir luego a la derecha por un callejón aún más estrecho.

Había unas cuantas casas, una pequeña granja de ganado y una funeraria, el edificio mayor y más elegante que había visto hasta el momento. Morgan se internó por el sendero de entrada de lo que parecía una antigua casona de labor. Tenía dos pisos y una gran veranda que recorría todo su perímetro, con columnas blancas en el portal y persianas negras en cada ventana.

— ¿Por qué nos detenemos aquí?

— Es la oficina del sheriff, cariño — se echó a reír por lo bajo mientras aparcaba delante de la puerta.

En las puertas dobles podía leerse: *Entrada por la puerta de la derecha*. Misty pensó que, evidentemente, aquella señal no valía para el sheriff.

— La antigua oficina estaba antes al lado del tribunal de justicia del condado, en el centro del pueblo, pero hace años que se quedó pequeña, mucho antes de que me eligieran. Desde entonces la trasladaron aquí. Parece algo extravagante, ¿no te parece?

Nada más bajar del coche, dos ancianos salieron de un lateral del edificio para saludarlo.

— ¡Hey, Morgan! No esperábamos verte hoy. ¿Ha pasado algo?

— No, nada — frunció el ceño, como sorprendido de verlos —. Simplemente quería enseñarle nuestro hogar a esta dama — abrió la puerta de Misty y la ayudó a bajar. Al oído, le susurró — : Son dos de los mayores cotillas de todo el pueblo. Se suponía que no deberían estar hoy aquí. Pero dado que ya nos han visto, creo que deberíamos aprovechar la ventaja que eso nos proporciona.

— No entiendo...

— En Buckhorn las noticias corren más rápidas que el rayo. Éste podría ser un buen lugar para dejar bien claro a los hombres del pueblo que estamos comprometidos.

Misty se quedó paralizada nada más poner los pies en el suelo. ¡No podía creer que Morgan quisiera hacer algo con ella delante de aquellos venerables ancianos! Pero cuando lo miró a los ojos, comprendió que eso era exactamente lo que pretendía.

## Capítulo 7

Morgan observó emocionado que sus pupilas se oscurecían y entreabría los labios. Una visión maravillosa. Misty podía negarlo todo lo que quisiera, pero el deseo que sentía por él era casi tan intenso como el que sentía por ella.

Perfectamente consciente de la presencia de Howard y Jesse a su espalda, muertos de curiosidad, inclinó la cabeza y la besó. Fue un simple y delicado roce. Le acarició los labios con los suyos, una, dos veces. Misty contuvo el aliento y cerró los ojos, pero no lo apartó, ni lo detuvo. Estaba seguro de que su necesidad era perfectamente comparable a la suya. La mano que cerró sobre la solapa de su camisa, atrayéndolo hacia sí, lo demostraba a las claras.

– ¿Misty? – susurró su nombre.

– ¿Mmmm?

Él mismo se sorprendió de su propia sonrisa. La gente siempre se había burlado de su constante y adusto ceño, casi feroz, pero de alguna manera Misty le había aligerado el corazón, se lo había llenado de alegría. Le pellizcó cariñosamente la punta de la nariz.

– Corazón, tenemos audiencia...

Abrió los ojos, sorprendida. Se asomó cautamente por encima de su hombro y, al ver a los dos ancianos, se indignó. Soltándole la camisa, cerró el puño para propinarle un puñetazo en el pecho.

– Por todos los...

Morgan le sujetó la mano, le pasó el otro brazo por los hombros y se giró para que la vieran Howard y Jesse.

– Creía que os había dicho que no vinierais a trabajar este fin de semana.

– Oh, era una buena ocasión para quitarnos el trabajo pendiente.

– ¿Ah, sí? ¿Y lo habéis terminado?

Jesse se apresuró a asentir repetidas veces con la cabeza.

– En ello estamos. Para mediados de semana ya casi no quedarán malas hierbas en el jardín – aunque estaba hablando con Morgan, tenía la mirada clavada en el rostro de Misty.

Howard, por su parte, se rascaba la barbilla mientras observaba a la recién llegada con creciente interés.

– Os presento a la hermana de Honey, Misty Malone. Está prolongando su visita y mientras tanto me ayudará en la oficina. Misty, éstos son Jesse y Howard.

Los dos ancianos acogieron la noticia con un extraño sobresalto. Morgan disimuló una sonrisa. Llevándose dos dedos a un sombrero imaginario, Jesse masculló:

– Encantado de conocerla.

Howard fue a estrecharle la mano, pero al darse cuenta de que la tenía cubierta de barro, se apresuró a retirarla.

–Perdone, es que he estado limpiando el jardín... –se disculpó—. Y uno se mancha las manos con estas cosas. Es un placer conocerla, señorita Malone.

Misty se sonrió.

–Llámenme Misty, por favor. ¿Qué es exactamente lo que están haciendo ahí atrás?

Fue Jesse quien respondió:

–Había toneladas de malas hierbas creciendo en el jardín trasero por lo menos desde la época en que el sheriff se mudó aquí. Morgan quería que limpiásemos el terreno y plantáramos unos setos. Todavía no los hemos plantado, pero nos falta poco.

–A mí me encanta la jardinería –Misty se separó de Morgan para dirigirse al lateral de la casa, con la idea de ver lo que habían hecho—. De pequeña solía ayudar a los jardineros de mi padre. Es un trabajo duro, sobre todo en días tan calurosos como éste. Pero yo siempre lo prefería a quedarme en casa.

Morgan podía imaginársela perfectamente de niña, saliendo a hablar con los jardineros porque su padre la ignoraba continuamente, a ella y a su hermana. Y se le formó un nudo de emoción en el pecho.

–La entiendo perfectamente –asintió Howard—. Le gusta el aire fresco. Yo solía trabajar en una granja de joven. No hay nada como eso.

Rodeó la esquina de la casa, seguida de Howard y Jesse como si fuera el Flautista de Hamelin. Mientras ella seguía charlando, los ancianos parecían pendientes de cada una de sus palabras. Morgan se quedó solo, pensando en la infancia tan triste que debía de haber tenido.

Oyó la socarrona risa de Jesse desde el otro lado de la casona y frunció el ceño. Apenas los conocía de unos pocos minutos y ya lo había cautivado a los dos. Pensó en esperar a que volvieran, pero luego cambió de idea. Entró por la puerta principal, la que solamente utilizaban su ayudante y él, la cerró con llave y se dirigió al fondo. En lo que antaño había sido el comedor de la casa, lleno a la sazón de archivadores, se asomó por una ancha ventana.

Desde allí podía ver a Misty al pie de un pequeño montón de malas hierbas revueltas con tierra, con las manos en las caderas, conversando con sus nuevos amigos. El sol arrancaba reflejos a su brillante cabello negro. Tenía la mirada fija en los setos todavía empaquetados, pendientes por plantar. Sintió una punzada de celos. ¿Qué le había pasado a su famosa capacidad de autocontrol?

Se acercó a la máquina de bebidas del pasillo, a la entrada de su despacho. Segundos después salía al jardín con cuatro latas de refresco. Howard y Jesse las abrieron de inmediato. Misty lo hizo con mayor parsimonia, usando el borde de sus pantalones cortos para limpiar cuidadosamente la boca de la lata, y le dio un cauto sorbo. Hacía tanto calor y tanta humedad que los pocos mechones escapados de su coleta había empezado a rizársele en torno al rostro.

Parpadeando varias veces, deslumbrada por el sol, le sonrió.

— Los setos estarán magníficos aquí. Y también harán que el jardín parezca más grande, sin todas esas malas hierbas tan altas.

Morgan asintió. Se sentía feliz allí, simplemente mirándola. Le encantaba aquella vieja casita de labor. Se había enamorado de ella desde el mismo instante en que se trasladó. Desvió la mirada hacia el porche trasero.

— Es una señora casa, ¿verdad?

— Es preciosa — Misty contempló también el porche con las barandillas de madera tallada—. No se ven muy a menudo ese tipo de detalles.

— Y es sólida — Morgan apuró su refresco y aplastó la lata con la mano—. En cierto modo, fue esta casa la que me animó a empezar la mía. Siempre estaba haciendo mejoras en la oficina hasta que finalmente decidí que necesitaba dedicarme a mi propio hogar. Pero incluso cuando la haya terminado, me seguirá gustando pasar tiempo aquí. ¿Quieres ver el lugar donde vas a trabajar?

— Claro — se volvió hacia los ancianos, sonriente—. Howard, Jesse, encantada de haberos conocido.

Asintieron los dos a la vez, con una bobalicona sonrisa en los labios. Morgan no pudo evitar sacudir la cabeza, maravillado. ¿Había algún hombre inmune a aquella mujer? Al entrar en la casa, vio que seguía sonriendo y arqueó una ceja con expresión interrogante.

— Son muy tiernos — comentó ella, como justificándose.

— Oh-oh — la miró, incrédula—. Veo que sigues mirándolo todo con esas gafas tuyas de color de rosa.

— Y tú eres un cínico — replicó, indignada—. Tienes a unas excelentes personas trabajando para ti. Tengo la impresión de que no las valoras en lo que se merecen.

Morgan la llevó a su despacho. Tenía una gran chimenea de piedra, llena de helechos en vez de troncos de leña. Se apoyó en la repisa de mármol, mirándola.

— Hace dos semanas que Jesse fue detenido por armar una bronca. Le rompió dos palos de billar en la cabeza al tipo que lo había acusado de hacer trampas en el juego. No hizo trampas, es cierto, pero tiene un genio terrible. Y lo mismo le sucede a Howard.

Misty se había quedado asombrada.

— Vaya... ¿y qué condena recibió cada uno?

— Trabajo para la comunidad, por supuesto. Por eso están arreglando el jardín. Yo compré los setos y ellos se mostraron de acuerdo en hacer el trabajo. Con un poco de suerte, escarmentarán. Detesto verlos metiéndose en problemas. Ambos pasan ya de los setenta años, y pese a sus ocasionales diabluras, en el fondo son inofensivos. Creo que se sienten solos y se aburren un poco, más que otra cosa.

— Cuando los arrestaste... — le preguntó, esbozando una mueca al intentar

imaginarse la escena.

—No, no los esposé —respondió. Le había leído el pensamiento. Le dolía verla tan vacilante, tan triste, acosada por aquellos recuerdos... Se prometió que, de una manera u otra, acabaría por sacarla de la situación en que se encontraba—. Y tampoco los encerré en la parte trasera del todoterreno. Se subieron conmigo, delante. De esa manera aproveché la oportunidad para soltarles una reprimenda.

Misty lo miró sonriente durante un buen rato antes de apurar su refresco. Dejó la lata sobre su escritorio.

—Morgan, estoy impresionada.

—¿Por qué?

—Por tu compasión. Y por el hecho de que, obviamente, tienes un lado sensible. Que te esfuerzas en disimular muy bien, por cierto.

No estaba tan seguro de que le gustara que lo hubiera descubierto. Ni tampoco de que tuviera ese lado sensible, si realmente ése era el caso. Frunció el ceño.

—¿Y ahora a qué viene esa mirada ceñuda? —le preguntó ella, suspirando—. Te insulto y te ríes. Te digo un cumplido y te molestas.

Morgan no se movió. Misty tenía una mirada pícaro que lo intrigaba.

—Acércate y te diré por qué estoy frunciendo el ceño.

—Oh, no. Ni hablar.

—¿Me tienes miedo, Malone?

—En absoluto. Eres grande como un buey y debes de pesar tanto como un camión de ladrillos, pero jamás le harías daño a una mujer.

—No era eso a lo que me refería, lo sabes muy bien —bajó la voz hasta convertirla en un seductor murmullo—. Tienes miedo de que si te acercas demasiado a mí... ya no quieras volver a apartarte. Pero ésta es mi oficina y no pienso hacer ninguna travesura aquí. De modo que estás perfectamente a salvo.

—¿Entonces por qué has puesto esa cara?

Morgan bajó la mirada a sus senos, sintiendo que el corazón se le aceleraba.

—Howard y Jesse están justo al otro lado de esa pared —lo informó, nerviosa.

—No por mucho tiempo. Sólo les dejo trabajar unas horas al día. Sobre todo por la mañana, ya que el calor de por la tarde es demasiado para ellos.

—¿Entonces por qué los haces trabajar?

Sabía que quería distraerlo. No le importaba. Lo último que quería era que continuara desconfiando de él.

—Son muy orgullosos. Ya le habían dicho a todo el mundo que yo les había encargado un trabajo muy duro, casi imposible, así que para ellos es como una especie de reto. De hecho, se quejan hasta cuando los mando a casa por las tardes. Como Jesse solía trabajar en la construcción y Howard era granjero, juran y perjuran que están

acostumbrados al calor, pero yo... –al darse cuenta de que estaba divagando, se interrumpió de pronto.

– A veces eres un hombre maravilloso, sheriff, ¿lo sabías?

Desdobló los brazos. Con un ronco murmullo, le pidió de nuevo:

– Ven aquí.

Misty dio un paso hacia él y se detuvo.

– Esto es una locura.

Morgan asintió con la cabeza, dándole la razón. Ni siquiera la palabra «locura» hacía justicia a lo que ella le hacía sentir. La indecisión que veía en sus ojos lo dejó sin aliento.

Finalmente Misty le dio la espalda y fingió interesarse por el despacho. Le temblaba la voz cuando comenzó a hablar de nuevo.

– ¿Es éste tu escritorio?

– Ya sabes que sí. La oficina está en la habitación más grande de todas. La cocina se ha reconvertido en una especie de sala de espera, con una máquina de café. Tú trabajarás en la habitación del otro lado del vestíbulo. Allí hay suficiente material de oficina. Haré que mi ayudante, Nate Brewer, te enseñe a manejarlo y a usar el sistema de archivos. El piso superior de la casa acoge varias salas de reuniones para uso de la comunidad.

Misty se acercó a él para examinar una placa colgada en la pared, a su lado.

– Ésa es mi declaración de intenciones – le explicó él. No quería ahuyentarla, ahora que ya casi estaba a su alcance.

– ¿Declaración de intenciones?

– Mi compromiso de dirigir esta oficina como sheriff. La comunidad me la encargó antes de las últimas elecciones – se alegró de que no quisiera leerla toda. Su paciencia se estaba acabando y estaba tan ansioso por tocarla...

– ¿Mandaste hacer tú la placa?

– No. El consejo consultivo: un grupo de ciudadanos que me expresa las opiniones y las preocupaciones de la comunidad.

– Aquí dice que tú fundaste el consejo consultivo durante tu primer año como sheriff.

– Fui yo quien sugirió que se formara para poder contar con un interlocutor representativo. Pero son ellos los que organizan las reuniones y diseñan su estructura.

– Entiendo – se acercó un poco más, en esa ocasión para examinar un trofeo que estaba sobre la repisa –. ¿Y esto qué es?

Incómodo, Morgan se aclaró la garganta.

– Me lo dio el consejo de alumnos en el instituto.

– Aquí dice.. –leyó– : Destacado líder de la comunidad.

—Ya sé lo que dice, Malone —la fulminó con la mirada, pero ella se la devolvió, de modo que finalmente tuvo que ceder, suspirando—. Diseñé un programa escolar donde los estudiantes de instituto podían interactuar con los mayores de la comunidad, ayudándolos y todo eso. Esperaba con ello que los chicos se sintieran motivados y los ancianos acompañados. Pero luego el gobernador lo homologó a la hora de la concesión de becas.

Misty lo miró asombrada:

—Vaya éxito...

Morgan se volvió hacia ella, decidido a satisfacer su curiosidad cuanto antes para poder desviar su interés hacia asuntos mucho más placenteros.

—El mérito no fue mío. Los mismos alumnos fueron mucho más allá que yo, ampliando el programa. Por eso pensé que se merecía un reconocimiento por parte del gobernador.

—También dice... —continuó leyendo la placa graba del trofeo— que tú también colaboraste en la creación del fondo de becas.

Morgan se rascó una oreja, reprimiendo una maldición.

—Ya, bueno, pensé que podía ayudarlos también en eso y...

Misty alzó la mirada y le tomó una mano entre las suyas. En sus ojos azules ardía un brillo de diversión y de algo más. Morgan casi temía adivinarlo.

—No te hagas el modesto, sheriff.

—¡Yo no...!

—Tampoco hace falta que te avergüences.

La miró con una expresión verdaderamente feroz.

—Eso es una tontería. Por supuesto que no estoy avergonzado. No hay razón para estarlo. Sólo es una parte más de mi trabajo.

—¿Sabes una cosa, Morgan? —sacudió la cabeza—. No consigo entenderte.

Lentamente, para no sobresaltarla, retiró la mano y le acarició el brazo desnudo y el hombro con la punta de los dedos, hasta detenerse en su nuca. El simple hecho de tocarla le aceleraba el corazón, lo excitaba dolorosamente. Se moría de deseo cuando se la imaginaba desnuda bajo su cuerpo, para poder saborearla y explorar hasta el último centímetro de su piel.

Vio que se le ponía la carne de gallina en las zonas donde la había tocado. Incluso se estremeció ligeramente.

—Soy tan transparente como el cristal, corazón —pronunció con voz ronca. Estaba ardiendo por dentro. Sin dejar de acariciarle sensualmente la nuca, la urgió delicadamente a acercarse aún más—. Sólo soy un hombre que te desea.

—Esa parte ya me la has dejado suficientemente clara —repuso en un murmullo igualmente ronco. No se atrevía a mirarlo a los ojos—. Es lo demás lo que me

confunde.

—Pero lo demás no importa —y la besó.

Misty fue perfectamente consciente de que, al gastar aquella broma a Morgan y hacerlo avergonzarse, el tiro le había salido por la culata. En aquel momento era ella la que estaba sufriendo, y no él.

Era un hombre tan grande, tan fuerte y tan increíblemente atractivo... Pero también era mucho más. Era una persona buena y honesta, entregada a su trabajo y dedicada a la gente. No sólo a su familia, sino a su comunidad. Se sentía responsable de su felicidad y de su bienestar. Y eso lo convertía en un hombre absolutamente irresistible.

Un leve gemido escapó de su garganta en el momento del beso. Y también cuando sintió su lengua acariciándole los labios, presionando por entrar. Lo agarró de la camisa, cerrando el puño sobre su pecho. Pudo sentir el temblor de sus músculos, el latido de su corazón... y abrió la boca.

Morgan gruñó a su vez un instante antes de deslizar la lengua en el dulce interior de su boca. Jamás nadie la había besado así, de una manera tan íntima y excitante. Abrió el puño, deslizando la palma de la mano por su pecho, cautivada por la tensión de sus duros músculos ante su contacto. Y se sintió poderosa. Una sensación nueva, insólita, que nunca había experimentado con hombre alguno.

Como si le hubiera leído el pensamiento, le tomó la otra mano, que había permanecido firmemente agarrada a su cintura, y se la subió también hasta su pecho.

—Maldita sea, me encanta que me toques...

Con la cabeza bajo su barbilla, Misty intentó tranquilizarse y respirar hondo varias veces. Pero en lugar de ello, aspiró su aroma masculino y su deseo se multiplicó. Lejos de aprovecharse de aquella ventaja, Morgan la abrazó de la cintura, meciéndola tiernamente.

—Es casi demasiado, ¿eh? —murmuró contra su sien.

Apenas podía pronunciar palabra, de modo que asintió con la cabeza. Le entraron ganas de llorar y se odió por ello. Nunca había sido una mujer de llanto fácil, así que supuso que se trataría de un efecto del embarazo.

—Estoy intentando darte tiempo, corazón —le acarició tiernamente una mejilla—. Sé que has sufrido mucho y que, hasta esta mañana, yo no he hecho más que presionarte. Pero es que no es fácil —soltó una temblorosa carcajada—. Si te soy sincero, es casi imposible.

Seguía sin atreverse a mirarlo a los ojos. Si lo hacía, Morgan vería en los suyos todo lo que estaba sintiendo en aquel instante y dejaría de mostrarse tan considerado. Estaba a punto de ceder: era perfectamente consciente de ello. Pero por mucho que lo deseara, aún no sabía si era lo más adecuado. Todavía no estaba segura. Necesitaba más tiempo.

Escondiendo la cara en su pecho, se esforzó por adoptar el tono más natural posible:

—Vaya cambio tan rápido por tu parte, ¿no?

—En absoluto —la besó en una oreja y luego le mordisqueó el lóbulo, haciéndola estremecerse—. Te deseé desde el primer instante en que te vi. Pero me pareció demasiado complicado que nos enredáramos.

—¿Porque lo que tú buscas es una esposa?

Morgan se tensó ligeramente, pero a continuación empezó a acariciarle la espalda.

—Porque eres la hermana de Honey, lo que descartaba una aventura contigo.

Aquello le destrozó el corazón. Sus sinceras palabras le hacían demasiado daño. Tragándose el nudo que le atenazaba la garganta, replicó:

—Pero ahora que ya sabes la clase de mujer que soy, mi parentesco con Honey no importa, ¿verdad?

—¿De qué diablos estás hablando? —intentó apartarla para verle la cara, pero Misty se abrazó con mayor fuerza a él y, al final, se dio por vencido. Besándola tiernamente de nuevo en una sien, añadió—: No creo que seas para nada una mujer fácil, Malone, si es eso lo que estás sugiriendo.

—¿Ah, no? Estoy embarazada, no tengo pareja, ni trabajo. Para colmo, oficialmente soy una delincuente. ¿No te parece eso una mujer fácil?

Esa vez la tomó por sorpresa, apartándola rápidamente y agarrándola con fuerza de los hombros. Su ceño no podía ser más sombrío. Misty se quedó sin aliento, temerosa.

Morgan fue a decirle algo, pero se interrumpió en seco.

—Maldita sea —gruñó—, no me mires así, como si me tuvieras miedo. Jamás te he hecho el menor daño.

—Lo sé.

—¿Entonces por qué estás temblando?

—Porque tú me estás sacudiendo de los hombros.

Repentinamente consternado, bajó las manos y la soltó. Pero al momento adoptó una actitud arrogante, cargada de razón.

—Eso también te lo merecías.

—¿Por hacerte una pregunta? —ahora que ya no la estaba tocando, se sentía algo más segura.

—No, por sugerir algo tan estúpido —inclinándose hacia ella, le espetó, casi gritando—: ¡Yo no pienso en absoluto que tú seas una mujer fácil!

Misty parpadeó varias veces, mirándolo sin comprender.

—De hecho, eres la mujer más difícil con la que me he tropezado nunca. Conmigo te resistes a cada rato.

Por alguna razón, a Misty le entraron ganas de sonreírse. Pero se mordió el labio, sabiendo que a él no le gustaría nada.

—Eso no es verdad.

—¿Ah, no? Estoy loco por ti y tú me ignoras... para luego ponerte a flirtear descaradamente con cada hombre de este condado.

Aquello sí que la hizo enfadar.

—¡Yo no he hecho tal cosa! Y fuiste tú quien me ignoró a mí primero —no había querido decirle eso. Sabía que debía de haberle sonado a réplica rencorosa, como si ella lo hubiera ignorado a su vez en venganza. Frunció el ceño, consciente de que había hablado demasiado.

—Te digo que te vayas, y me lo discutes. Luego te suplico casi de rodillas que te quedes y me lo discutes también.

—Yo no me negué a marcharme.

—Te pusiste irónica, me acuerdo perfectamente —se frotó el cuello, gruñendo—. Diablos, apenas pude soportar tenerte en casa hasta el día de la boda de Sawyer, y luego seguiste tentándome... lo cual, por alguna razón, me hizo desearte más aún.

—¿Cómo pude haberte ignorado y tentado al mismo tiempo? Lo que dices no tiene sentido, Morgan.

—Me tentabas con tu silencio, con estar simplemente allí... Me hacías desearte y luego te ponías a charlar con alguno de mis desvergonzados hermanos, como si yo no estuviera en la misma habitación y no supieras que mi presencia no te pasaba en absoluto desapercibida, sino todo lo contrario. Admítelo, Malone.

En esa ocasión sí que se sonrió. No pudo evitarlo.

—¿Admitir que no me pasabas desapercibido? Claro que lo admito. Tan alto y fuerte como eres, ¿cómo podrías pasarle desapercibido a nadie?

—Admiro tu orgullo, cariño —le espetó, ceñudo, con voz peligrosamente suave—. De verdad que sí. Pero en este mismo momento, te sobra. Tú querías quedarte aquí, pero te negaste en redondo cuando yo cometí la estupidez de pedirte que te largaras.

—Al final acepté quedarme, Morgan.

—Y rechazaste un buen empleo, simplemente porque pensabas que yo lo había creado especialmente para ti.

—Er... también acepté el empleo, si mal no recuerdas.

—¡Recuerdo que prácticamente tuve que ponerme de rodillas, así como recurrir a cualquier estratagema que se me ocurrió, para conseguir que aceptaras! ¿Y te atreves a pensar que yo te tengo por una mujer fácil?

—¿Quieres dejar de gritarme?

—Está bien, perdona. No te gritaré. Siempre y cuando me prometas que no volverás a poner una palabra más en mi boca.

—De acuerdo. Lo siento.

—Escúchame bien, Malone, porque no quiero tener que repetírtelo —le dijo con un tono de voz peligrosamente suave, bajando la mirada hasta sus labios—. Yo no creo que seas una mujer fácil. Creo que eres una mujer hermosa que se relacionó con el tipo

equivocado y que terminó metiéndose en problemas por su culpa. Y no, no me estoy refiriendo al embarazo, porque tienes razón: eso no es en absoluto un problema. Si quieres tener el bebé, todo lo demás se arreglará. Me refería a lo de que te acusaran de robo –soltó un profundo suspiro y cerró los ojos con fuerza—. ¿Sabes una cosa? Incluso discutir contigo me excita. Ahora mismo estoy tan duro que se me podría considerar un arma letal.

Misty no puedo evitar una nerviosa carcajada, que provocó que Morgan frunciera aún más el ceño. Nada más verle la cara, la carcajada se repitió... hasta que se dobló literalmente de risa.

Morgan esperó pacientemente, cruzados los brazos sobre el pecho. Su reacción no hizo más que acentuar su comicidad, con lo que Misty se derrumbó sobre su pecho, incapaz de contenerse.

Cuando finalmente cedió el ataque de risa, Morgan le estaba acariciando la espalda. Sonriendo.

–Eres incorregible, Morgan.

–¿Por qué?

–Porque no tienes la menor consideración por mi pudor o mi sensibilidad. Hablas de una manera de las cosas más personales...

–¿Como cuáles?

–Como el hecho de que parezcas tener problemas con tu autocontrol.

–No creas que me sucede a menudo –sacudió lentamente la cabeza—. Todo el mundo te dirá que mi autocontrol es absoluto.

Por toda respuesta, Misty arqueó una ceja y bajó la mirada a su bragueta.

–Eso es una especie de aberración –sonrió—. Una reacción involuntaria que no puedo controlar estando contigo.

Casi volvió a estallar en carcajadas.

–Bueno, sea lo que sea, no tienes el menor empacho en hablar de ello, sorprendiéndome todo el tiempo. Y avergonzándome.

Morgan bajó las manos hasta su trasero, atrayéndola aún más hacia sí. Misty contuvo el aliento al escuchar su voz ronca, profunda.

–Quiero que sepas lo mucho que te deseo, corazón.

Muy a su pesar, una sensación de verdadero júbilo le brotó en el pecho.

–¿Lo ves? Es eso precisamente. No vacilas lo más mínimo en hacerme ruborizar, pero al mismo tiempo eres tremendamente considerado con mis sentimientos. Algo de lo que te estoy muy agradecida.

Morgan continuaba acariciándole el trasero.

–¿Quieres saber cómo podrías agradecerérmelo?

Estaba a punto de soltar otra carcajada cuando alguien llamó a la puerta. Dio un

respingo y se apresuró a apartarse.

– Dios mío, primera vez que pongo los pies en tu oficina y mira lo que sucede...

Con una expresión entre divertida e irónica, Morgan se volvió para dirigirse hacia la puerta.

– La pena es que no ha sucedido nada – abrió y salió al pasillo.

Misty se asomó a la puerta, curiosa. Cuando vio a Howard y a Jesse limpiándose el barro de las botas, salió también para saludarlos.

– ¿Ya habéis terminado la jornada?

Jesse negó con la cabeza.

– Sólo hemos parado para comer. ¿Empiezas hoy a trabajar?

– No, Morgan sólo quería enseñarme la oficina. Empezaré mañana.

Jesse se volvió hacia Morgan, frunciendo el ceño:

– ¿Cuánto tiempo le han echado?

Misty no entendió la pregunta, y Morgan, con su sonrisa, tampoco hizo nada por ayudarla.

– Todavía no estoy seguro – sonrió –. ¿Qué os parece a vosotros?

– Que estaría bien tenerla aquí por una buena temporada. Aunque no sería justo para ella, claro.

Howard se mostró completamente de acuerdo con su compañero.

– La verdad es que todavía no entiendo qué es lo que ha podido haber hecho para... Bueno, no es que quiera pecar de entrometido, pero el hecho de que esté aquí...

Misty frunció el ceño, confusa. No entendía absolutamente nada de lo que estaban diciendo.

– Si estoy aquí es porque Morgan me dijo que necesitaba a alguien que atendiera el teléfono y tomara los recados.

Jesse asintió.

– Desde luego. Todos los días se presenta una mujer a ofrecerse para lo mismo. Pero yo siempre me he preguntado si es realmente trabajo lo que vienen buscando... – le guiñó un ojo a Misty con expresión maliciosa –. Aunque tu presencia aquí debería poner fin a todo eso, supongo yo...

– Eso depende enteramente de Morgan – replicó ella.

– Por supuesto que sí – convino Morgan, sonriente –, pero creo que Jesse tiene razón. Con una mujer en la oficina es más que suficiente.

Misty se mordió la lengua para no soltarle alguna inconveniencia. Morgan, a su vez, pareció decepcionado al verla tan contenida. Volviéndose hacia los hombres, les preguntó:

– ¿Os habéis traído la comida?

– No, iremos a la cafetería. Ceily nos avisó de que habría pastel de carne.

– ¿Está abierto todavía? – miró su reloj.

– Ceily nos cuela en la cocina.

– Bueno, pues nos vamos – añadió Howard, disponiéndose a marcharse—. Y tú no lo se lo pongas difícil a la dama, ¿eh? – evidentemente se refería a Misty.

– Chicos, creo que antes de que os marchéis debería explicaros algo... – empezó Morgan.

Temiendo que fuera a soltarles alguna estupidez sobre el tipo de relación que mantenían, Misty le dio un cariñoso puñetazo en un hombro:

– Morgan es un buenazo. No os preocupéis. Me las arreglaré bien.

Howard y Jesse se la quedaron mirando sobrecogidos.

– Malone... – masculló el aludido, de buen humor.

– Compórtate, Morgan – le espetó, lanzándole una elocuente mirada antes de forzar una sonrisa en beneficio de los ancianos—. Los pobres tienen hambre. Déjales que se vayan a comer.

– Pero...

Misty lo ignoró.

– Id a comer de una vez. Los hombres fuertes y sanos necesitan alimentarse bien. Sobre todo cuando trabajan tanto como vosotros dos.

Al oír aquellas palabras, Jesse y Howard se inflaron como pavos antes de marcharse. Una vez que hubo cerrado la puerta, Morgan comentó con tono divertido:

– Sabes manejarlos hasta con el dedo meñique.

No le dio las gracias por el comentario, teniendo en cuenta que apenas había reaccionado a tiempo para evitar que la avergonzara de nuevo.

– Son muy dulces.

Morgan soltó una carcajada.

– Ellos deben de pensar lo mismo de ti. Por eso estaban tan interesados en saber por qué estabas aquí.

– ¿Es tan extraño que quieras contratar a alguien?

– Bueno, la verdad es que sí. Pero, Malone... ellos no creen que te haya contratado.

– ¿Qué se supone que quiere decir eso? ¿Piensan acaso que yo te he obligado a darme el empleo? Te juro, Morgan, que si la gente empieza a hablar porque yo...

– Oh, hablarán, claro que sí. Ya lo ves, en este mismo momento Jesse y Howard deben de estar contándole a todo el mundo en la cafetería que tu estás aquí, dedicándole tu tiempo libre a la oficina... en las mismas condiciones que ellos. Es decir, haciendo trabajos para la comunidad.

– ¡Eso es ridículo!

—No tanto —repuso, encogiéndose de hombros—. Siempre que traigo a alguien aquí es para eso. Porque cometen alguna infracción y tienen que hacer trabajos para la comunidad.

—Pero... —no se le ocurría nada que decir—. ¡Podías haberles sacado de su error! —estalló indignada.

—Créeme que intenté hacerlo. Pero tú insististe con tanto énfasis en que se largaran a la cafetería que no me dejaste terminar.

Misty soltó un gemido, tapándose la cara con las manos.

—Así que ahora da igual que nadie sepa lo de mi detención. Todos van a pensar lo mismo de todas formas.

Morgan le retiró delicadamente las manos para plantarle un beso en la punta de la nariz.

—Déjame que te enseñe la oficina y te explique lo que tienes que hacer. Luego iremos los dos a la cafetería y aclararemos las cosas.

—¿De veras?

—Créeme, Malone —le acarició delicadamente el labio inferior con el pulgar—. En este pueblo nadie va a tener la menor duda sobre las razones exactas por las que te mantengo a mi lado, te lo prometo. Así que deja ya de preocuparte.

Misty lo siguió al despacho, pero su promesa, y el tono con que la había formulado, le había dejado un doloroso vacío en el pecho.

Morgan se le estaba metiendo lentamente debajo de la piel. Y eso era todo menos tranquilizador.

## Capítulo 8

—¡Ay! —Misty se golpeó en la cabeza cuando se arrodilló para buscar debajo del escritorio—. ¿Estás seguro de que se ha metido aquí debajo?

—Sí, estoy seguro —respondió Jordán. Al fondo, en una esquina, descubrió una diminuta cola de gato atigrado.

—Ah, ya lo veo. Es muy pequeñito.

—Estaba abandonado. Me lo traje a casa para curarlo, y tu hermana se encariñó con él. Generalmente duerme en la cama de Honey, pero hoy se ha escapado.

Misty volvió a golpearse en la cabeza cuando intentó mirar a Jordán. Desde donde estaba sólo podía ver sus pies. Fue en el pasillo cuando se tropezó con él, mientras buscaba al gatito. El animal se había escapado y ella se había ofrecido a ayudarlo.

Se suponía que debería haber salido de casa antes que Morgan. Según Honey, la había estado buscando la noche anterior, maldiciendo entre dientes cuando no la encontró por ninguna parte. Pero ella todavía no estaba preparada para decirle dónde había estado, ni lo que había hecho. Esquivarlo aquella mañana era la única manera que se le había ocurrido de poder pasar algún tiempo a solas, para poder pensar con tranquilidad.

—¿Así que te gusta tu nuevo trabajo? —le preguntó Jordán mientras ella se esforzaba por capturar al gatito.

—Pues sí —extendió una mano y el cachorro, bufando furioso, se alejó un poco más.

—Me alegro. ¿Y Morgan? ¿Se está comportando?

—Morgan es Morgan. Nunca se comporta bien. Ya lo sabes.

—Oh, creo que ya sé a lo que te refieres...

Morgan era el hombre más insolente y descarado que había conocido nunca, pero al mismo tiempo la hacía sonreír y reír incluso. Y era capaz de abrasarla con una sola mirada. Una sensación a la que, en el corto tiempo que había pasado con él, se había vuelto adicta.

Pero durante aquella última semana, casi no se habían visto. Aunque se la había pasado trabajando en su oficina, Morgan rara vez había parado por allí. Lo apretado de su agenda había constituido una verdadera sorpresa para ella. Y, una vez finalizada la jornada, la situación se había repetido. Cuando ella estaba libre, él tenía que salir por alguna llamada.

Su plan de presentarse públicamente como pareja no estaba funcionando, o al menos eso le parecía a Misty. Detestaba admitirlo, incluso para sí misma, pero se resentía de ello. Y lo echaba de menos. Jordán tosió de repente.

—Er... quizá deberías salir de ahí debajo.

—No, casi lo tengo. Se ha hecho una bolita. Déjame intentarlo una vez más.

–No, espera. Correré el escritorio.

–Si lo haces, se volverá a escapar. Al menos de esta manera lo tengo acorralado.

Intentó alcanzar al gatito. Ese día había confiado en salir de casa antes de que Morgan se despertara. Trabajar con él era más entretenido de lo que había creído en un principio. Le gustaba conocer a la gente del pueblo, y resultaba más que obvio que todos adoraban a su sheriff.

–¿Así que tu acuerdo con Morgan está funcionando?

Misty dio un respingo, preguntándose a qué acuerdo se referiría: si al trabajo o a su relación personal.

–Sí, las cosas van bien. Aunque a Morgan le gusta quejarse mucho.

–Bueno, en cuanto a eso... –repuso Jordán, tentativamente– yo creo que se queja porque las cosas no le salen como las ha planeado.

–Pues a mí ocurre lo mismo –se echó a reír–. Morgan refunfuña porque tiene esa costumbre, como la de fruncir el ceño a cada rato –reflexionó sobre todo lo que había aprendido sobre él durante la última semana, y la manera que tenía de escuchar las quejas y sugerencias de la gente. Su paciencia no conocía límites. Ponía un especial cuidado en no ofender a nadie. Era un hombre comprensivo y de confianza.

–¿Sabes, Jordán? A Morgan le gustaría que el mundo pensara de él que es un verdadero oso gruñón, pero Honey está en lo cierto. En el fondo es un pedazo de pan.

Escuchó una carcajada, seguida de un ruido sordo: el que acababa de darse Jordán con la cabeza contra el escritorio. Soltó una maldición.

–Y tú sabes perfectamente que llevo razón –añadió Misty.

–Creo que tanto tú como Honey estáis engañadas. Ella se ha equivocado con él y tú también. Si no dejáis de hacerle esa publicidad, muy pronto Morgan será conocido como un verdadero osezno, que no un oso...

–¡Jamás se me ocurriría llegar tan lejos! –replicó, riendo.

Su carcajada asustó al gato. Cuando intentó correr, Misty aprovechó la oportunidad para agarrarlo.

–Lo tengo.

El animal no se resistió. En lugar de ello, se puso a maullar. Apretándolo contra su pecho, fue retrocediendo bajo el escritorio hasta que tropezó con un par de espinillas. Sobresaltada, se volvió y alzó la mirada... para encontrarse con el habitual ceño de Morgan. Tenía las manos en las caderas y la mandíbula apretada.

Jordán se encontraba a su lado, sonriente. Misty se ruborizó hasta la raíz del cabello. ¿Cuánto tiempo llevaría allí? Intentó recordar lo que había estado diciendo sobre él. Miró a Jordán, molesta.

–Pudiste haberme avisado.

–¿De qué? –inquirió con tono inocente.

Morgan la tomó entonces de un codo:

– Vamos, Malone, deja de abusar de mi hermano.

– ¿Yo? ¿Qué es lo que quieres?

No pareció gustarle su pregunta.

– Tenemos que ir a trabajar.

Al fin se incorporó, intentando ignorar la cercanía de Morgan y la actitud de Jordán, tan divertida como expectante.

– Todavía me quedan unos minutos antes de salir...

– ¿Ah, sí? ¿Entonces por qué llevas toda la semana largándote tan temprano, siempre antes de tiempo?

Misty no podía explicárselo con el hermano de Morgan delante, así que se volvió hacia él y le entregó el gatito.

– Que no se te vuelva a escapar.

– Gracias, cariño – se inclinó hacia ella y le plantó un beso en cada mejilla. Finalmente abandonó la habitación, no sin antes lanzar una nueva sonrisa a Morgan.

Misty tenía la sensación de que Jordán la había besado solamente para provocar a su hermano, y a juzgar por la expresión de Morgan, debía de haberlo conseguido. Durante un buen rato no hicieron otra cosa que mirarse en silencio.

– Me has estado evitando durante toda la semana – le espetó al fin él, sacudiendo la cabeza.

– ¡Eso no es cierto! No hemos coincidido debido a cuestiones de trabajo, eso es todo.

– Tu trabajo es trabajar para mí. Y todavía no he podido pasar un solo segundo a solas contigo.

No quería admitir que lo había echado de menos.

– No es culpa mía que trabajes tanto.

– Ayer llamé a tu puerta a las seis – su mirada se suavizó –. Esperaba encontrarte todavía en la cama, durmiendo. Pero ya te habías ido.

Misty se preguntó por lo que habría hecho si la hubiera encontrado en la cama, y el pensamiento no le pareció tan repulsivo. Se aclaró la garganta.

– Tal vez fuera mejor que no hubiera estado allí...

– Otra vez con esos libidinosos pensamientos, Malone, y pensando mal de mí. Sólo quería llevarte el desayuno a la cama.

Esbozó una mueca ante la idea.

– Si no recuerdas mal, Malone, me despierto con náuseas. Me gusta pasear y sentarme en la ribera del lago. El aire fresco me sienta muy bien.

Morgan frunció el ceño. A partir de ese momento, su tono reflejó más preocupación que disgusto:

– Me había olvidado. ¿Lo has pasado muy mal con las náuseas?

Cuando se ponía tan dulce... apenas era capaz de resistírsele. Y ni siquiera estaba segura de querer resistirse. Cuando estaba cerca, no podía quitarle los ojos de encima. Y cuando no, se pasaba los días pensando en él.

– No, de hecho... he mejorado bastante últimamente. Cuando no como, mi estómago lo soporta mucho mejor.

– ¿Así que te has estado saltando las comidas?

– De todas formas nunca suelo comer mucho.

– Ayer tampoco viniste a cenar – frunció el ceño, sacudiendo la cabeza –. Supongo que sabes lo importante que es comer apropiadamente, en tu estado actual...

– Para mamá ya tengo bastante con Honey. No te necesito a ti también – antes de que pudiera protestar, añadió –: Además, no me estoy muriendo de hambre. Anoche cené en el pueblo.

Se quedó rígido, tenso. Luego se ruborizó y, finalmente, le preguntó con tono gruñón:

– ¿Con quién?

Ése era precisamente el tema que Misty había querido evitar a toda costa, pero al parecer no le quedaba más opción que decírselo. Exasperada, pasó de largo delante de él y salió al pasillo. Morgan la siguió, inevitablemente.

– Si quieres saberlo... – le dijo por encima del hombro – estuve trabajando.

– Terminaste de trabajar a las tres, Malone. Te vi marcharte.

Así era, en efecto. Se estremecía sólo de recordarlo. Morgan la había estado mirando con expresión pensativa mientras ella recogía sus cosas para marcharse. En aquel momento había estado ocupado atendiendo a una mujer mayor que había venido a quejarse de su vecina.

– Dejé la oficina a las tres. Y me fui a la cafetería.

– ¿Para encontrarte con alguien?

Aquello la indignó. ¿Por qué tenía siempre que pensar lo peor de ella?

– Eso no es asunto tuyo.

Siguió caminando, pero él se había detenido en seco. No quería, pero la curiosidad se impuso y se volvió para mirarlo. Fue ver su expresión y derretirse por dentro. Parecía furioso, frustrado y... terriblemente dolido. Jamás había imaginado que vería una mirada así en el rostro inmutable del sheriff.

– No, no fui a ver a nadie – explicó, alzando la barbilla –. Fui allí a trabajar.

La cara de asombro que puso resultaba casi cómica.

– ¿Estás trabajando en la cafetería? ¿Desde cuándo?

– Desde ayer. Ceily me ha contratado. Y antes de que me lo preguntes, sí. Le puse al tanto de mis antecedentes.

– Misty... – pronunció su nombre con una voz tan suave, que se le hizo un nudo en la garganta. La tomó de los brazos, acariciándole tiernamente los hombros con los pulgares—. Jamás lo habría imaginado. ¿Cómo reaccionó Ceily?

– Le dije la verdad, que era inocente pero que no podía demostrarlo, y que los gastos del juicio habían sido tan cuantiosos que necesitaba ponerme a ahorrar. Me creyó.

Ceily era una mujer menuda y hermosa, con una larga melena de color castaño dorado y grandes ojos oscuros. Parecía tener la misma edad que Gabe. Desde el principio se había mostrado muy amable y atenta con ella.

– Es una mujer inteligente y precavida – continuó—. Incluso me aconsejó que no se lo contara a Howard o a Jesse. Me dijo que eran unos cotillas terribles.

– No me extraña – rió Morgan—. Jesse es su abuelo,

– No lo sabía. No se parecen en nada.

– Teniendo en cuenta que Jesse es viejo y cascarrabias y Ceily joven y atractiva, no me sorprende que no repararas en el parecido familiar. Pero tienes razón, a ella no le gustan los cotilleos. No tendrás que preocuparte.

Misty se relajó un tanto. Al parecer sus secretos estaban a salvo con Ceily.

– ¿Te importaría explicarme cómo te las vas a arreglar para trabajar en dos sitios a la vez?

– Sabía que no lo entenderías – masculló.

Morgan era un hombre fuerte, capaz, respetado... y nada le habría resultado más fácil que dejarse ayudar por él, permitirle que se ocupara de sus problemas. Pero quería solucionarlos por sus propios medios. Era la única manera que tenía de recuperar su respeto por sí misma.

La soltó, reacio. Al ver que se dirigía de nuevo hacia su habitación, la alcanzó y se mantuvo a su altura.

– Dime qué es lo que no entiendo, cariño.

– Al fin y al cabo sólo trabajo seis horas al día para ti, ¿no?

– No quería explotarte.

– No soy de porcelana, ¿sabes?

– Jamás habría sugerido una cosa así – se detuvo ante su puerta—. Nadie duda de tu resistencia o de tu determinación, Malone. Si es de eso de lo que se trata...

Misty se encogió de hombros, ruborizada.

– No hay razón para que no pueda trabajar por las tardes en la cafetería, ¿verdad? Ceily aceptó contratarme para las cuatro. Eso me da una hora para comer un poco y luego trabajar durante cuatro o cinco horas más. Anoche saqué cincuenta dólares en propinas. Es un buen trabajo.

Con las manos en las caderas y la mirada baja, Morgan sentenció:

– Voy a dejar pasar este tema por el momento.

—Oh, qué gesto tan magnánimo por tu parte.

—Ahora quiero hablarte de otra cosa. ¿Quieres acompañarme a la oficina? Iremos en mi coche.

—No puedo —respondió, aunque le habría gustado—. Tengo que ir a la cafetería después del trabajo. Necesito mi coche para volver a casa.

—Yo te recogeré cuando salgas.

—Eso no tiene sentido, Morgan. Tú nunca sabes cuándo te pueden llamar, y yo no quiero estorbarte en tu trabajo.

Vio que tensaba aún más la mandíbula. Y se preguntó si eso no le produciría una jaqueca permanente.

—De acuerdo. Entonces déjame llevarte a mi casa esta noche. Llevo toda la semana esperando enseñártela.

La idea resultaba tentadora. Desde lejos, su casa parecía maravillosa. No era tan grande como la que compartía con sus hermanos, pero tenía carácter. El exterior parecía de madera de cedro y estaba rodeada de árboles. Cada mañana, cuando salía a pasear por el lago, la miraba. Su situación en lo alto de la colina prometía una vista maravillosa.

—¿Por qué quieres llevarme allí?

—Sólo quiero conocer tu opinión, para saber si te gusta. Ninguna mujer la ha visto todavía, excepto Honey. Pero las dos sois tan distintas que se me ocurrió que estaría bien contar también con la tuya. Me queda poco para terminarla. Gabe está trabajando en ella y yo me paso por allí cuando tengo un rato libre. Lo principal ya está hecho, sólo faltan los toques finales.

Misty se mordió el labio. No era ninguna estúpida; sabía que si se quedaba a solas con Morgan, corría el riesgo de que terminaran haciendo el amor. Desde el principio le había parecido un hombre increíblemente atractivo, pero durante las últimas semanas había descubierto también lo maravilloso que era, por dentro y por fuera.

—No sé...

Sorprendiéndola, le acunó tiernamente el rostro entre las manos.

—No te mentaré, Malone. Quiero pasar algún momento a solas contigo. Quiero poder hablar contigo sin que ninguno de mis condenados hermanos meta las narices, o nos vea alguien en la oficina — bajó la mirada hasta sus labios—. Y quiero volver a besarte. Apenas nos hemos visto en toda la semana. Si seguimos así, nadie se va a creer que estamos juntos. Hay gente que ya se está preguntando por nuestra relación.

Lo dijo con un gruñido tan cómico, que casi le arrancó una carcajada.

—¿Qué gente?

—No necesitas saberlo —frunció el ceño—. Yo me he ocupado de dejarle claro a todo el mundo que no estás libre... tal y como acordamos, ¿no es cierto?

—Sí, bueno... —pensó que tenía una expresión muy extraña. Casi como si estuviera...

celoso.

— ¿Es Nate, tu ayudante?

— Sí. Por cierto... ¿ha estado flirteando contigo?

Asombrada, negó con la cabeza. Había conocido a Nate en su primer día de trabajo. Era un joven atractivo, no mucho más alto que ella, de cabello castaño, ojos verdes y sonrisa impenitente. Le había sugerido que salieran a comer juntos un día, pero ella había preferido hacerlo en su escritorio: la manzana y el sandwich de mantequilla de cacahuete que solía traerse de casa. Después de eso, él también se había traído su comida y de vez en cuando solía pasarse por su despacho.

Morgan generalmente tenía alguna cita durante la comida, y comía de camino hacia algún sitio. La cantidad de trabajo que le exigía la comunidad era abrumadora.

— ¿Estás segura? — le preguntó él, suspirando.

— Sólo es un chico, Morgan.

— Tiene veintidós años, Malone, edad suficiente para trabajar de ayudante mío. Y sólo dos menos que tú — replicó, exasperado —. Si Nate se pusiera a flirtear contigo... ¿crees que te darías cuenta al menos?

— Bueno, supongo que sí.

Morgan apoyó una mano en la pared, muy cerca de su cabeza.

— ¿Sabes? Me da la impresión de que eres completamente inconsciente del efecto que causas sobre los hombres.

— Quizá sea porque, hasta el momento, tú eres el único que ha reconocido su condición de afectado. Y eso te convierte no en la norma, sino en la excepción.

No se sintió en absoluto insultado por su comentario. Retiró la mano de la pared para posarla sobre su cintura, robándole el aliento. Tenía la palma cálida, ardiente...

— ¿Cómo puedo saber que eso es cierto... — murmuró con voz acariciadora — cuando hubo al menos otro hombre detrás de ti? Porque tú sola no te quedarías embarazada...

No pudo replicar nada. Tantos sentimientos la anegaban a la vez que le resultaba imposible discernirlos, ordenarlos. Si había tenido relaciones en el pasado, había sido porque lo había considerado un hecho normal, conveniente. Y no porque hubiera conocido a un hombre singularmente irresistible, o porque hubiera ansiado desesperadamente su compañía. Cosa que, por el contrario, sí le sucedía con Morgan.

Por puro acto reflejo, puso una mano sobre la suya con la intención de retirársela. Pero no lo hizo.

— Kent... Kent era como la mayoría de los hombres... Siempre estaba diciendo las cosas necesarias para... para llamar mi atención. Yo quería creer que le importaba... me lo creí. Pero él nunca me quiso, no como... — se interrumpió, ruborizada.

Morgan esbozó una satisfecha sonrisa:

— ¿Quieres decir... como yo?

¿Cómo podía esperar que contestara a eso?

–Lo único que quería... –dijo, ignorando su pregunta– era la comodidad y la conveniencia de tener una mujer al lado. Yo nunca le importé de verdad.

–Obviamente era un pobre estúpido.

–Los hombres flirtean por naturaleza. Eso no quiere decir nada.

–Hay flirteos y flirteos –se sonrió Morgan–. Si te digo la verdad, a mí jamás antes se me había ocurrido sabotear el coche de una mujer. O arrastrarla a aquel cenador...

Misty no pudo evitar soltar una carcajada.

–No, probablemente la situación normal es la contraria. Son las mujeres las que te arrastran a ti a ese tipo de lugares.

Los dedos de Morgan empezaron una dulce y rítmica caricia sobre su vientre. Cada vez le resultaba más difícil permanecer quieta.

–Mirémoslo desde otro punto de vista, ¿de acuerdo? Olvídate de Kent. No merece la pena que hablemos de él. Y no es precisamente un digno representante del género masculino. ¿De acuerdo?

–De acuerdo.

–Bien. ¿Te ha estado rondando Nate por la oficina? ¿Ha hablado mucho contigo? ¿Te ha pedido que salierais?

Apenas podía pensar en nada, con su palma presionando tan íntimamente contra su vientre. Sus pantalones caqui apenas constituían una barrera. Y podía sentir su aliento en la mejilla, oler su delicioso aroma masculino...

–Er... sí y no.

–¿Sí y no qué? –le frotó la punta de la nariz con la suya.

–Sí, habló conmigo, y sí, se pasó por mi despacho. Al igual que todo el mundo que entra en la oficina, por cierto. Pero no me pidió que saliéramos. Una vez me invitó a comer fuera, pero eso no puede considerarse una verdadera cita. Creo que a la hora de la comida se siente un poco solo, porque ahora se queda a comer en la oficina conmigo.

Morgan la miró como asombrado de su ingenuidad.

–Entonces es que está flirteando contigo, Malone.

–No es cierto.

–Voy a poner fin a eso –suspiró, sacudiendo la cabeza.

–Howard y Jesse siempre están allí. Y espero que no vayas a decirme ahora que ellos también flirtean conmigo.

–Me sorprende que todos los hombres de la región no se hayan pasado por tu maldito despacho. A partir de ahora, me aseguraré de sacarte a comer. ¡Y deja de mirarme de esa manera!

–Morgan, te estás comportando irracionalmente.... –pero, en el fondo de su ser, se complacía de verlo tan celoso. Tuvo que admitir que quizá, sólo quizá, estuviera

librando una batalla perdida de antemano...

– Quiero asegurarme de que comas bien. Apropiadamente.

– Oh-oh. Sospecho que no es ése tu verdadero motivo. Bueno, si quieres llevarme a comer fuera, yo no tengo ninguna objeción.

– Entonces ya está claro – un brillo triunfal asomó a sus ojos.

– ¿Sabes, Morgan? Si todo el mundo supiera que estoy embarazada... eso definitivamente pondría fin a todo tipo de flirteo o interés hacia mi persona... imaginado o real.

Morgan le besó una ceja, y después la nariz.

– No cuentes con ello. Eso no me haría desearte menos.

Se disponía a besarla otra vez, con la aquiescencia de Misty, cuando Sawyer salió en aquel instante de su dormitorio y se los quedó mirando.

– ¿Una pequeña cita en el pasillo?

A Misty le entraron ganas de propinarle una patada a Morgan. No sabía cómo lo hacía, pero siempre terminaba comprometiéndola en situaciones vergonzosas.

– ¿Te hemos despertado?

– No, tenía consultas a primera hora. La luna de miel se ha terminado ahora que una epidemia de gripe ha vuelto a las andadas.

– Bueno, yo tengo que marcharme al trabajo – dijo Misty –. De hecho, ya me iba y...

Morgan la miró, ladeando la cabeza:

– ¿No necesitabas algo de tu habitación?

Cerró los ojos. Si había querido regresar al dormitorio había sido con el único propósito de escapar de él, pero no estaba dispuesta a admitirlo delante de Sawyer. Con una débil sonrisa, respondió:

– Sea lo que sea, me he olvidado.

Pasó como un rayo delante de los dos. Ya casi había doblado la esquina del pasillo cuando oyó comentar a Sawyer:

– La tienes dominada, Morgan. Lo que no sé es si era ésa tu intención.

Morgan fulminó a su hermano con la mirada.

– Sé lo que estoy haciendo.

– ¿De veras? ¿Y qué es exactamente?

Se dirigieron a la cocina. El aroma del café no podía resultar más tentador, y Morgan necesitaba una taza. Desafortunadamente allí estaba Jordán, con el gatito en el regazo.

– ¡Tú! Hace un momento te estabas comiendo a Misty con los ojos... – le reprochó, indignado.

Jordán se encogió de hombros.

– Ella se había metido bajo el escritorio para agarrar al gatito – explicó, volviéndose hacia Sawyer –. Por cierto, tiene un trasero magnífico.

A Morgan le entraron ganas de asesinarlo.

– Pues de ahora en adelante manten los ojos bien apartados de ese trasero.

– ¿Por qué? Seguro que tú no lo haces – acarició al gatito –. Sawyer, quería comentártelo antes. Creo que algo le pasa a Morgan.

Sawyer se sirvió una taza antes de dejarse caer en una silla.

– ¿De veras?

– Sí, yo creo que debe de estar enfermo – comentó Jordán –. Casi siempre que lo veo, tiene esa mirada brillante, ardiente... Y un par de veces hasta lo he visto sonriendo.

– ¡No! – Sawyer se echó a reír –. ¿Morgan sonriendo? Eso es absurdo.

Morgan estaba a punto de levantarse de la mesa cuando Jordán alzó una mano, divertido.

– No, no te molestes en estrangularme. Yo ya me iba. Sólo me había quedado... para decirte adiós – se levantó, con el gatito en brazos, y descolgó las llaves de detrás de la puerta –. Hasta luego.

Apenas se había cerrado la puerta a su espalda cuando Morgan masculló:

– ¡Adiós y hasta nunca!

– Deja de rezongar tanto, Morgan. Yo sobreviví, así que seguro que tú también.

– ¿Sobreviviste a qué? No sé de qué estás hablando.

– De enamorarse de alguien. No, no me vengas con excusas. Las he oído todas e incluso me he inventado la mitad. Eso no te hará ningún bien.

Morgan se sintió como si un elefante acabara de sentársele sobre el pecho.

– Yo no estoy enamorado.

– ¿Ah, no? ¿Entonces cómo lo llamarías tú? ¿Lujuria?

– En cualquier caso, únicamente es asunto mío.

– Creo que Honey estaría en desacuerdo contigo en eso. Quiere a su hermana más de lo que tú te imaginas. En este momento, Honey está convencida de que eres un honorable caballero, de toda confianza. Pero si se te ocurre hacerle algún daño a Misty... te desollará vivo. Y yo no podré hacer nada para evitarlo.

– Sigo diciéndote que deberías controlar más a tu mujer.

– Hablas como un verdadero solterón.

– Además, yo jamás le haría ningún daño a Malone.

– ¿Ah, sí? ¿Y crees que tener una aventura con ella no le haría daño? Misty lo ha pasado muy mal, Morgan. ¿Sabías que acudió a su padre en busca de ayuda y él se la negó, sin dignarse a ofrecerle el menor consuelo? Honey me lo contó. Al parecer estaba

profundamente decepcionado con ella.

Morgan experimentó una vez más la ya familiar punzada de dolor. Misty había buscado refugio en la única persona con la que realmente podía contar: su hermana. Y menos mal que lo había hecho. Sawyer lo miró ceñudo.

– Necesita estabilidad, Morgan, no compromisos superficiales.

Morgan se bebió la mitad de su café de un trago, se quemó la lengua y soltó una maldición.

– Mira, Sawyer, ella no quiere compromisos y punto, sean del tipo que sea. Me lo dijo ella misma. Huye de los hombres.

– No te ofendas, Morgan, pero tú lo eres, ¿no?

– ¡No es eso lo que quería decir! Lo que sentimos... bueno, es recíproco. Sólo que ella no quiere implicarse más – tras una breve reflexión, añadió –: Al menos más que yo.

– Yo creía que querías casarte.

Morgan sacudió la cabeza, preguntándose si su hermano lo estaría irritando deliberadamente.

– Yo quiero una esposa como Honey.

Sawyer derramó el café sobre la mesa. Morgan le lanzó una elocuente mirada antes de tenderle una servilleta.

– He dicho que quiero una esposa como ella, no a la propia Honey – aclaró –. Quiero una mujer hogareña, tranquila, dulce...

– ¿Y no crees que Misty reúne esos requisitos? ¿No es dulce? ¿Acaso tiene mal genio?

– Yo no he dicho eso – gruñó entre dientes. Misty Malone era la mujer más tierna y dulce que había conocido, aunque su mal genio rivalizara con el suyo. O quizá precisamente le gustara aún más por ello. Casi se sonrió al pensarlo –. No te olvides de que Misty no desea casarse. Eso me lo ha dejado meridianamente claro.

– Dios mío – Sawyer abrió mucho los ojos –. Tienes miedo.

Morgan se tensó visiblemente.

– ¿Estás intentando fastidiarme a propósito?

– Tienes miedo de preguntárselo y que ella te dé calabazas.

– Tú eres doctor en medicina, no psicólogo. Hay una buena razón para eso, supongo que lo sabes.

Sawyer se echó a reír.

– No me lo puedo creer. Las mujeres llevan intentando cazarte desde que tengo memoria y ahora que has encontrado a una de tu gusto... ¡tienes miedo de ella!

– Te advierto que no le vas a gustar nada a Honey con la nariz rota... – al ver que su hermano seguía riéndose, decidió que había llegado la hora de cambiar de tema –. Ha aceptado otro trabajo.

—¿Qué? —Sawyer se había quedado asombrado—. ¿Misty ya no trabaja para ti?

—No, ha aceptado un segundo trabajo. Lo que no sé es si debería hacerlo, dadas sus condiciones...

—Sus condiciones son perfectas hasta ahora. ¿De qué empleo se trata?

—Ha empezado a trabajar en la cafetería. Por lo que sé, piensa hacer unas seis horas o así, siempre por las tardes. A mí me parece demasiado.

—Bueno, es una mujer joven y sana, y entiendo que todavía está de pocos meses, así que de momento no hay necesidad de preocuparse. Pero conforme vaya pasando el tiempo, es muy probable que se le hinchen los tobillos si pasa mucho rato de pie.

—Quizá deberías hablar con ella. Eres médico. A ti te hará caso.

—No soy su médico, y no es asunto mío. Y tuyo tampoco, por cierto.

—Mmmm. En ningún momento me ha comentado que haya visto a un médico. ¿No debería tomar vitaminas y esas cosas?

—¿Por qué no se lo preguntas tú? Yo puedo darle las vitaminas, pero lo suyo es que pase revisiones periódicas con un obstetra. Dado que es nueva en la zona, yo podría recomendarle a alguien. ¿Sabes de cuántos meses está exactamente?

—Creo que me dijo que de unos tres. ¿Por qué?

Sawyer apuró su café y se levantó.

—No importa —miró detenidamente a su hermano—. Tengo que irme a trabajar. ¿Estarás bien?

Morgan volvió a fruncir el ceño, como tenía por costumbre.

—Estoy bien, maldita sea.

—Yo sólo preguntaba... —se volvió para marcharse, pero en el último momento vaciló—. ¿Morgan? Al menos piensa en lo que te he dicho, ¿de acuerdo? Si esperas demasiado tiempo para aclarar las cosas, podrías estropearlo. Y si eso llegase a ocurrir, te sentirías pero que muy mal contigo mismo...

Morgan se lo quedó mirando mientras se alejaba, pensando que el matrimonio parecía haber acentuado las tendencias filosóficas de su hermano. Luego se imaginó a Misty en la oficina, con Nate, Jesse y Howard babeando tras ella... y de repente lo vio todo rojo.

Howard y Jesse tenían edad suficiente para ser sus abuelos, y Misty tenía razón cuando decía que Nate apenas era más que un chico. Sabía perfectamente todo eso y, sin embargo, estaba celoso. Los celos eran un sentimiento nuevo para él. Llevaba saliendo con mujeres desde que tenía la edad de Casey y jamás había experimentado nada semejante. Si no le gustaba a una mujer, la cambiaba por otra. El problema era que a Misty le gustaba, pero ella no quería implicarse a fondo con él porque había escarmentado con los hombres. Morgan había pensado que la promesa de una relación sin complicaciones podría convenirle, pero también a eso se había negado.

¿Tendría Sawyer razón? ¿Respondería la actitud de Misty a su voluntad de

protegerse para no volver a sufrir? Sabía que tener antecedentes penales era algo que pesaba continuamente sobre ella. Por ese lado, él se encargaría de arreglarlo todo. No la creía culpable, y tenía una idea bastante exacta del verdadero responsable de la trampa en la que había caído. Ya había contratado a varios hombres para averiguarlo. De momento sólo era cuestión de esperar a ver si sus sospechas se confirmaban.

Quizá, una vez que hubiera quedado solucionado aquel asunto, Misty dejara de darle la espalda. Pero entonces... ¿qué haría? ¿Pedirle que se casara con ella? Reflexionó sobre ello, asintiendo con la cabeza. La vida con una mujer como Misty sería maravillosamente excitante. Era una mujer dulce y testaruda, tierna y cautivadora...

Se levantó, recogió su sombrero y descolgó las llaves de la puerta. Había llegado la hora de dejarle unas cuantas cosas claras. Esa noche, cuando la llevara a casa después de la jornada en la cafetería, se lo diría de una vez. Le demostraría que formaban una pareja perfecta y, una vez que ella se hubiera hecho a la idea, le propondría una relación estable, permanente.

Mientras tanto, apoyaría su causa demostrándole en la práctica lo tierno y considerado que podía llegar a ser con ella. Haría el firme propósito de cambiar de humor y quizá, sólo quizá, renunciara finalmente Misty a luchar contra él. Sólo entonces dejaría de sentir aquella desesperación que lo devoraba por dentro.

## Capítulo 9

Morgan tuvo que olvidarse provisionalmente su plan cuando descubrió a una mujer con un coche lleno de niños y una rueda pinchada esperando a un lado de la carretera. Se dirigía a su casa procedente del supermercado cuando sufrió el pinchazo. Por desgracia, la rueda de repuesto no estaba en mejores condiciones. Morgan llamó a Misty para explicarle el motivo de su retraso y le pidió que pospusiera su reunión matutina con los concejales del pueblo.

Había detectado un tono extraño en su voz, pero no había tenido tiempo para preguntarle por qué. Montó a la familia entera en su todoterreno, con los neumáticos deteriorados, y los llevó a casa. Desde allí telefoneó a Gabe. Se encontró con él en el taller, donde entre los dos repararon las ruedas. Gabe le devolvió el coche a la mujer y Morgan lo acompañó en el todoterreno. Media hora después se encontraban de vuelta en el taller.

Se dirigió a su oficina. Pero cuando estaba llegando, la señora Potter, la bibliotecaria del pueblo, lo llamó. Quería saber si le gustaría participar en una actividad escolar de lectura pública de cuentos para niños. Aceptó, aunque no era una de sus tareas favoritas.

Acto seguido lo entretuvieron dos tenderos, que querían saber si el condado se haría cargo de una enorme rama de árbol que corría peligro de caer sobre su tejado a la menor tormenta. Morgan examinó el árbol, comprobó que efectivamente necesitaba una buena poda y se encargó de la gestión.

Para cuando finalmente entró en la oficina, estaba acalorado, sudoroso... y frustrado. Ansiaba ver a Misty, reconfortarla, demostrarle lo buena persona que podía llegar a ser y asegurarle que podía confiar en él. Con el tiempo se la iría ganando. Y sólo más adelante volvería a hablar con ella del tema de su recelo hacia los compromisos...

Lo que encontró fue un verdadero caos. El bullicio había llegado hasta él antes incluso de abrir la puerta. Risas. Muchas carcajadas masculinas, música alta y un extraño golpeteo rítmico de fondo. Frunciendo el ceño, se dirigió directamente al despacho de Misty. Allí estaba, sentada no en su sillón sino en una esquina del escritorio. Casey también se encontraba allí, con dos de sus amigos. Evidentemente habían sido ellos los que había traído la música que sonaba en el aparato portátil, a todo volumen. Howard se había sentado en el sillón de Misty, y Jesse en un brazo del mismo. Nate se hallaba delante de Misty, bailando mientras ella lo jaleaba.

Vio que, en vez de los pantalones largos, Misty se había puesto unos cortos. Su blusa blanca había desaparecido a favor de una ancha camiseta. Estaba descalza. Y, para colmo, estaba lamiendo un cucurucho de helado.

Lo vio todo rojo. Nadie advirtió su presencia, de modo que se dedicó a observarlos en silencio, hirviendo de rabia. Cuando Nate dio una vuelta en redondo, Misty sacudió la cabeza, engulló un buen pedazo de helado y le tendió el cucurucho a Casey. Casey, el traidor, se lo sostuvo, riéndose.

Colocándose frente a Nate, Misty se puso a bailar. Estaba tan sexy... Morgan miró a los hombres que la rodeaban y vio sus propios pensamientos reflejados en sus rostros. Ya no pudo soportarlo más.

– ¿Qué diablos está pasando aquí?

Su rugido dejó paralizado a todo el mundo. Nate dio un respingo, Casey se apresuró a devolverle el cucurucho a Misty y tanto Howard como Jesse se levantaron de un salto. Pero la música ensordecedora continuaba. Al igual que el extraño golpeteo del fondo.

Entró en la habitación de dos zancadas. Miró a Misty de arriba abajo y luego se volvió hacia su sobrino:

– Apaga esa maldita música. Uno de los amigos de Casey se apresuró a obedecer. Nate dio un paso adelante.

– Er, Morgan, sólo estábamos...

Lo acalló con una sola mirada. Nate se quedó mudo, con los dientes apretados. Entonces fue Misty quien se atrevió a decir algo:

– Por el amor de Dios, Morgan. Deja de aterrorizar a todo el mundo.

Se la quedó mirando fijamente, aplaudiendo en silencio su coraje. Nadie más se había atrevido a decirle eso. Obviamente no se daba cuenta de lo furioso que estaba. Estaba despeinada, sonrojada, con los ojos brillantes. Era como si acabara de hacer el amor. Y todavía se atrevía a plantarle cara, desafiante, delante de todo el mundo.

– ¿Es para esto para lo que te pago, Malone? ¿Para celebrar fiestas?

– No estamos celebrando ninguna fiesta –entrecerró los ojos–. Si haces el favor de escucharme...

La camiseta se le había pegado a la piel, delineándole los senos... y distrayéndolo por un momento. Los vaqueros cortos le permitían lucir sus largas y bien torneadas piernas.

– Ésa no es manera de vestir en esta oficina.

– Tenía que cambiarme.

Morgan bajó la mirada al helado que se le estaba derritiendo en la mano.

– Y tampoco se puede comer helado durante las horas de trabajo.

– Morgan...

Ignoró su advertencia, demasiado furioso para que lo preocupara que ella también lo estuviera.

– Te pago para que trabajes, respondas el teléfono y tomes recados. No es demasiado esperar que te tomes esas obligaciones con un mínimo de seriedad.

Casey murmuró algo entre dientes, pero Morgan no prestó atención a su sobrino. Estaba demasiado fascinado viendo cómo se oscurecían las pupilas de Misty, hasta adquirir un tono azul marino.

— ¡Pues que sepas que me he dejado el trasero pegado a la silla! — protestó.

Morgan se inclinó para mirar detrás de ella:

— Pues a mí me parece que todavía te queda bastante...

El comentario levantó un murmullo consternado entre los presentes. Misty se volvió entonces y recogió un puñado de los numerosos papeles que abarrotaban su mesa.

— Estos recados... — se los fue tirando al pecho uno a uno — son de tus variadas amiguitas, pidiéndote una cita para esta noche — fueron resbalando por su cuerpo, hasta amontonarse en el suelo —. Te han estado llamando todo el día, bloqueando el maldito teléfono.

— Malone...

— Todas insistieron en que les respondieras hoy mismo — esbozó una sonrisa sarcástica —. Pero no te preocupes. Antes de marcharme... ¡me aseguraré de informarlas de que, a partir de este momento, estás libre y sin compromiso!

— Malone...

— Y esto... — le arrojó un papel amarillo a la cara — es la factura del fontanero, por el escape de agua que hemos tenido. Si Howard y Jesse no me hubieran ayudado, ahora mismo el agua nos llegaría hasta los tobillos.

Morgan estaba empezando a preocuparse.

— Er, Malone...

— Y ese constante golpeteo que estás oyendo... es el trabajador que ha venido a reparar el aire acondicionado. En caso de que no lo hayas notado, estamos a más de cuarenta de grados en esta habitación.

Así que era por eso por lo que estaba tan acalorada, bañada literalmente en sudor. Fue consciente del intento de Howard y Jesse por escabullirse sigilosamente. Los dos amigos habían llegado ya hasta la puerta. Nate seguía contemplando la escena con la boca abierta, sin mover un músculo. Y Casey, el muy canalla, silbaba indiferente.

— Y, para terminar... — gruñó Misty, con una voz que parecía sacada de una película de terror — éste es el primer descanso que disfruto en todo el día. El agua me mojó la comida que había traído de casa, y como tampoco me apetecía comer demasiado con este calor, Nate me trajo un cucurucho de helado hasta que tuviera que irme a la cafetería. Pero dado que ya no me lo voy a comer... ¡prefiero que te lo comas tú!

Y, dicho eso, le lanzó el cucurucho como si fuera un misil. El helado fue a estrellarse en su camisa. Morgan ahogó una exclamación al sentir su frialdad, y esbozó una mueca cuando las primeras gotas empezaron a resbalar por su velludo pecho. Casey dejó de silbar, estupefacto.

— Oh-oh. Esta sí que es buena...

Howard y Jesse aprovecharon para salir corriendo por la puerta. Nate se giró en redondo y se escabulló también. Misty, por su parte, intentó seguirlo. Pero Morgan la agarró de un brazo, deteniéndola en seco.

– Ah, no. Tú no te vas – la atrajo hacia sí.

Detestaba admitirlo, pero se había excitado. Tenía una erección tan intensa, tan dolorosa, que todo su cuerpo clamaba por entrar en ella. Se la quedó mirando fijamente, excitado por el fulgor de sus ojos.

– Creo que deberíamos compartir el helado, Malone.

Misty intentó apartarse, pero él le sujetó el otro brazo. Cuando fijó la mirada en su pecho, cubierto de helado, casi no pudo reprimir una sonrisa.

– ¿Crees que es divertido? – le preguntó, aunque él también estaba sonriendo, muy a su pesar. No. La vida con Misty nunca sería aburrida, sino tremendamente excitante. Como en aquel preciso momento.

– Creo que es lo que te merecías – esa vez soltó una risita al ver que el helado seguía goteando en el suelo. Pero no tardó en adivinar sus intenciones—: ¡Morgan, no! Hablo en serio, Morgan. No te atrevas a...

No pudo terminar la frase, ya que él la apretó contra su pecho.

– Está frío, ¿eh?

Intentó liberarse, con lo que no consiguió más que intensificar el roce de sus senos contra su pecho, una y otra vez. Morgan soltó un gruñido.

– Tú... – pronunció, sin aliento.

La besó. Fue un beso de broma, ya que Misty continuaba forcejeando pero a la vez no podía dejar de reír, con el cucurucho de helado aplastado entre sus cuerpos. Y el helado derritiéndose rápidamente por sus respectivos calores...

Casey se aclaró la garganta.

– Creo que me voy a ir. Ya os veré después.

Morgan alzó la cabeza.

– Lárgate de una vez, ¿quieres?

– Ya me voy, ya me voy... – repuso, riendo.

Morgan vio cómo Casey se marchaba seguido de sus desgarbados amigos y cerraba la puerta a su espalda. Misty intentó apartarse de nuevo, pero él se lo impidió.

– Oh, no. Tengo algunas cosas que decirte.

– ¿Qué? – dándose cuenta de que no podía liberarse, dejó de forcejear.

La besó otra vez. Y otra. En los labios.

– Lo siento.

– Deberías sentirlo.

– Mmmm – profundizó el beso, saboreándola. Gruñó cuando el golpeteo de fondo cesó de repente.

– Me has estropeado la camiseta – musitó ella, sin aliento—. ¿Qué voy a ponerme ahora para ir a trabajar?

Acunándole el rostro entre las manos, Morgan inquirió:

– ¿Pensabas ir a la cafetería vestida así?

– Voy perfectamente decente, Morgan, así que no empieces...

– Dios mío, si serías capaz de montar un motín.

– Te recuerdo que fueron tus cañerías las que me empaparon la ropa. Si ahora llevo puesta ésta, es gracias a que Casey tuvo la amabilidad de traérmela.

– Iré a casa y te traeré otra, ¿de acuerdo? – al ver que dudaba, insistió—. ¡Ten compasión de mí, Malone! No estoy acostumbrado a sufrir de celos y...

– ¿Estás celoso?

– ¿A ti qué te parece? ¿Que disfruto haciendo el ridículo de esta manera?

– Bueno, pues lo haces muy a menudo... – murmuró, pero al momento lo fulminó con la mirada –: Tienes algunas explicaciones que darme, después de insultarme como lo has hecho delante de todo el mundo.

Morgan se tragó el nudo que le atenazaba la garganta, todavía consciente del contacto de su cuerpo contra el suyo.

– Espero que no vayas a dimitir sólo porque te haya gritado un poco.

– No puedo – sonrió tristemente –. Necesito el trabajo.

La besó de nuevo, esa vez con mayor delicadeza.

– Te pido disculpas.

– ¿Por haberme humillado en público?

– Sí, aunque tú también me has humillado a mí. Estabas muy enfadada.

– Cierto. Porque, todo hay que decirlo, yo también me he sentido un poco celosa. Has recibido ocho llamadas de mujeres, Morgan.

– ¿Estabas celosa?

– Sí, e irritada también – frunció el ceño –. Tus amiguitas son muy insistentes.

Morgan simuló una expresión inocente:

– Algunas de ellas puede que sean simplemente buenas amigas. Sin más.

– ¿Puede que lo sean? ¿Es que no lo sabes?

– En cualquier caso, ya no importa, de verdad. Ahora dime que me perdonas.

– ¿Te arrepientes de lo que me has dicho?

– ¿Lo de tu trasero, quieres decir? Diablos, no. Tienes un magnífico...

– ¡No lo digas, Morgan! – se echó a reír –. ¿Y lo de estropearme la ropa con el helado?

– Ve al baño y te ayudaré a limpiártelo – de repente frunció el ceño –. Espero que ya tengamos agua corriente...

– Sí, pero puedo limpiármelo sola, gracias... Tú – le señaló los papeles regados por el

suelo – tienes un montón de llamadas que contestar.

Morgan bajó la mirada y vio que los había estado pisando prácticamente todos.

– ¿Sabes una cosa, Morgan? He estado pensando – había vuelto a fruncir el ceño y tenía una expresión terca, decidida –. Hasta el momento te has dedicado a proclamar por todo el pueblo que estamos juntos, con el fin de desalentar a los hombres de la zona. Pero parece que hay un montón de mujeres que no se han dado por enteradas, ¿no te parece?

– He estado demasiado ocupado soñando contigo para pensar en esas otras mujeres. De ahí que no les haya hecho saber de manera directa que ya no estoy disponible.

Le encantaban sus repentinos cambios de humor. Tan pronto se enfadaba como se ponía juguetona. O pasaba del descaro a la timidez sin transición alguna. En aquel instante parecía vacilar. Vio que fijaba la mirada en su pecho cubierto de chocolate.

– ¿Te consideras actualmente no disponible?

Morgan le alzó delicadamente la barbilla.

– Mientras estés dispuesta a soportarme, desde luego.

Se lo quedó mirando durante unos segundos antes de atraerlo hacia sí para besarlo en la boca. Fue un beso ávido, ansioso. Morgan se sintió como en un sueño. Era la primera vez que ella había tomado la iniciativa. Se moría de ganas de desnudarla, de hacerle el amor...

De pronto se escuchó el inequívoco y monótono ruido del aire acondicionado: volvía a funcionar. «Justo a tiempo», pensó Morgan. Un minutos más y se habría abrasado por combustión espontánea.

– Esta noche... ¿me dejarás que te haga el amor, Malone?

Misty asintió con la cabeza, sonriendo levemente.

– Creo que sí me gustaría.

El corazón le dio un vuelco. Fue a besarla de nuevo, justo cuando el empleado del servicio de reparaciones llamaba a la puerta.

– Todo hecho – el hombre se detuvo en seco al ver el aspecto tan poco formal que ofrecía el sheriff, con toda la pechera del uniforme manchada de helado.

Morgan se sonrió:

– Deje la factura sobre la mesa.

## Capítulo 10

Fue un día especialmente caótico para Morgan. Seguía lloviendo a cántaros, y suspiró aliviado al descubrir el coche de Misty aparcado frente a la puerta trasera, como tenía por costumbre. Se había pasado toda la tarde preocupado por ella, imaginándosela conduciendo con aquella lluvia. Después de haber trabajado durante todo el día, debía de estar agotada.

Su primera intención había sido regresar con ella para llevarla inmediatamente a su casa, tal y como le había prometido. Pero se había entretenido en el camino y, para colmo, había estallado la tormenta. En vez de meterlo en el garaje, aparcó el todoterreno muy cerca de la puerta de la cocina. De esa manera Misty podría salir sin mojarse demasiado.

La puerta se abrió de golpe, señal de que alguien lo había estado esperando. Por desgracia, no se trataba de Misty. No, al parecer ella estaba ocupada discutiendo acaloradamente con Sawyer. Era Honey quien había abierto. La saludó con un beso en la mejilla antes de concentrarse en la escena.

Misty, de puntillas, le estaba espetando a Sawyer.

— ¡Si no aceptas el dinero, no podré quedarme!

Sawyer abrió los brazos, desesperado. Al ver a Morgan, soltó un suspiro de alivio.

— ¡Es peor que Honey, te lo juro!

Gotas de lluvia resbalaban por su rostro. Tenía la camisa empapada. Mirando a su alrededor, inquirió:

— ¿Dónde está Jordán?

Sawyer pareció sorprendido por su pregunta.

— En su apartamento. ¿Por qué?

Lentamente, con un cuidado exquisito, les mostró la criatura que llevaba en los brazos y que había arropado con su chaqueta. Era un peludo y gordezuelo perrillo, que los miró a todos por turnos antes de esconder nuevamente la cabecita en el pecho de Morgan, sin dejar de gimotear.

— ¿Puedes darme una toalla? —le pidió a Honey—. Lo encontré debajo de las escaleras del gimnasio. Me temo que llevaba ya algún tiempo abandonado.

Honey se apresuró a buscar la toalla. Morgan estaba tan indignado que apenas podía respirar. Los maltratos a los animales lo ponían enfermo. Sawyer descolgó el teléfono para avisar a Jordán mientras Misty se acercaba al animalillo, enternecida.

Segundos después se abrió la puerta y entraban Jorgan y Gabe. Los impermeables que llevaban poco habían hecho para protegerlos de la intensa lluvia. Jordán puso manos a la obra de inmediato: levantando al cachorro, se concentró en examinarlo.

— Parece muy pequeño — comentó Gabe, sacudiendo la cabeza —. ¿De qué raza crees

que es?

– Un cruce, quizá de mastín y san bernardo. Será muy grande cuando crezca – vio que el collar le había desollado algunas zonas del cuello –. Necesito mi maletín.

– Voy a buscártelo – se ofreció Gabe, desapareciendo enseguida bajo la lluvia.

Misty, por su parte, empezó a desabrocharle la camisa a Morgan como si llevara haciéndolo toda la vida.

– Pescarás un resfriado si no te pones algo seco.

Sawyer asintió:

– Eso, ve a cambiarte, Morgan. Y llévate a Misty. Quizá tú puedas hacerla entrar en razón.

Morgan permaneció inmóvil mientras ella terminaba de quitarle la camisa empapada.

– ¿Qué andas tramando, Malone?

Fue su hermano quien respondió a su pregunta, blandiendo unos cuantos billetes delante de su nariz.

– Quiere pagarnos por su estancia aquí.

– Yo creía que eso estaba aclarado – frunció el ceño.

Tomándolo de la mano, Misty se apresuró a sacarlo de la cocina.

– No quiero ser una mantenida. Si me quedo, tengo que contribuir. Llevo comiendo aquí casi todos los días...

Morgan se dejó llevar fuera de la vista de los demás, pero nada más salir al pasillo, la acorraló contra la pared y le dio un profundo, ávido beso.

– Maldita sea, te he echado de menos... – susurró contra sus labios.

Misty le echó los brazos al cuello, sonriendo.

– Yo ya estaba empezando a preocuparme. Llevaba horas esperándote.

– Tuve que dar una clase, una de las mujeres se me lesionó y luego me encontré al cachorro – gruñó –. Ha sido un día muy ajetreado...

Sabía que le estaba empapando la ropa con sus pantalones mojados, pero no podía separarse de ella.

– ¿Qué tipo de clase?

«Oh, diablos», exclamó para sus adentros. Se le había escapado. Esa vez fue él quien la tomó de la mano, pero para llevarla directamente a su dormitorio. Una vez dentro, cerró la puerta y echó la llave.

– En cuanto me cambie, iremos a mi casa.

– Morgan – cruzándose de brazos, se apoyó en la puerta mientras él buscaba una toalla para secarse –. ¿Qué clase?

– Oh, doy clases de defensa personal a algunas de las mujeres del pueblo dos viernes

de cada mes – intentó adoptar un tono ligero –. Sobre todo a las que trabajan de guías de montaña en el parque. A veces terminan quedándose a solas con algún tipo, por lo que necesitan saber defenderse.

Misty se había quedado asombrada.

– ¿Dices que una de las mujeres se lesionó?

– Sí, pero no en la clase. En el gimnasio del instituto utilizamos colchonetas. Pero la pobre se resbaló en los escalones de la puerta, al salir, y se torció un tobillo. No podía conducir, así que tuve que llevarla al hospital y luego ir a buscar a su marido. Lo único bueno de todo fue que encontré al cachorro cuando ella se cayó. Estaba debajo de las escaleras. Si no me hubiera agachado para levantarla, no habría escuchado sus gemidos.

– Así que socorriste a la mujer y al cachorro...

– No lo digas con ese tono, Malone. Cualquiera en mi lugar habría hecho lo mismo.

– Evidentemente no, ya que si ése hubiera sido el caso, el cachorro no habría estado allí en primer lugar, ¿no te parece? – acercándose a él, se dedicó a acariciarle el pecho desnudo, húmedo por la lluvia –. Siempre estás cuidando de todo el mundo, por lo visto.

Morgan se descalzó antes de besarla de nuevo. Sus caricias lo estaban volviendo loco.

– Déjame cambiarme... – gruñó – para que podamos salir de aquí cuanto antes.

Misty sacudió la cabeza y, haciéndose a un lado, se sentó en el borde de la cama. No parecía tener ni idea del efecto que le estaba provocando, sentada tranquilamente allí, mirándolo... Pero se había quedado extrañamente pensativa. Morgan abrió un cajón y sacó una muda de pantalones y calcetines. Se estaba bajando la cremallera cuando ella le preguntó:

– Morgan, ¿soy yo una persona más entre las muchas de las que cuidas?

Se quedó paralizado, confuso e irritado a la vez:

– ¿Te importaría explicarme eso?

Misty se encogió de hombros, apresurándose a desviar la mirada cuando él terminó de desabrocharse los pantalones. Con las manos entrelazadas en el regazo, contestó:

– Querías que me fuera hasta que pensaste que necesitaba quedarme. Y no sólo me mimas constantemente, sino que además dijiste que intentarías demostrar mi inocencia en la acusación de robo de que fui víctima. Simplemente me preguntaba si yo soy... no sé. Un caso entre muchos. Como los alumnos del programa de becas, el cachorro que acabas de traer a casa... o la otra mujer a la que has ayudado hoy.

– ¿Qué otra mujer?

– Gabe me contó lo de la mujer a la que se le pinchó una rueda. Me dijo que tú hacías esas cosas todo el tiempo.

Volvió a mirarlo con una profunda admiración, cuando lo que él quería era algo completamente diferente.

– Gabe es un bocazas.

Ya cambiado de vaqueros, Morgan se sentó a su lado en la cama. Se agachó para ponerse los calcetines y los zapatos, rumiando sombríos pensamientos. Seguía sintiendo la intensidad de su mirada mientras se ajustaba el móvil al cinturón y se abrochaba la cartuchera.

– Sabes que conmigo puedes ahorrártela.

Morgan se volvió hacia ella, sorprendido.

– ¿De qué estás hablando?

– La mirada. Esa mirada ceñuda que siempre tienes. Soy inmune a ella. No eres para nada el tipo de hombre gruñón que te gusta parecer. Ceily me dijo que hacía años que no te peleabas, y que la última pelea ni siquiera mereció tener ese nombre, por lo rápida que fue.

– ¿Has estado hablando de mí con Ceily? – inquirió, molesto.

– Oh, deja de intentar intimidarme – hizo un gesto de indiferencia –. Sigues teniendo la misma reputación de cuando eras un chico rebelde, exaltado, pero incluso en aquel entonces nunca fuiste un matón. Siempre que te metías en alguna pelea era para defender a alguien. La última fue en un bar de una localidad próxima. Ceily me contó que un tipo intentó atacar a una chica de allí y tú le paraste los pies.

Morgan decidió que, en cuanto se encontrara con Ceily... la estrangularía.

– ¿Te contó también lo agradecida que se mostró esa chica conmigo? – le espetó.

– Sí, desde luego – replicó –. Pero no fue por eso por lo que lo hiciste, así que no intentes despistarme. Si eres el sheriff de este pueblo es porque odias la injusticia y el abuso, y porque te encanta velar por la seguridad de los demás. Admítelo.

Por nada del mundo admitiría algo semejante. Su reputación siempre le había granjeado grandes ventajas, y además se la había ganado a pulso. Se puso una camiseta negra y se volvió para mirarla una vez más.

– ¿Sigues queriendo ir a mi casa conmigo?

La sedosa cortina de su pelo le ocultaba el rostro. Tenía la mirada baja y parecía algo nerviosa.

– Si quieres...

La tomó de la barbilla, obligándola delicadamente a que lo mirara.

– ¿Qué es lo que quieres tú?

Misty se mordió el labio, aspiró profundamente y sonrió.

– Estar contigo.

El corazón le dio un vuelco en el pecho y se le nubló la vista. Estuvo a punto de olvidarse de la idea y hacerle el amor allí mismo. Pero necesitaban intimidad.

– Vamos.

Tomándola de la mano, la sacó de la habitación. Todo el mundo seguía reunido en la

cocina, contemplando al cachorro. Ahora que ya estaba seco, parecía una bola de pelo con patas. Sin dejar de mover el rabo, soltó un ladrido de saludo a Morgan, que sonrió.

– ¿Se pondrá bien?

– Sí. Es macho, tiene unos tres meses y yo diría que sí, que se recuperará por completo. Sólo necesita un buen lavado y mucho cariño.

Morgan asintió.

– Yo me lo quedaré. Estaba pensando en hacerme con un perro para cuando me trasladara a la casa. Éste servirá tan bien como cualquiera – sintió que Misty le apretaba la mano, aprobando su decisión.

– Yo puedo quedármelo esta noche si quieres, dado que parece que tienes planes de volver a salir con esta tormenta... – se ofreció Jordán al ver que descolgaba dos impermeables del perchero de la puerta.

– Misty todavía no ha visto la casa.

Todos los hermanos se sonrieron, mirándose entre sí.

– Convéncela de que se guarde su dinero.

– Eso sí que no – se plantó Misty –. No puedo seguir comiendo aquí si no me dejáis pagar la parte correspondiente de la comida y demás gastos. Sólo es el dinero de las propinas. Me lo puedo permitir. De verdad.

– ¿Propinas? – Sawyer arqueó las cejas, sorprendido –. ¿Tanto has sacado en propinas hasta ahora?

– Según Ceily, desde que Misty empezó a trabajar, la cafetería se ha llenado hasta los topes – explicó Morgan, refunfuñando.

Misty se volvió para mirarlo asombrada.

– ¿Has hablado con Ceily? ¿Cuándo?

– Antes de venir a casa – le pellizcó cariñosamente la punta de la nariz –. Sintió la necesidad de... informarme del éxito que habías tenido. Incluso me sugirió que te propusiera que dejases el trabajo en la oficina, para que así pudieras pasar más horas en el local. Me dijo que de ese modo ni siquiera ella tendría necesidad de pasarse por allí, dado tu magnetismo con los clientes y la pasta que te dejan en propinas.

Gabe se echó a reír, Jordán se mordió el labio y Sawyer puso los ojos en blanco. Morgan, en cambio, no lo encontraba nada divertido.

– Yo le respondí, por supuesto, que seguirías trabajando para mí. Tú estás de acuerdo, ¿verdad, Misty?

– Siempre y cuando me permitas contribuir a la economía de esta casa. O pagarme al menos la comida – entrecerró los ojos.

Indudablemente, era la mujer más testaruda que había conocido.

– La mayor parte de esa comida nos la dan.

– Ya, claro – murmuró, escéptica.

– Es cierto, maldita sea. Sawyer no cobra a sus pacientes más humildes, y ellos le regalan más comida. Diablos, si le pagan más veces con comida que con dinero... Por eso siempre lo verás de un lado a otro cargado con postres y cazuelas de comida.

– ¿Hablas en serio? – al ver que asentía con la cabeza, añadió –: No tenía ni idea.

– También tengo vitaminas para darle, de manera que no tenga que ir a la farmacia – dijo Sawyer –. Pero, por supuesto, se ha negado a aceptarlas.

– Yo sé que le da vergüenza comprarlas en el pueblo – intervino Honey –. Porque, si lo hace, todo el mundo se enterará de que está embarazada. Oblígala a que las acepte, Morgan.

Morgan lanzó una última mirada a la inflexible expresión de Misty y soltó una carcajada. ¿De dónde habían sacado la absurda idea de que podía controlar o dominar a aquella mujer?

– Muy bien, me encargaré de ello.

Al ver que se disponía a soltarle alguna invectiva... la acalló con un rápido beso. Luego, ante su mirada de asombro, le puso la capucha del impermeable sobre la cabeza y la levantó en brazos. Forcejeó durante unos segundos, pero la mantuvo inmóvil sin ninguna dificultad, hasta que al fin dejó de resistirse. Los hermanos no habían perdido detalle de la escena.

– Es una costumbre odiosa ésta de levantarme en brazos cuando te apetece.

– No quiero que te mojes los pies.

– Oh.

– Toma, Misty, os he preparado esta cesta con comida para los dos – le ofreció Honey –. Mucho me temo que todavía no habéis cenado. Tómate tu tiempo. La casa de Morgan te encantará, ya lo verás.

Morgan vio que Misty agarraba la cesta con una mano mientras se sujetaba a su cuello con la otra.

– No nos esperéis – y se marchó con ella en brazos.

Se dirigió directamente al todoterreno. Ya no llovía con tanta fuerza como antes. La expectación que sentía le quitaba el aliento. Estaba terriblemente excitado.

– ¿Aceptarás de una vez las vitaminas de Sawyer? – inquirió, una vez sentado al volante, con la idea de distraerse un tanto con la conversación.

Abrazada a la cesta, respondió refunfuñando:

– Si me las ofreció fue porque soy la hermana de Honey.

– Qué testaruda eres... Sawyer es así. Siempre se está preocupando por la gente, sea o no de su familia. Eso no tiene nada que ver con el hecho de que seas su cuñada. Con una diferencia: que por esa razón le duele aún más tu negativa.

– Está bien, está bien... – sacudió la cabeza –. Aceptaré esas vitaminas, pero insisto en pagar lo que me corresponde. No pienso ceder en eso.

Morgan le sonrió:

—Terca como una muía —frenó el todoterreno delante del garaje contiguo a la casa y se bajó para abrir la puerta. Luego volvió a subir para meterlo dentro—. Cuando termine el sendero de entrada, instalaré el mecanismo de apertura automática.

Misty no esperó a que le abriera la puerta para bajar. Morgan la hizo pasar al vestíbulo de la casa y encendió la luz. De allí pasaron a la cocina.

—Oh, Morgan... —se giró en redondo, contemplándolo todo—. Es increíble.

Tenía numerosos armarios, todos en madera de roble, techos muy altos con raíles de focos y tres tragaluces para dejar pasar la luz natural. En aquel momento no se veía por ellos otra cosa que la negrura del cielo, pero no era difícil imaginárselos de día, por las mañanas. Y en noches despejadas podrían verse las estrellas...

—Vamos. Te enseñaré el resto —le quitó la cesta de las manos y la dejó sobre el mostrador.

—Me encanta el diseño —estaba enamorada de aquellos techos tan altos—. Todo es tan amplio, tan abierto...

—No me gustan los espacios cerrados —la tomó de la mano—. Así me resultará más fácil vigilar que los críos no hagan alguna diablura. Aparte de las de los cuatro dormitorios y los dos cuartos de baño, no hay puertas, sino arcos de mampostería.

Misty se detuvo en el comedor, sacudiendo la cabeza con expresión maravillada.

—¿Cuántos hijos piensas tener?

—Tres me parecería bien —respondió, sosteniéndole la mirada—. ¿Qué opinas tú?

—Creo que yo me preocuparé ante todo de criar éste... —le apretó la mano— antes de pensar en tener más.

Quiso decirle que no tenía nada de qué preocuparse, que no necesitaría criar su bebé sola, pero tenía que ir poco a poco, con cuidado. No deseaba asustarla.

—Todavía no tengo los muebles del comedor. Estoy trabajando en ellos.

—La vista del lago es maravillosa —comentó Misty, asomándose por una de las ventanas.

—Sí. Esta parte del lago es mucho más tranquila que la otra, llena de turistas en verano. Sólo se ve pasar de cuando en cuando algún bote de pesca.

—En otoño este paisaje debe de ser mágico.

—En efecto, y en invierno también, cuando todo está helado. Y la vista del dormitorio principal también es estupenda. Hay una terraza que rodea toda la casa.

Pasaron luego al salón. Morgan se preguntó si le gustaría el mobiliario que había escogido.

—Todo es tan acogedor y a la vez tan elegante...

Cuando eligió el sofá gris azul y los grandes sillones de color arándano, no había buscado tanto la elegancia como la comodidad. Pero al parecer había acertado.

– Me alegro de que te guste.

– Podrías llenarlo de plantas, como la oficina.

– Es una buena idea – volvió a tomarla de la mano y continuó con el recorrido. Abrió la primera puerta –. Éste es el segundo cuarto de baño.

Misty asomó la cabeza y se quedó con la boca abierta.

– Es precioso. De un estilo... decadente. Y muy sensual.

– Sí, un poco – sonrió Morgan –. Me gustaba así.

Morgan la observó mientras acariciaba los azulejos de la paredes y el mármol del lavabo. Una gran bañera elevada, casi una pequeña piscina, ocupaba toda una esquina del amplio cuarto. Contaba con chorros de agua y grifería de bronce dorado. Misty estaba admirada.

– Es precioso, Morgan.

– Todavía tengo que comprar toallas y esas cosas, pero pensé que no había prisa.

– Yo podría ayudarte con eso, si quieres... – repuso Misty tentativamente, sin mirarlo.

Morgan se la quedó mirando y le dio un rápido beso en los labios.

– Gracias – murmuró con voz ronca de deseo, presa de una extraña emoción en la que no deseaba profundizar demasiado. Se afirmaba en una necesidad ciertamente sexual, pero llevaba asociadas muchas otras cosas. Y mucho más complicadas.

Misty bajó la mirada hasta su boca, soltó un tembloroso suspiro y se humedeció los labios con la punta de la lengua. Morgan se sintió perdido. Acorralándola contra la pared, volvió a besarla. Sabía a gloria. Aquella mujer lo hacía sentirse débil y poderoso a la vez. Ansiaba devorarla y adorarla al mismo tiempo.

Cuando se arqueó contra él, Morgan le acunó el trasero con las dos manos, gruñendo.

– Maldita sea, Malone...

– ¿Cuándo vas a dejar de llamarme por mi apellido? – le preguntó, divertida.

Parecía que se había quedado sin aliento, así que aflojó la fuerza de su abrazo. Pensó que Sawyer tenía razón. Misty había sufrido mucho, e incluso la mujer más fuerte del mundo necesitaba tiempo para adaptarse.

– Malone te sienta bien. Es un nombre contundente, sexy y una pizca peligroso.

Mientras se dejaba llevar fuera de la habitación, inquirió:

– ¿Peligrosa yo?

Con un brazo sobre sus hombros y el corazón latiéndole a toda velocidad, la hizo pasar a la primera habitación.

– Para mi libido, sí.

Los tres primeros dormitorios estaban vacíos, pero aun así Misty se quedó

impresionada por los altos ventanales con molduras de roble. Para cuando pasaron a su habitación, Morgan se sentía a punto de explotar. No había cortinas en las dobles puertas que daban a la terraza, ocupando casi toda una pared.

– Mira las luces del lago. ¿No es un paisaje precioso?

Misty permaneció contemplándolo durante largo rato, en silencio.

– Sí – contestó al fin.

– A mí siempre me ha encantado el lago. Me pasaba las horas muertas mirando el reflejo de las luces de la costa en el agua. Incluso en los días de tormenta la vista es magnífica. El agua está tan cerca que hasta puedes ver saltar los peces. En cuanto tenga un día libre, te llevaré a dar una vuelta en el bote y podremos bañarnos en alguna cala. ¿Te gustaría?

Misty continuaba con la mirada fija en el paisaje nocturno, tamizado por la lluvia.

– A mí siempre me ha encantado la vida al aire libre, y el agua... Cuando era pequeña, teníamos un velero. Mi padre sólo nos sacaba a navegar dos veces al año, pero él solía utilizar el yate para agasajar a sus huéspedes o a sus socios de empresa.

La abrazó por detrás, consciente de que su relación con su padre había estado muy lejos del ideal. Misty echó la cabeza hacia atrás para mirarlo.

– No sabía que tuvieras también un cenador.

El cenador apenas resultaba visible con aquel cielo tan oscuro, una sombra maciza muy cerca del lago. Le dio un beso en la sien mientras deslizaba las manos por su vientre con gesto protector.

– Le pedí a Gabe que me lo levantara.

– ¿Cuándo? – inquirió, estremecida.

– Al día siguiente de la primera noche que te besé, después de la boda. En el cenador del salón municipal.

– Pero... – se volvió dentro del círculo de sus brazos – tú en aquel entonces me pediste que me marchara...

Morgan buscó su mirada. No había acusación alguna en sus ojos: sólo confusión.

– Quería que te quedaras – la atrajo hacia sí con extremada delicadeza –. Maldita sea, quería que te quedaras.

Esbozando una temblorosa sonrisa, Misty le acarició una mejilla.

– Tengo algo que decirte sobre mí.

Morgan se sentía demasiado excitado, literalmente a punto de estallar. No dijo nada, esperando a que continuara. Misty soltó un profundo suspiro.

– Eres un hombre muy especial. Y quiero que sepas lo mucho que significas para mí.

Después de sembrarle el cuello de besos, se apartó para mirarlo. Se estaba poniendo demasiado seria y solemne para su gusto.

– Sé que una mujer soltera y embarazada proyecta una imagen de mujer

experimentada que yo...

– Maldita sea, Misty, no...

– Sólo escúchame, ¿de acuerdo? – le puso un dedo sobre los labios—. Lo cierto es que yo no he contado con una gran experiencia hasta el momento: todo lo contrario. Cuando estaba en el instituto tenía bastante curiosidad, y llegué a experimentar algo, muy poco. Fue una relación breve, sin un gran desengaño de por medio.

Con exquisito cuidado, Morgan le mordisqueó el lóbulo de una oreja. Misty se estremeció de placer.

– Y luego vino Kent. Sólo estuve con él unas cuantas veces, pero tuvimos cuidado. Lo que pasa es que el preservativo se rompió...

– Basta ya.

No quería escuchar más confesiones. Los celos lo estaban devorando. La idea de que hubiera estado con un chico del instituto era una cosa, pero imaginársela con el hombre que la había dejado embarazada para luego darle la espalda... era algo completamente diferente. Algo que apenas podía soportar.

– No necesito que me hagas una lista de tus amores pasados, Malone – gruñó muy cerca de su oído—. No me importa nada de eso.

Misty se separó para poder mirarlo mejor.

– Pero si se trata precisamente de eso. No tengo gran cosa que contar, no es una lista nada larga. Y no porque yo sea especial. Es porque nadie me ha atraído nunca tanto... como tú.

Se le hizo un nudo en la garganta. Y la abrazó de repente, levantándola en vilo.

– No tienes que preocuparte, cariño. Yo cuidaré de ti. Jamás te haré ningún daño.

– Morgan – lo empujó suavemente de los hombros –, tú no lo entiendes...

La bajó de nuevo al suelo hasta que ambos quedaron de rodillas, frente a frente. No le pasó desapercibido el brillo de deseo que ardía en sus ojos. Deslizó una mano bajo el borde de su camiseta, rozando la piel desnuda de su cintura.

– Explícamelo entonces – murmuró.

Morgan esperaba que le diera una pista más o menos exacta de sus sentimientos. Misty no había rechazado su petición de que lo ayudara a decorar la casa, incluso ella misma se había ofrecido. Pero tampoco había parecido darse cuenta de por qué deseaba su ayuda. Y su comentario acerca de los niños también la había dejado confusa. Porque, para tenerlos, necesitaba de su indispensable colaboración...

Vio que vacilaba por un instante antes de confesarle de golpe:

– Necesito llenarme de ti.

Una marea de deseo lo anegó por dentro, haciéndolo temblar. Pero no era eso lo que había estado esperando, ni siquiera deseando.

– Eres tan libre y abierto en todo lo referente al sexo... – le explicó Misty – que no

tengo que preocuparme de mis propias inhibiciones. No tengo que preocuparme de lo que pensarás de mí, o si te decepcionaré de alguna manera —le acarició el rostro con una mano temblorosa—. Quiero que hagamos todo lo que has estado imaginando que harías conmigo. Quiero dejarme llevar completamente.

Morgan tragó saliva, intentando encontrar una respuesta coherente. Pero no fue necesario. Acunándole la cara entre las manos, Misty lo besó con verdadera avidez. Pudo sentir la caricia de su lengua en el interior de su boca, sus dientes mordisqueándole suavemente el labio inferior... Rodó al suelo con un gruñido, de espaldas, arrastrándola consigo. Pensó en todas las cosas que había ansiado decirle, y que en aquel momento no parecían en absoluto importantes.

—Te he deseado durante tanto tiempo... —le confesó ella entre besos—. Es horrible desear tanto a alguien.

—Háblame de ello... —le subió la camiseta y se la sacó por la cabeza.

Misty levantó los brazos para ayudarlo, sin la menor timidez. No se sentía para nada tímida. No con Morgan.

Tan pronto como quedó descartada la camiseta, se concentró en acariciarla a fondo con sus manos enormes, cálidas, ásperas, arrancándole un estremecimiento cuando le acunó los senos con las palmas. El roce de sus pulgares contra los endurecidos pezones le provocó un violento a la vez que dulce dolor.

—Es algo que casi da miedo...

—No —se dispuso a besarla de nuevo en los labios, pero ella lo esquivó:

—Quiero que tú también te quites la camisa.

Se la sacó de debajo del pantalón, y él terminó de quitársela. A continuación le desabrochó el botón de los vaqueros.

—Más despacio, cariño.

—No, no quiero ir despacio. Durante mucho tiempo no he dejado de decirme a mí misma que no podía hacer esto... hasta que me di cuenta de que no podía no hacerlo. Te deseo demasiado. Dudo que alguna vez llegue a conocer a otro hombre que me haga sentir lo mismo.

—De eso puedes estar segura —le capturó las manos cuando ya se disponía a bajarle la cremallera—. Bésame otra vez.

Satisfizo al instante su deseo, encantada. Poco después Morgan la tendía de espaldas, amortiguando su peso con la mullida moqueta.

—No quiero hacerte daño, Malone.

—Tranquilo... —lo atrajo hacia sí, aspirando su aroma.

—El bebé...

Todo pareció paralizarse al sonido de aquellas palabras. Morgan se inclinó hacia ella, con el corazón acelerado. Y Misty vio tanta ternura y tanta preocupación en su mirada que se le llenaron los ojos de lágrimas. Le acarició las mejillas, el cuello, el amplio y

duro pecho... Deslizó un dedo por un diminuto y moreno pezón, arrancándole un gemido.

–Quiero que te desnudes, Morgan –vio que bajaba la cabeza, esforzándose por dominar–. No me harás daño, te lo prometo. Puedes estar tranquilo –contempló admirada su poderoso cuello, sus hombros musculosos–. Llevo pensando todo el día en esto, y estoy decidida a hacerlo. ¿Para qué correr un riesgo si no consideras que merece la pena?

–Yo no soy un riesgo, cariño.

Misty no quiso decirle que era el mayor riesgo que había corrido en su vida. Lo deseaba con locura, pero aún lo amaba más. Por lo cual podía romperle el corazón con demasiada facilidad.

–Nunca he sido una gran amante, Morgan. Pero contigo quiero ser la mejor del mundo.

Sonriendo, le recogió delicadamente un mechón de pelo detrás de la oreja.

–Sabes cómo ponerle presión a esto, ¿eh?

–¿Estás intimidado?

Tras lanzarle una larga mirada, se sentó en el suelo. Se descalzó y dejó a un lado su móvil.

–Así que quieres verme desnudo, ¿eh?

–Sí.

–Muy bien.

Sin el menor pudor, se bajó lentamente los vaqueros y los calzoncillos, que descartó junto con el resto de la ropa.

–Ya está.

Misty se quedó admirando su desnudez, ruborizada de deseo. Una mata de vello rizado cubría su torso, adelgazándose en una fina línea hacia el abdomen. Se sentía maravillosamente lasciva contemplando su miembro erecto y preguntándose qué se sentiría al tocarlo...

Hasta que se recordó su anterior decisión: quería ser una participante activa, nada pasiva. Se quitó las zapatillas y se puso de rodillas para que él pudiera soltarle el botón del pantalón y bajarle la cremallera.

–¿No prefieres que me desnude yo? Sería más fácil.

Morgan se quedó paralizado por un instante, y negó con la cabeza.

–Creo que no lo soportaría...

Deslizó una mano por su vientre y la acarició con exquisita delicadeza. Mientras tanto ella cerró los dedos en torno a su miembro erecto. Estaba duro, caliente, sedoso. Con un gemido, Morgan introdujo los dedos bajo la cintura de su pantalón, murmurando con voz ronca:

– ¿Quieres estarte quieta? Por lo menos hasta que haya terminado de desnudarte.

Pero Misty ignoró sus palabras, cautivada por las deliciosas sensaciones que estaba experimentando.

– ¿Te gusta que te toque, Morgan?

Ya le había bajado el pantalón hasta las rodillas cuando se detuvo en seco, paralizado, echando la cabeza hacia atrás.

– Lo siento, pero no puedo soportarlo... Tendrás que mantener esas manos quietas durante unos segundos, ¿de acuerdo?

Asintiendo, Misty volvió a tumbarse y alzó las caderas para que él pudiera terminar de quitarle la prenda. Inmediatamente Morgan se inclinó para deslizar los labios a lo largo de su muslo derecho.

– Maldita sea, hueles tan maravillosamente bien... – murmuró mientras le sembraba de besos la piel.

Misty se removió, algo incómoda. Morgan le había quitado la iniciativa. Pero le encantaba la manera que tenía de mirarla y de acariciarla, el ronco timbre de su voz...

– Abre las piernas.

– Morgan...

– Shh. Confía en mí, ¿de acuerdo?

– De acuerdo. Confío en ti. Siempre he confiado.

Morgan la miró una vez más antes de separarle los muslos y colocarse en el centro. Le acunó los senos con las manos, sin despegar los ojos de los suyos. Su duro abdomen presionaba deliciosamente contra su vientre, haciéndola arquearse de placer.

Un gemido subió por su garganta cuando lo vio bajar la cabeza para capturar un pezón con los labios. Arqueó la espalda involuntariamente, pero Morgan se aprovechó del movimiento para deslizar un brazo bajo su cintura y alzarla hacia sí. Luego se concentró en el otro seno, arrancándole otro gemido.

– Podría pasar una hora entera... – susurró – besándote los senos.

Misty enterró los dedos en su pelo.

– Ya te dije que quería hacerte algunas cosas...

– Pues tendrás que esperar.

Le mordisqueó de nuevo el pezón y, fiel a su palabra, se mostró insaciable, saboreándola, lamiéndola... Cada caricia de su lengua reverberaba en todo su cuerpo. Cuando finalmente se apartó de ella, Misty apenas podía permanecer quieta. Tenía los pezones húmedos e hinchados, y se los cubrió con las manos en un intento por aliviar aquel dulce y violento dolor.

Morgan soltó un gruñido al verla acariciándose y se dedicó a sembrar un sendero de besos a lo largo de su abdomen. Cuando llegó hasta su vientre, se detuvo y apoyó allí una mejilla.

– No puedo creer que haya un bebé aquí dentro – murmuró –. No abulta nada.

– Yo... he ganado algo de peso – pronunció, la voz embargada de emoción –. Más de tres kilos hasta ahora.

Kent había reaccionado con irritación y disgusto a la idea de su embarazo. Todo lo contrario que Morgan. Le besó tiernamente el ombligo y a continuación deslizó las manos entre sus muslos para abrírselos aún más.

– Flexiona las rodillas, corazón. Así. Un poco más.

Podía sentir la caricia de su aliento en su sexo. La estaba mirando, bebiéndosela con la mirada, con lo cual no hacía sino excitarla aún más, si eso era posible. La primera y húmeda caricia de su lengua ardiente le provocó una sensación semejante a la de un rayo atravesándola por dentro. Dio un respingo, pero él la mantuvo inmóvil y la lamió de nuevo. Misty soltó un gemido. Morgan utilizó los pulgares para lograr un mejor acceso y la saboreó a fondo, profundamente, sin reservas.

– Oh, Dios mío...

– Eres tan dulce... – murmuró.

No podía permanecer quieta, ni pensar con coherencia. Sus dedos se movían entre sus húmedos pliegues, hundiéndose para volver a salir, frotando, pero no lo suficiente para hacer desaparecer aquel ansia creciente. Y su lengua hacía lo mismo, lamiéndola y hundiéndose también, alternativamente.

– Morgan, por favor...

– Dime si te hago daño...

Se quedó sin aliento cuando Morgan deslizó dos dedos profundamente en su interior. Moviéndose contra él, intentó apresurarlo, intensificar aún más el contacto.

– Morgan...

Su boca se cerró entonces sobre su palpitante clítoris, succionándolo suavemente mientras movía los dedos, y entonces se sintió perdida. Gritó, agradecida de que estuvieran solos. Necesitaba chillar. Nunca antes había experimentado nada tan parecido, tan potente, tan exquisito y tan insoportablemente placentero.

Morgan se colocó entonces sobre ella, encajando sus caderas contra las suyas. Le acunó la cara entre las manos hasta que volvió a abrir los ojos.

– Voy a entrar ahora.

– Sí.

– Dime si...

– No me harás daño.

– Enreda las piernas en torno a mi cintura.

Tan pronto como lo hubo conseguido, Morgan la besó en los labios y entró con exquisita lentitud. Misty arqueó el cuerpo para acomodarlo mejor, pero se vio asaltada por una irresistible languidez en el instante en que se hundió profundamente,

llenándola por completo.

Gimieron al unísono. Un mágico momento de placer en suspenso y creciente expectación pareció envolverlos, hasta que Morgan empezó a moverse en profundos, lentos, suaves embates. Estaba levemente incorporado, apoyándose sobre los codos para no aplastarla con su peso.

Estaba demasiado lejos. Misty intentó protestar, abrazándolo con fuerza para atraerlo lo más posible hacia sí.

—No, corazón. Peso demasiado —jadeó, tensa la mandíbula. La quemaba con la mirada sin dejar de besarla.

Incluso en aquellos instantes arrebatadores estaba siendo tan delicado, tan tierno con ella... Misty no podía estar más emocionada.

—Por favor, Morgan...

Cerró los ojos con fuerza, apretando los dientes. La visión de aquel hombre tan fuerte y tan tierno a la vez, añadido al insoportable placer físico, disparó un nuevo y fulminante orgasmo que la dejó sin aliento. Se apretó contra él, cerrando las piernas en torno a su cintura, clavando los dedos en sus hombros. En el instante exacto en que sus músculos se cerraron sobre su miembro, Morgan soltó una maldición y dejó de resistirse.

Dejó que la atrajera hacia sí, enterrando el rostro en su cuello y envolviéndola con su cuerpo poderoso, sacudido por violentos temblores. Durante un buen rato continuó en la misma postura, jadeante, relajándose poco a poco.

Cuando lo sintió sonreír contra su piel, Misty lo abrazó con fuerza una vez más. No sabía lo que había esperado de aquel encuentro, pero sí lo que sentía en aquel momento: euforia, júbilo y una serena felicidad.

—Ha sido maravilloso —susurró, necesitada de expresarlo con palabras.

Como haciendo un enorme esfuerzo, Morgan se incorporó lentamente sobre los codos y la miró sonriente.

—¿Entonces estás satisfecha?

Misty negó con la cabeza.

—No. Nunca.

La miró asombrado por unos segundos. Hasta que se echó a reír.

—Maldita sea, Malone, jamás pensé que me gustaría escuchar esas dos palabras de tus labios... —comentó, irónico.

Lo acalló poniéndole un dedo sobre los labios. Ya no estaba vibrando de deseo, pero la curiosidad seguía presente. Y el amor también.

—¿Qué es lo que me has hecho, Morgan? Porque yo quiero hacerte lo mismo a ti también.

Morgan se sobresaltó al escucharla. Suspiró profundamente, soltó una maldición por lo bajo y se estremeció. Finalmente, volvió a echarse a reír.

–Desde el instante en que te conocí... supe en lo más profundo de mi ser cómo serían las cosas contigo.

–¿De veras?

–Claro. ¿Por qué crees que me has estado volviendo tan loco? Me alegro de saber que no estaba equivocado –rodó sobre su espalda para que ella se colocara encima. Tenía una sonrisa tan maliciosa y lasciva que casi la hizo ruborizarse– . Ahora.

Pero antes de que Misty pudiera preguntarle «¿ahora qué?», sonó su teléfono móvil.

## Capítulo 11

Eran casi las dos de la madrugada para cuando volvió a casa, terriblemente exhausto. Un accidente de tráfico lo había arrancado de los brazos de Misty. Afortunadamente no había habido ningún herido grave, lo cual, por cierto, no disminuía su irritación. Unos irresponsables del condado vecino habían bebido más de la cuenta y decidido hacer carreras por las pistas del interior. No sólo habían destrozado la valla de la finca de Cari Webb, sino que también habían derribado un poste de teléfonos.

La incesante lluvia había complicado los trabajos de rescate y atención médica. Uno de los tipos había sufrido una conmoción y otro se había partido la nariz. Lo primero que pensó Morgan fue que se lo tenían bien merecido.

No había tenido oportunidad de decirle nada a Misty. Le había hecho el amor, le había hecho reír... pero no le había confesado que quería comprometerse de manera firme con ella, convertirla en un miembro permanente de la familia. No le había dicho que deseaba pasar el resto de su vida a su lado.

Pero tampoco ella había dicho una palabra de lo que sentía por él, aparte de que le había encantado hacer el amor. Eso era ciertamente halagador, pero no bastaba. Ni mucho menos.

Se quitó las botas llenas de barro en el umbral de la cocina y se dirigió a su dormitorio. La casa se hallaba sumida en un completo silencio. Se quitó la ropa empapada y una buena ducha caliente logró aliviar la tensión de sus músculos, al contrario que el dolor de cabeza. Necesitaba dormir un poco, pero cuando retiró la colcha, la perspectiva de acostarse solo no lo atrajo lo más mínimo. Miró hacia la puerta, pensó en Misty acostada en su cama y volvió a sentir la familiar opresión en el pecho.

Permaneció de pie frente a su cama, indeciso, durante tres minutos enteros antes de soltar una maldición y ponerse su ropa interior. Rezongando, salió al pasillo. Acababa de detenerse frente a la habitación de Misty y ya se disponía a llamar a la puerta cuando cambió de idea. El pomo giró entre sus dedos y la abrió directamente. Aunque apenas podía distinguir a Misty hecha un ovillo bajo el edredón, su suave y regular respiración llegaba hasta sus oídos. Probablemente estaría agotada. Sabía que debía descansar, pero se moría de ganas de abrazarla.

Seguía clavado allí, al pie de su lecho, cuando de repente Misty soltó un bostezo, abrió los ojos y lo miró. Se sentó rápidamente, apartándose el cabello de la cara.

—¿Morgan? ¿Qué pasa? ¿Qué haces aquí?

Por toda respuesta, la levantó en brazos y la sacó del dormitorio. Llevaba un fino camisón de algodón y olía maravillosamente bien.

—¿Adonde vamos?

—A mi habitación. Quiero dormirme abrazado a tí.

Soltó un gemido de placer y enterró la cara en su pecho. Apenas había empujado la

puerta con el pie cuando oyó abrirse otra puerta. Se volvió, con Misty en sus brazos, para descubrir a Casey saliendo del cuarto de baño.

Casey parpadeó asombrado antes de desviar la vista.

– Yo no he visto a nadie.

– Asegúrate de no decírselo a nadie tampoco.

El chico desapareció en el pasillo, muerto de sueño. Misty protestó:

– ¿Por qué siempre tienes que avergonzarme así?

– ¿Por qué has de sentirte tú avergonzada? – entró en su habitación pero no la tumbó inmediatamente en la cama. Le gustaba la sensación de tenerla así, en sus brazos. Y la complacencia con que ella se dejaba.

– ¿Qué pensará Casey?

– Que tengo demasiado sentido común para no dormir solo contigo tan cerca.

Al ver que no replicaba nada, la miró: tenía los ojos cerrados, la expresión profundamente relajada, serena. La depositó suavemente sobre la cama y se acostó al lado.

– Duerme, corazón. Hablaremos por la mañana.

Antes de que pudiera abrazarla, ella ya le había pasado una mano por la cintura, con la cabeza apoyada sobre su hombro y un muslo entre sus piernas.

– Estoy despierta, ¿sabes?

– Sshhh. No me tientes. Es tarde y ambos necesitamos dormir.

Y además tenía intención de explicarle unas cuantas cosas antes de volver a hacerle el amor.

El sol de la mañana lo estaba cegando cuando oyó el suave gemido de dolor de Misty. Se sentó inmediatamente en la cama y vio que se había llevado las dos manos al vientre, tenía los ojos cerrados y apretaba con fuerza los ojos. Estaba muy pálida.

– ¿Náuseas matutinas?

– Sí. Últimamente han empeorado. Pero últimamente tampoco me levanto con un pesado muslo sobre mi estómago.

– Oh, perdona... – se apartó de ella, intentando no mover mucho la cama –. No te muevas. Ahora vuelvo.

Se puso los vaqueros y corrió a la cocina. Honey ya estaba allí, con Casey y Gabe. Todos le sonrieron, soltándole unas cuantas bromas. Ignorándolos, metió pan en la tostadora y puso agua a hervir. Miró a Casey, que mantenía la boca bien cerrada como asegurándole que no les había dicho ni una palabra sobre Misty.

Aunque, por otra parte, tampoco le importaba. El mundo no tardaría en saber lo que sentía por aquella mujer.

– ¿Qué estás haciendo exactamente? – inquirió Gabe al ver que sacaba una bolsita de té. Toda la familia sabía que no era nada aficionado al té.

– Misty tiene náuseas. Mamá me dijo que lo mejor para eso es un té bien caliente con una tostada.

– Ah.

Honey se dispuso a levantarse de la silla.

– Si Misty tiene náuseas...

Pero Gabe la detuvo de un brazo, ganándose la gratitud de Morgan:

– Tranquila, que ya se encarga él. ¿A que sí, Morgan?

– Todo está bajo control – puso la tostada y la taza en una bandeja y abandonó la cocina. En el pasillo alcanzó a escuchar la carcajada de Gabe y algunos murmullos, pero no le importó. Iba a pedirle a Misty que se casara con él, así que podían cuchichear a su gusto...

Misty seguía medio tumbada cuando entró.

– Te traigo un remedio. Primero muerde un poquito de tostada... así. No, no discutas. Te prometo que te sentará bien. Y ahora unos sorbos de té.

– Odio el té.

– Te sentará bien. Y te lo he preparado muy dulce.

Bebió un poco mientras él le sujetaba la cabeza, y suspiró.

– No está tan malo...

Al cabo de varios minutos de repetir el procedimiento, se sentó en la cama con una sonrisa.

– Es un milagro. Con esto ni siquiera necesitaré salir a pasear por el lago.

– Cuando quieras salir a pasear al lago, dímelo y te acompañaré, ¿de acuerdo?

En lugar de responderle, Misty le preguntó:

– Ya has cuidado de muchas embarazadas antes, ¿eh?

– No, tú eres la primera. ¿Por qué?

– ¿Cómo es que sabías lo del remedio de la tostada y el té?

Estaba desnuda bajo las sábanas, con los pezones asomando apenas. Ahora que ya no sentía náuseas, Morgan tuvo que hacer un esfuerzo para concentrarse en la conversación.

– Se lo pregunté a mi madre.

Dio un respingo tan violento que estuvo a punto de derramar el té.

– ¿Que tú hiciste qué?

– Se lo pregunté a mi madre. Siendo madre de cuatro hijos, supuse que habría tenido un montón de náuseas matutinas, ¿no te parece? Me dijo lo que le funcionó a ella. Por cierto, me mandó saludos para ti.

Misty flexionó las piernas y bajó la cabeza.

– No me lo puedo creer – se quejó en un murmullo.

Morgan le acarició tiernamente el pelo. Le encantaba su cabello: negro, brillante, sedoso. Pensó que probablemente les saldrían los hijos morenos, y se preguntó si sus ojos serían azules oscuros como los suyos, o claros como los de ella.

– ¿Quieres casarte conmigo, Misty?

Dio otro respingo, aún más violento que el anterior.

– ¿Qué has dicho?

Morgan maldijo para sus adentros. Su expresión de absoluta incredulidad lo desanimó. Tenía los párpados entornados, las pupilas dilatadas. Y apretaba con fuerza los labios.

Y él se había vuelto a excitar.

– Te he preguntado si quieres casarte conmigo.

– ¿Por qué?

Morgan se tensó, consciente de que se estaba ruborizando. ¡Y no había vuelto a ruborizarse desde que estudiaba en el instituto!

– ¿Qué diablos quieres decir con eso de «por qué»?

Misty no parpadeó, ni desvió la mirada. Lentamente, marcando las palabras, le preguntó:

– ¿Por qué quieres casarte conmigo?

Un golpe en la puerta le ahorró a Morgan una balbuceante respuesta. No había esperado que respondiera a su petición con una pregunta, eso era seguro. Esperó a que se cubriera debidamente con la sábana.

– Adelante.

Gabe asomó la cabeza. Fijó la mirada resueltamente en su hermano, ignorando a Misty.

– Te llaman por teléfono.

– Toma el recado.

– Er... Morgan, es de fuera del pueblo. Creo que deberías ponerte.

Por el tono de Gabe, podía adivinar de quién se trataba. Muy a su pesar, se levantó.

– Vuelvo ahora mismo. Misty asintió, pálida.

– Continuaremos con esta conversación cuando haya terminado con la llamada – añadió él, con las manos en las caderas.

– De acuerdo.

No parecía nada entusiasmada, y quiso preguntarle cómo se sentía, pero sabía que tenía que esperar. Aunque la paciencia no era precisamente su virtud.

Veinte minutos después, estaba esperando a la puerta del cuarto de baño cuando Misty salió al fin de la ducha. Se detuvo en seco y se lo quedó mirando recelosa sin

pronunciar una sola palabra.

Vio que se había puesto una camiseta y unos pantalones anchos de algodón.

– ¿Vas a alguna parte?

– Dentro de una hora tengo que estar en la cafetería.

Le entraron ganas de soltar una maldición, insistirle en que se saltara la jornada de aquel día, pero sabía perfectamente que no serviría de nada.

– De acuerdo. Entonces supongo que debería ir directamente al grano.

– ¿Vas a explicarme de una vez por qué quieres casarte conmigo?

No había nadie más en el pasillo, pero necesitaba intimidad para lo que iba a decirle. Así que la tomó de un brazo y la llevó a su habitación. Nada más cerrar la puerta, le preguntó:

– ¿Recuerdas a una mujer llamada Victoria Markhum?

Misty retrocedió hasta tropezar con la cama y se dejó caer en ella.

– Sí. Era la novia del señor Collins.

– Contraté a un investigador para que hablara con ella.

– ¿Que tú...? – frunció el ceño, confusa –. ¿Pero por qué?

– Para demostrar tu inocencia. Y no me mires así, Malone. No te lo dije porque no quería escuchar tus protestas de siempre. Es algo que quería hacer y ya está.

– Yo te pagaré los gastos y...

– Al diablo con los gastos – fue hacia ella y se sentó a su lado, tomándole las manos –. ¿Por qué no puedes aceptar que me preocupo por ti y que deseo ayudarte?

Lo miró en silencio durante unos segundos antes de murmurar, casi a regañadientes:

– Está bien, gracias. No sé qué decir.

– Podrías preguntarme por lo que he averiguado.

– Sí – se mordió el labio, expectante –. Supongo, a juzgar por tu tono, que no serán malas noticias...

– Desde luego. Ya lo ves, Malone, yo creí en tu inocencia cuando me dijiste que tú no habías robado ese dinero. Lo que significaba que lo había hecho otra persona, por supuesto. Y me pregunté si tal vez habría sido la señora Markhum.

Misty le apretó las manos: tenía los dedos fríos.

– Jamás se me ocurrió esa posibilidad. Yo lo que me había preguntado era si alguien se las habría arreglado para colarse en la tienda y abrir la caja registradora mientras estaba en el lavabo, o si quizá habían contado mal el dinero, pero... Victoria jamás me pareció una persona capaz de ello. Era... no lo sé. Demasiado despistada. Y creo que estaban planeando casarse, así que eso habría sido como robarse a sí misma, ¿no te parece?

– De hecho, sí que estaban planeando casarse, al menos ésa era la intención de la

señora Markhum. Pero descubrimos que los rompieron a última hora. Al parecer tu jefe se llevó el dinero que ella le había estado guardando en su cuenta bancaria, junto con todos sus ahorros, y desapareció con él. De modo que la mujer se mostró más que dispuesta a hablar con nosotros. No hubo que insistir mucho, por lo que me contó el investigador. Resulta que no fue ella quien robó el dinero de la tienda de vídeos, sino él.

—¿Qué?

—Collins se había estado robando a sí mismo. Puede que la señora Markhum sea un poco despistada, pero guarda todas las facturas y los datos de las cantidades exactas que podrán corroborar su testimonio ante un juez. Lo único que necesitamos ahora es ponernos en contacto con tu abogado, para que impugne el primer juicio y exija otro a partir de las nuevas evidencias aparecidas. El segundo se celebraría rápidamente, probablemente en menos de un mes, porque nadie quiere que sigas cumpliendo una condena injusta.

Misty sacudió la cabeza.

—No puede ser tan fácil...

—Sí que lo es —sonrió—. Bueno, tendrás que volver a enfrentarte con un juez, por supuesto, pero esta vez yo estaré a tu lado.

Se lo quedó mirando asombrada. El labio inferior había empezado a temblarle.

—Y ahora, Malone, no te pongas a llorar —añadió, incómodo—. No podría soportarlo.

—No puedo creer que hayas hecho todo esto por mí... —las lágrimas le corrían ya por las mejillas.

La atrajo hacia sí y le dio un beso en la punta de la nariz.

—Quiero que seas feliz.

Se abalanzó sobre él, derribándolo sobre la cama. Le besó la cara, las orejas, el cuello... Morgan se echó a reír, pese a que ya se estaba excitando. No había manera de que aquella mujer se le acercase sin excitarlo.

—Eres el hombre más increíble del mundo —lo abrazó con fuerza.

—Eso creo que ya me lo has dicho. Ahora, por favor, responde a mi primera pregunta: ¿quieres casarte conmigo? —al ver que se disponía a preguntarle a su vez por los motivos, tal y como había hecho antes, decidió adelantarse—: Porque eres una mujer hermosa. Y sexy.

Misty esbozó una radiante sonrisa.

—Tú también eres un hombre guapo, y sexy. Pero ésa no es razón suficiente para atarte a alguien para toda la vida.

—Nuestras relaciones sexuales son magníficas.

—Ya. Es algo increíble. Yo jamás me había imaginado que el sexo pudiera ser algo así. Pero no tenemos por qué casarnos para tener sexo.

A Morgan se le encogió el estómago. No parecía que fuera a aceptar. De hecho, había refutado todas las razones que acababa de darle. Pero había una a la que no podría resistirse:

- Estás embarazada.
- El bebé no es tu responsabilidad.
- Puedo hacer que lo sea.
- Oh, Morgan. No puedes responsabilizarte de un hijo que no es tuyo.
- Lo será si te casas conmigo.

Le acarició levemente los labios, emocionada y maravillada a la vez.

– Ahora dices eso porque sientes la necesidad de protegerme, al igual que proteges y cuidas de todo el mundo. Pero yo no necesito que me cuides, Morgan. Puedo cuidar perfectamente de mí misma y del bebé.

Morgan se removió incómodo.

– Déjame decirte algo, Misty Malone. No sabes nada de los hombres. Y, para tu información, a mí no me preocupa que el bebé sea mío o no. Es tuyo, y eso es lo único importante. Fíjate en Sawyer. Casey no es su hijo biológico.

Aquello la dejó asombrada.

- ¡Eso es ridículo!
- No, es cierto. Si quieres conocer los detalles, pregúntaselo a Honey.
- Pero... ella no me ha dicho nada...

– Porque no es importante. No para Sawyer, y para nosotros tampoco. Nadie quiere a ese chico más que nosotros. Sawyer supo desde el principio que Casey no era suyo. Pero estaba casado con la madre de Casey, y ella no lo quería. Así que se trajo al bebé a casa, con todo lo que ello supuso... Diablos, un bebé es un bebé. No importa la persona que lo haya engendrado. Lo que importa es la persona que lo quiere, lo cuida, lo protege. Y yo quiero hacer eso a tu lado, Misty – la tomó de los hombros, con un nudo en la garganta –. Cásate conmigo.

Podía sentir su temblor. Las lágrimas le brillaban en los ojos. Vio que se mordía el labio, baja la mirada.

- ¿Malone?
- Yo... no puedo.

Morgan pensó que nunca en toda su vida le había dolido tanto una respuesta, una sola palabra. Se la quedó mirando, incrédulo. Durante todo el tiempo ella le había dicho que no quería comprometerse, que no quería compromisos. Pero él no la había creído. No había querido creerla.

La cabeza le palpitaba, le hervía la sangre. Quería gritar de rabia. Pero ya había hecho bastante el ridículo. Rodó a un lado de la cama y se quedó mirando al techo. Se dispuso a preguntarle por qué, pero no estaba seguro de desear escuchar la respuesta.

Misty se levantó entonces de la cama. Sus pies descalzos no hicieron ningún ruido en la moqueta. Salió y cerró sigilosamente la puerta. Para cuando Morgan fue a buscarla, ya se había marchado a trabajar.

Gabe le lanzó una mirada interrogativa, pero lo ignoró. Se fue a su vez al trabajo y no volvió hasta por la noche, muy tarde. Y no vio a Misty.

Misty estaba sentada a la orilla del lago cuando Honey la encontró. Miró a su hermana, protegiéndose los ojos del sol.

– Hey, ¿qué pasa?

– Eso es lo mismo que iba a preguntarte yo – Honey se sentó en las tablas del embarcadero, a su lado –. Morgan lleva todo el día refunfuñando, gritándole a todo el mundo. Todos lo hemos estado evitando. El cachorro es el único que no le tiene miedo.

Con la mirada fija en las aguas oscuras del lago, Misty hizo el firme propósito de no llorar.

– Ese perro le ha gustado mucho, ¿no?

– ¿Sabes qué nombre le ha puesto? Godzilla. Y le sienta bien.

Misty forzó una sonrisa. Fue lo único que pudo hacer para no ponerse a sollozar como un bebé.

– Así que Morgan está rabioso y tú terriblemente triste. ¿Se puede saber qué te pasa?

Misty giró la cara, apoyando el mentón sobre las rodillas flexionadas.

– Nada – respondió, confiando en que su hermana no advirtiera la tensión de su tono –. Sólo quería un poco de paz y tranquilidad.

– Qué curioso. Eso es lo mismo que ha dicho Morgan.

– ¿De veras?

– Sí. Hizo huir a Gabe y a Jordán. Sawyer estaba a punto de pegarle cuando yo lo convencí de que hablara conmigo. A mí me trata mejor. Me explicó que sólo quiere terminar de una vez su casa para mudarse cuanto antes – Honey vaciló por un instante antes de añadir –: Mañana mismo se traslada.

A Misty se le hizo un nudo en el estómago, porque sabía que lo había alejado de su lado, pero... ¿qué otra cosa habría podido hacer? ¿Casarse con un hombre que no la amaba?

– ¿Sabes? Detesto que se marche – admitió Honey en voz baja –. La casa no parecerá la misma sin él.

Misty no replicó nada. ¿Qué podía decir? Apenas había visto a Morgan en los dos últimos días. Incluso esa mañana, en la oficina, apenas se había dignado mirarla. En su rostro no había visto ni ternura, ni deseo ni nada de todo aquello a lo que se había acostumbrado a ver, casi a su pesar. Había sido amable y cortés con ella, por supuesto. Le había dicho que se fuera a comer, que se tomara su tiempo, que se asegurara de comer bien. Pero nada más.

No podía soportar pensar en ello, así que decidió hacer algo que debería haber hecho

mucho antes.

– Tengo que hacerte una confesión.

Honey le pasó un brazo por los hombros.

– Ya sabes que soy tu mejor confidente.

– Te vas a enfadar.

– Lo dudo.

Cuando Misty le explicó todo lo relativo al robo, Honey montó en cólera. No con ella, por supuesto, sino con su jefe por haberse atrevido a acusarla de algo parecido. Y con el juez que no había creído en su palabra. Pero al momento se apresuró a asegurarle que todo estaba en proceso de arreglarse, y además gracias a Morgan.

– ¿Así que fue Morgan quien lo solucionó todo?

Misty asintió, todavía maravillada de la generosidad que le había demostrado.

– Es un hombre maravilloso, ¿verdad?

– Yo siempre lo he pensado – repuso Honey.

«Yo también», se dijo Misty, suspirando. El problema era que sus sentimientos no bastaban.

– Mañana por la mañana me iré. O quizá esta misma noche. No estoy segura.

Honey se tensó:

– ¿Adonde?

– Mi abogado quiere verme. Tiene que hablar unas cuantas cosas conmigo antes del nuevo juicio. En principio todo debería ir bien, pero no es eso lo que me preocupa. Ya se lo he dicho a Ceily, y a Nate. Sé que debería habérselo dicho a Morgan el primero, pero no he podido. Las cosas no van bien entre nosotros.

– ¿Por qué no?

Misty cerró los puños.

– Me pidió que me casara con él.

Hubo un momento de sorprendido silencio, que Honey rompió con una exclamación teatral:

– ¡Qué canalla! ¿Cómo ha podido atreverse?

– No, tú no lo entiendes... – sacudió la cabeza ante el comentario irónico de su hermana.

– Entiendo que lo amas, hermanita. ¿No es eso lo más importante?

– No. Lo importante es que las dos personas se quieran. Y Morgan no me ama. Le gusta cuidar de la gente, y piensa que yo necesito un marido porque estoy embarazada. Es de la vieja escuela. Pero yo he aprendido muchas cosas en todo este tiempo, y sobre todo una fundamental: que no te puedes engañar a ti misma. Si no hay amor, entonces no hay nada que hacer.

—¿Y tú crees que Morgan no te ama?

Misty se encogió de hombros.

—Yo le pregunté por qué deseaba casarse conmigo. Me dio un montón de razones, pero en ningún momento me dijo que me amaba.

—Pues pregúntaselo directamente.

—¡No puedo hacer eso! —exclamó, mirándola consternada.

—¿Por qué no? Morgan es un tipo especialmente cabezota. Un tipo duro. Y los duros como él son en el fondo muy sensibles. Y tímidos.

—¡Bah! Es el hombre más brusco y directo que he conocido —replicó Misty—. Siempre está diciendo lo que piensa o siente. Hasta a mí me da vergüenza escucharlo a veces.

—Bueno, entonces... ¿no crees que deberías devolverle esa misma cortesía?

Se estremecía sólo de pensarlo.

—Soy una cobarde. Morgan me dejó claro desde el principio que yo lo atraía. Pero eso es todo. No hay más.

—¿Cómo puedes decir eso? —inquirió Honey, frunciendo el ceño—. Morgan ha hecho de todo para mantenerte a su lado. Incluso se inventó aquella ridícula historia de que los dos habíais llegado a un acuerdo. De que teníais una relación.

—¿Tú sabías que era falso?

Honey se sonrió:

—Se te veía en la cara.

Perpleja, Misty se preguntó si sus hermanos también habrían estado al corriente de la verdad. Sacudió la cabeza.

—No importa. Él me retuvo aquí porque deseaba cuidar de mí... tanto si yo quería como si no. Morgan hace esas cosas por todo el mundo, Honey. Es el hombre más generoso y cariñoso que he conocido. Por eso es tan buen sheriff. Le encanta ocuparse de los problemas de los demás. Y esconde toda esa generosidad detrás de su fachada de hombre duro.

—Lo sé, pero aun así...

—Si me amara —insistió Misty—, me lo habría dicho.

—¿Por qué no piensas un poco más sobre ello? Quizá no sea ni tan duro ni tan seguro como tú crees.

La idea de un Morgan inseguro se le antojaba irreal, pero para complacer a su hermana, aceptó su sugerencia. ¿Cómo reaccionaría si le confesaba su amor? ¿Se avergonzaría? ¿Le mentiría diciéndole que él también la amaba, sólo para ahorrarle la misma vergüenza? Cerró los ojos.

—Tengo también otra razón para pedírtelo. Papá quiere venir a visitarnos. Me llamó hace unos minutos —le confesó Honey, suspirando.

Era lo último que Misty había esperado escuchar. Se la quedó mirando, incrédula.

– Estás bromeando.

– Por desgracia... no.

– ¿Quiere venir aquí? – entrecerró los ojos –. ¿A Kentucky?

– Sí. Es lo que me ha dicho. Se supone que tengo que volver a llamarlo para confirmarle que no hay problema.

Una orden de su padre para que acudieran las dos a casa no le habría resultado tan extraña. ¿Pero una visita? Era absurdo. A no ser que...

– ¿De qué querrá acusarnos ahora? ¿Estará enfadado por algo? – una terrible posibilidad asaltó su mente –. Oh, Dios, se ha enterado de que me detuvieron. Es eso, ¿verdad?

– No lo creo. De hecho, lo que me dijo es que le gustaría conocer a mi marido. Sawyer teme que vuelva a salir con el tema del testamento. Puedes imaginarte lo que pasaría si ése fuera el caso.

Misty asintió. Durante toda su vida, su padre había ansiado un hijo que diera continuidad a su dinastía. Dado que su esposa murió sin darle uno, llegó a concebir la esperanza de que Honey, como primogénita, le facilitara un marido que cumpliera con el papel de heredero varón.

Pero Sawyer se había negado a aceptar nada de él.

Y su padre había montado en cólera. Ni siquiera se había dignado asistir a la boda.

– Papá me dijo que lo intrigaban las personas capaces de darle la espalda al poder y al dinero. Cuando yo le mencioné que debería haber ido a la boda, me dijo que se arrepentía de habérsela perdido. ¿Te lo puedes creer?

– Er... no.

– También me dijo que estaba preocupado por ti.

– ¿Desde cuándo? – Misty seguía amargamente resentida por la última conversación que tuvo con su padre. La noticia de su embarazo le había producido una enorme decepción, que no se había molestado en esconderle.

– Mira, esto es lo que pienso yo – Honey se levantó de las tablas del embarcadero, sin dejar de mirarla –. Creo que ahora mismo soy tan feliz que no me importa escuchar lo que tenga que decirme. Sawyer me dijo una vez que no todo el mundo es capaz de expresar el amor como nosotros. Papá siempre fue un hombre frío y distante: así lo educaron sus padres y así esperaban que fuese. Cuando murió mamá, se quedó completamente solo. Eso no debió de ser nada fácil para él, Misty. No estoy diciendo que debamos olvidarlo todo, eso por desgracia no es posible. Pero a mí al menos me gustaría hacer las paces con él. Y tú le vas a dar un nieto. Quizá ahora vea las cosas de una manera completamente diferente, pero en cualquier caso, quiero darle una oportunidad a nuestra relación.

Y se marchó, dándole a su vez a Misty una oportunidad para que reflexionara sobre

todo ello. Ciertamente su padre nunca había sido un hombre expansivo, ni afectuoso con ellas. Pero siempre se había ocupado de darles una buena educación, de que nunca estuvieran desatendidas, al menos materialmente. Y el hecho de que quisiera conocer a Sawyer y a sus hermanos indicaba una cierta flexibilidad por su parte. Una esperanza. De modo que no le haría ningún daño escuchar lo que tuviera que decirles.

Temprano a la mañana siguiente, Morgan seguía tendido en su cama, mirando al techo. Una costumbre que había adquirido durante las últimas noches de insomnio. Por mucho que gastara energías en el trabajo, no conseguía dormir. Estaba tan exhausto que apenas podía pensar con coherencia, pero cuando cerraba los ojos, sólo podía pensar en Misty.

Y también cuando los abría. Pasaba de las más locas fantasías al recuerdo de su rechazo. Por lo menos, algo positivo había salido de aquellos últimos días: su casa estaba terminada. A partir de ese momento podría vivir mucho más cómodamente. Y solo. Lo malo era que no quería. Se había acostumbrado a imaginarse aquella casa con Misty dentro. Sin ella, no le parecía completa.

Pensó que Sawyer había tenido razón cuando lo llamó «maldito estúpido». Se había dejado arrastrar por sus propias necesidades. Debería haber evitado a Misty desde el principio. Haberse abstenido de hablar con ella, de abrazarla, de amarla... Y ahora que seguía allí, como un pariente suyo, sabiendo que estaba tan cerca... Misty no lo quería. Cerró los ojos, rezongando.

Dos segundos después, la puerta de la habitación se abrió de golpe, rebotando contra la pared. Morgan saltó como un resorte de la cama y buscó su revólver. La luz también se encendió, deslumbrándolo. Era su hermano. Estaba furioso.

Sawyer entró como un ciclón, le recogió los vaqueros del suelo y se los tiró a la cara.

— Vístete.

Morgan empezó a ponérselos sin mayor dilación. Aquel comportamiento no era nada normal en su hermano.

— ¿Qué pasa?

— Que lo has estropeado todo, eso es lo que pasa.

— ¿Qué quieres decir? — inquirió Morgan, todavía con los pantalones por las rodillas.

— Que Misty se ha ido.

— ¿Adonde?

— Se ha largado, Morgan — gruñó —. ¿Qué esperabas que hiciera cuando tú no has hecho otra cosa que ignorarla, comportándote como si no existiera? ¡Yo creía que la amabas!

Morgan se dejó caer en el borde de la cama.

— Le pedí que se casara conmigo — murmuró, aturdido —. Y ella me dio calabazas.

— Lo mismo la interpretaste mal.

Sawyer y Morgan se volvieron para mirar a Jordán, de pie en el umbral. Morgan

sacudió la cabeza con expresión apesadumbrada.

– No. Se lo pedí y ella me rechazó de plano.

Jordán cruzó los brazos sobre el pecho, frunciendo el ceño.

– Yo sé que ella te quiere.

Gabe entró en aquel momento.

– Si quieres saber mi opinión, está loca por ti.

– Oh, por el amor de... – levantándose de la cama, terminó de abrocharse los pantalones –. Si eso es verdad, ¿por qué no quiere casarse conmigo?

Honey apartó a Gabe de su camino para irrumpir también en la habitación.

– ¡Porque no le dijiste que la amabas!

– ¿Qué?

– Ella me contó que tú sólo estabas intentando hacerte cargo de ella, cuidarla y todo eso, pero sin amor. Y que, sin amor de por medio, no merecía la pena.

Morgan soltó una maldición tan brutal que Gabe retrocedió un paso y Jordán puso los ojos en blanco. Sawyer, por su parte, atrajo a Honey hacia sí con gesto protector.

– Contrólate, Morgan. ¿Vas a ir a buscarla o no?

– ¿Buscarla? – alzó rápidamente la cabeza –. ¿Cuándo se ha marchado?

– Hace un par de minutos – respondió Honey.

Antes de que hubiera terminado la frase, ya se había puesto la cartuchera, dispuesto a salir a toda velocidad. Como había tanta gente en su habitación, bloqueándole el paso, tuvo que saltar por encima de la cama. Y sin camisa ni zapatos.

Gabe lo persiguió con la camisa en la mano.

– ¡Espera! ¿No quieres terminar de vestirte?

Morgan lo ignoró. Pero lo que no pudo ignorar fueron las sonoras risotadas de sus hermanos. Descolgó las llaves de la puerta y salió a la calle.

– Malditos liantes... – masculló.

Esbozó una mueca de dolor cuando pisó descalzo el suelo de cantos rodados, hasta que por fin llegó al césped mojado por la lluvia. Resbaló dos veces, pero medio minuto después estaba a bordo de su todoterreno, con luces y la sirena encendidas. Cuando la alcanzara...

Misty pasaba en su coche justo por delante de la oficina del sheriff cuando la encontró. Aminoró la velocidad nada más ver las luces y aparcó delante. Desafortunadamente Ceily acababa de entrar a la cafetería para empezar su jornada, de modo que se detuvo en la puerta para verlo bajar del vehículo dando un fuerte portazo. Nate ya estaba en su puesto, y Howard y Jesse también salieron a ver lo que pasaba.

Para cuando Morgan rodeó el morro del todoterreno, Misty ya había bajado del

coche. Se lo quedó mirando de hito en hito.

– ¿Qué diablos estás haciendo?

Morgan se plantó frente a ella, todavía descalzo, ignorando la expectación que había empezado a suscitar. Varios curiosos se habían arremolinado ya a su alrededor.

– ¿A dónde diablos te creías que ibas?

– Hoy tengo una cita con mi abogado – respondió, asombrada.

Morgan tardó un par de segundos en registrar el significado de sus palabras.

– Pero... ¿no te marchas?

– ¿Marcharme yo? ¿Así, sin más? – al ver que asentía con la cabeza, añadió –: ¿Por qué iba a hacer una cosa así?

Morgan consideró seriamente la posibilidad de volver a casa en aquel mismo momento para estrangular a Sawyer. Pero antes tenía que arreglar algunas cosas.

– Deberías haberme avisado de que te ibas a esa cita.

– ¡Te recuerdo que, últimamente, tú no me has hecho el menor caso!

– Porque te pedí que te casaras conmigo y tuviste el descaro de rechazarme.

Un murmullo de asombro se alzó entre los presentes. Morgan fingió no oírlo.

– ¿Sabes a cuántas otras mujeres les he pedido que se casaran conmigo? ¿Lo sabes?  
¡Ninguna!

– Vaya, hombre, ¡cuánto honor! – se burló. Clavándole un dedo en el pecho, añadió, a gritos –: ¡Pues yo no estoy dispuesta a casarme con un hombre que no me ama!

– ¿Quién diablos dice que no te amo? – replicó, indignado.

– ¿Y quién dice que sí?

Pasándose una mano por el pelo, Morgan soltó un gruñido antes de levantarla en brazos.

– ¡Maldita mujer, te pedí que te casaras conmigo! ¿Por qué habría de hacer algo así si no te amara?

Alguien de la calle, aparentemente la voz de Misty, exclamó riendo.

– ¡Eso! ¿Por qué habría de hacer una estupidez semejante?

Morgan se volvió hacia los presentes:

– ¿Es que no tenéis otra cosa que hacer?

– ¡No! – fue la unánime respuesta.

– Nate, arresta a los que no se disuelvan.

– Yo, er... – balbuceó su ayudante.

Pero fue Misty quien sacó a Morgan de aquella distracción.

– Tú sólo quieres ayudarme, como ayudaste a la mujer de la rueda pinchada, al perro, a los chicos del instituto, a los dos ancianos...

Se dirigió con ella al todoterreno y la sentó en el capó. Apoyando las manos a ambos lados de sus caderas, se inclinó hasta rozarle la punta de la nariz con la suya.

—Escúchame, Malone. Yo no le pedí al maldito perro que se casara conmigo. Ni tampoco a Howard y a Jesse...

Jesse gritó en aquel instante:

—¡Es la pura verdad!

Misty abrió la boca dos veces antes de que pudiera pronunciar una palabra. Y al final lo hizo con una voz tan baja que Morgan apenas la oyó.

—Tú... me habías dicho que estabas buscando una esposa.

—Claro. Tú.

—Pero... —musitó—. También me dijiste que querías tener tres hijos.

—Tres en total —le puso una mano sobre el vientre, sonriendo—. Éste y dos más —le dijo al oído, para que nadie más lo oyera—. Estaba intentando darte a entender... que podría llegar a ser un buen padre.

—Oh, Morgan... —le acunó el rostro con las manos. Tenía los ojos llenos de lágrimas—. Yo ya sabía que serías un padre excelente.

Se irguió, con las manos en las caderas.

—Te aseguro que si te pones a llorar otra vez, Malone, no me va a gustar nada —suspiró profundamente y agregó—: Diablos, me mata verte tan triste...

—Pero si estoy muy contenta... —se sorbió la nariz.

—¿Entonces no llorarás?

—No lloraré.

Una gruesa lágrima rodó por su mejilla, arrancándole un gesto de exasperación.

—Dime que te casarás conmigo.

—Me casaré contigo.

Fue a echarle los brazos al cuello, pero él la detuvo.

—No tan rápido, Malone. Te he dicho que te amo. ¿No tienes nada que decirme tú a mí?

Aclamada por los gritos y silbidos de los reunidos, exclamó:

—Morgan Hudson, te amo con locura.

Sólo entonces la abrazó, levantándola en vilo y volviéndose hacia la multitud.

—Ya la habéis oído —rió—. Estamos prometidos —y añadió en voz baja, dirigiéndose a Misty—: Maldita sea. ¿Crees que me dará tiempo de volver a casa y vestirme para acompañarte al abogado? Probablemente vestido le causaré una mejor impresión.

## *Epílogo*

Morgan sentó a Misty en su regazo después de que su padre se hubo marchado.

– No, Morgan – protestó ella –. ¡Estoy demasiado gorda!

Habían transcurrido tres meses. El vientre se le notaba mucho, pero estaba tan sexy que Morgan apenas podía mantener las manos quietas. Cada día la amaba más. La besó en una mejilla, sonriendo.

– Misty, estás maravillosa.

– Es verdad – secundó Honey, abrazada a Sawyer.

Gabe se echó a reír.

– Vosotros dos ya habéis encontrado a la mujer de vuestra vida. Tendréis que asesorarme cuando me ponga a buscar la mía.

– Yo no la estaba buscando – repuso Sawyer –. Fue ella la que me encontró a mí.

Honey le propinó un cariñoso codazo a cuenta de aquel comentario, arrancándole una carcajada. Encogiéndose de hombros, Morgan añadió:

– Yo tampoco la estaba buscando.

– ¡Mentiroso! – protestó Misty –. ¡Si incluso me dijiste que estabas buscando una esposa!

– Oh, sólo era una estrategia verbal. Sawyer parecía tan contento que pensé que yo debía intentarlo también. Pero no me esforcé mucho... al menos hasta que te vi.

Casey se dejó caer en el sofá.

– Entonces, papá... ¿qué te parece que le haga una visita al señor Malone?

Morgan disimuló una sonrisa. El señor Malone los había dejado sorprendidos a todos. Ciertamente se trataba de un hombre rígido, demasiado estirado. Pero con cada visita había hecho el esfuerzo de flexibilizarse más y más. En la última, aparte de intentar ofrecerle su dinero a Sawyer, le había pedido permiso a Misty para abrir una cuenta a nombre del bebé. Misty lo había consultado con Morgan y al final habían aceptado, siempre y cuando Casey, como hijo de su hermana, disfrutara del mismo privilegio.

Además, el señor Malone se había fijado especialmente en Casey. Su educación, sus maneras y su madurez en general le habían producido una impresión tan fuerte que estuvo a punto de declararlo su heredero. Nadie se quedó especialmente encantado con la idea, Honey sobre todo, pero cuando invitó a Casey a que lo visitara para enseñarle sus empresas, el chico mostró cierta curiosidad.

Sawyer abrazó a su esposa para que no pudiera protestar. Morgan sabía que Honey detestaba perder de vista a Casey.

– Supongo que podríamos ir a verlo todos – propuso Sawyer –. Sí después de eso quieres repetir la visita, adelante. Creo que será lo más correcto.

– Estupendo. Bueno, me voy, que tengo una cita...

Todo el mundo se sonrió. Últimamente las chicas constituían una de las principales preocupaciones de Casey. Segundos después, Honey y Sawyer se marcharon también para cenar. Jordán tenía unas cuantas llamadas que hacer, y cuando Morgan se dedicó a besar a su mujer, Gabe desapareció por el pasillo, silbando.

– ¿Lista para irnos a casa? – le preguntó él.

– Creía que nos íbamos a quedar a cenar.

– Volveremos – le prometió Morgan, esbozando una lasciva sonrisa. Pese a sus protestas, se levantó con ella en brazos.

– ¡Peso demasiado para que sigas haciendo estas cosas!

– ¿Sabes una cosa? Tú eres la única que ha dudado de mi fuerza hasta el momento.

– Eso no es cierto – le besó la barbilla –. Lo que pasa es que me gusta desafiarte...

*Podrás conocer la historia de Gab  
en el Tentación del próximo mes de Lori Foster titulado:*

**CORAZÓN ANHELANTE**

*FIN*